

Enrique Arenz

GEBR. ZIMMERMANN A.G.
LEIPZIG



Marplateros

Novela de autoficción



EDITORIAL DUNKEN

Enrique Arenz

MARPLATEROS

Novela de autoficción

Hecho el depósito que marca la ley **11.723**

Impreso en la Argentina

Edición en soporte papel: © 2009 Enrique Arenz

Edición en PDF para e-book © 2011 Enrique Arenz

E-mail del autor: *enriquearenz@gmail.com*

Página web: *www.enriquearenz.com.ar*

ISBN 978-987-02-3911-6

EDITORIAL DUNKEN

Buenos Aires

2009

1**EL SECRETO DEL TURCO ANIS**

En una esquina de la avenida Colón, en el tramo sin pavimentar que iba de Chaco para el fondo, estaba el almacén del turco Anis Beherija. En ese arrabal polvoriento y aburrido, lleno de zanjones y yuyales, la gente bombeaba el agua a mano, y no pocas casas tenían por único sanitario una letrina en el patio.

Estamos en 1951; yo aún no cumpla los nueve años.

En los atardeceres de verano, a la hora en que corría un poco de aire, el turco sacaba a la vereda un banquito y se sentaba apoyando el esqueleto en la ochava sin revocar. Así, expuesto a la luz, mostraba cataduras que se atenuaban en la semioscuridad del interior del almacén: la piel cetrina, la cara huesuda siempre sombreada por una cerrada barba de dos o tres días, sus greñudas cejas y sus ojos llamativamente claros pero fríos e inexpresivos como los de un molusco.

En esos largos ocios el turco tomaba mate y liaba sus propios cigarrillos, y cuando no hacía ninguna de las dos cosas se quitaba las alpargatas y se rascaba concienzudamente los talones. Mirada laxa, perdida vaya uno a saber en qué inescrutables pensamientos.

El almacén se comunicaba internamente con un bar anexo que daba a Colón, en donde al anochecer se juntaban unos sujetos extraños que jugaban al truco o al mus por el vaso de vino. A los chicos nos encantaba espiar desde la calle a esos personajes

estrafalarios cuyas siluetas apenas distinguíamos bajo el halo miserable de una lamparita de 25 vatios.

El mostrador del almacén era de madera y tenía forma de ele. En ese mostrador había una repulsiva campana cazamoscas. Era de vidrio, con un terrón de azúcar dentro. Las moscas entraban por una abertura, se apiñaban sobre el dulce cebo y cuando, piponas, volaban para salir, chocaban con el vidrio y caían en el agua que contenía la base de la campana. Y ahí se iban amontonando, porque el turco jamás limpiaba el artefacto. A los chicos nos divertía ver el mosquerío atrapado, pero los mayores trataban de evitar esa nauseabunda visión.

El turco y sus hábitos eran blanco fácil de chismes y habladurías. Por ejemplo, se decía que, por las noches, cuando el almacén y el bar se hallaban cerrados y el silencio caía sobre la solitaria y oscura calle, se podía oír al pasar por la vereda del local el ruido característico del descorche de las botellas de vino. Un taponazo detrás de otro. Plop... plop... plop. Un mito jamás probado sostenía que el turco descorchaba las botellas de vino, les sacaba un poco y luego completaba el contenido con agua. Ese vino hurtado era el que al día siguiente aplacaba la sed de las esponjas humanas que jugaban a las cartas en el bar.

El turco también vendía vino suelto, muy económico y seguramente muy berreta, depositado en dos oscuros toneles de madera que se codeaban con grandes tambores de aceite comestible, de vinagre, de lavandina y hasta de querosén, amontonados sin orden ni separación en el centro del local.

A los chicos que hacíamos los mandados el turco nos regalaba a modo de incentivo unas pocas pasas de uva. Dos pasas, a lo

sumo tres, esa era toda la dádiva. Menesterosos de golosinas, nos devorábamos las pasas sin ponernos a pensar que eran tomadas con los mismos dedos y las mismas uñas que habían trabajado de piedra pómez minutos antes.

¿Por qué compraba la gente en ese antro? Por una razón de peso (o de “pesos”): Anis Beherija vendía barato y fiaba a pagar cuando se pudiera, en tiempos en que esa costumbre ya había sido abolida. Los clientes dejaban sus escrúpulos en la puerta, se surtían a buen precio, y luego se desquitaban hablando mal del almacenero.

Lo más comentado en el barrio eran sus peleas con Selma, su robusta concubina. Los hombres del vecindario la apodaban con doble sentido “la teutona”, porque era alemana, pero también por sus grandes pechos que ella resaltaba con escotes generosos y pulóveres ajustados, alardes que encolerizaban a sus mujeres, por lo común desarregladas y chancletudas.

Selma, abandonada por su primer marido, era una mujerona de fuerte carácter y mirada fiera que lo doblaba en volumen corporal al turco. Era muy echada para atrás, no se trataba con los vecinos ni saludaba a nadie. Permanecía siempre en la vivienda ubicada detrás del negocio, y cuando tenía que salir se daba el insólito lujo de llamar un taxi.

Se comentaba que las grescas eran por el dinero, y algo de cierto habría en ese chisme porque no era ningún secreto que el turco escondía la plata. Cualquier cliente podía observar que cuando se quedaba sin cambio sacaba dinero de distintos lugares: detrás de las botellas de aceite, debajo del frasco de las aceitunas, o en recovecos de los estantes más altos. Y no lo hacía

por los ladrones, en esa época no se robaba como ahora. Era, se decía, para que la derrochadora de Selma no lo encontrara.

Y como parece que el turco le retaceaba hasta lo indispensable para la casa, la teutona explotaba en recurrentes ataques de furia.

Como yo vivía a pocos metros del almacén, era el primero en oír los golpes de sillas y mesas que volaban, vasos y botellas que estallaban contra las paredes y, sobre todo, los gritos descomunales de la mujer. Yo iba corriendo a sentarme en el escalón de la ochava. A veces nos juntábamos varios chicos. Pegábamos una oreja en la parte baja de la puerta para no dejarnos ver a través de los vidrios. ¡Cómo lo insultaba la teutona a Beherija! Entre otras lindezas le decía, con un duro acento alemán que subía el termómetro de los escarnios: “vicioso, *detgejnerado*, gusano *puqtrefactuo*”. Y mil palabras en furibundo alemán, sonoras y llenas de consonantes que silbaban como latigazos. Y no eran peleas de dar y recibir, porque el único que cobraba era el turco. Y sin embargo nunca le oímos una palabra, una réplica, una simple exclamación. Los gritos eran sólo de la mujer, y los destrozos los provocaba ella.

¡Y que nadie osara pisar el almacén durante esos encontronazos!

Una vez una nenita entró por un mandado. Los chicos que estábamos escuchando la trifulca pudimos haberle advertido que no lo hiciera. ¿Pero nos íbamos a perder la diversión extra? No, nos hicimos un guiño y nos apartamos para que niña pudiera pasar. Cuando la puerta se cerró detrás de ella cesó por un segundo el batifondo, pero enseguida se derramó el vozarrón de la Selma

como una montaña de latas vacías: “¡Y vos que mierda querés, *pendetja* hija de *pujta* y la *pujta* madre que te parió! ¡*Andagte* de acá, *andaaaaaagte* que te voy *machtar!*”

La nena, pobrecita, aterrorizada y llorando, salió que no se le veían las piernitas.

Estas reyertas siempre terminaban en un repentino silencio. Al día siguiente el almacén permanecía cerrado.

A la vuelta, por Bolívar, vivía Doña Felisa, una mujer flaca, desdentada, de pelo siempre desordenado, que en los cotilleos de comadres defendía a la teutona: “Si yo tuviera el físico de doña Selma iban a ver si el Coco me ponía las manos encima —le oí decir con una sonrisa cavernosa—. En cambio, a mí el Coco me faja de lo lindo”. Y se cubrió la caverna para soltar una carcajada. No sé de qué se reiría, tal vez por el orgullo de hacerle ver a las otras mujeres que el Coco no era un marido estúpido y debilucho como el turco Anis.

En esos tiempos no estaba demasiado mal visto pegarle a una mujer. No se hablaba de violencia doméstica ni de hombres golpeadores. Se escuchaba mucho, eso sí, —y a mí me lo enseñaron en casa— que el hombre que le levantaba la mano a una mujer demostraba ser un cobarde que seguramente no se animaba a enfrentar a otro hombre. Pero nada más que ese tibio reproche.

En el barrio había un solterón que le pegaba a su propia madre, y eso sí indignaba a todo el vecindario, aunque nadie se molestó nunca en denunciarlo. Era una viejita encorvada que andaba de acá para allá tratando de complacerlo, llevándole el vino y la carne que el patán le exigía sin darle el dinero suficiente. Te-

merosa de los castigos de su hijo, la pobre mujer le suplicarle al carnicero (y esto lo vi yo) que le diera un poco más de carne por las mismas monedas.

En el almacén solía aparecer un joven rubio de unos diecisiete o dieciocho años, de bigotito, bien vestido, con aire sobrador, que permanecía siempre apoyado en el tramo lateral del mostrador, a veces fumando. No era del barrio ni iba al almacén a comprar, sólo esperaba que el turco se desocupara. Aparecía por el negocio cada tanto, y siempre cerca de la hora de cerrar. Yo, que miraba y escuchaba ávidamente todo, no le perdía movimiento.

Una tarde que voy al almacén veo al muchachito en su habitual desfachatez. Hay muchos clientes. Mientras espero mi turno observo todo con atención, y en eso sorprendo en los ojos del turco una fugaz mirada, diría que entre risueña y amistosa, dirigida al rubiecito. Me sorprendo porque el turco era un sujeto incapaz de sintonizar con alguien. Giro la cabeza instintivamente para ver la reacción del muchacho y me parece descubrir en sus labios los resabios de una sonrisa cómplice, aunque ahora mira el techo.

No fue más que eso, pero me intrigó. Pregunté en casa quién era ese presumido que visitaba tan asiduamente al turco, pero nadie se había fijado en él.

Hasta que una tarde, cuando me lo vuelvo a encontrar, la curiosidad me domina tan fuertemente que decido merodear por la vereda para ver si puedo descubrir algo. Está oscureciendo. Sale

la última clienta, el turco echa llave a la puerta, baja la persiana metálica hasta un poco más de la mitad y apaga las luces.

Apoyo la oreja sobre la parte inferior de la puerta, como cuando escuchaba las peleas. Por varios minutos sólo oigo algunas risas y palabras aisladas, casi como susurros, seguidos de largos silencios. En eso escucho un resoplido extraño que poco a poco se transforma en una suerte de jadeo que se acelera, hasta que la voz del turco, casi irreconocible, comienza a rogar, quejumbrosa: “¡Así, así, seguí así, no bares, no bares, seguí, seguí...! ¡Ah, aaaah...! Acompañado de unos sacudones crujientes que supongo eran del mostrador.

Silencio total. Al rato oigo el ruido de la cerradura. Me alejo prudentemente y veo salir al rubio agachado, por debajo de la persiana, mirando a los costados y acomodándose la ropa.

Yo era muy chico y no pude descifrar el significado de esos extraños clamores. Menos entendí cuando días después el turco apareció apuñalado y a la teutona se la llevaron detenida.

En casa no me explicaron nada. Sólo escuché detrás de las puertas que doña Selma, en uno de sus habituales arrebatos, lo había malherido al turco, por la plata, repetían, todo por la plata. No faltaron testigos, buenos ciudadanos, que se ofrecieron para acusarla de maltratadora del pobre señor Beherija. ¡Y todo por la plata!

Por la plata, sí, pero la plata se la llevaba el muchachito rubio en cada encuentro con el turco, y el muchachito rubio resultó ser el hijo de doña Selma.

2

LA INICIACIÓN

A los quince yo aparentaba más edad y todos mis amigos eran más grandes. Mientras ellos alardeaban de sus experiencias sexuales, yo ocultaba mi “tardía” virginidad. Había tenido un par de noviecitas que consentían un toqueteo discreto, pero que no te descomprimían el escroto ni con una piadosa soba.

Eran otros tiempos. A los doce o trece años los varones organizábamos concursos onanísticos para ver quién llegaba más lejos, pero ya a los quince, esas chiquilinas quedaban en un distante pasado, y la ansiedad por poseer el cuerpo de una mujer real, cualquier mujer, la que venga (todo poncho sería bien recibido) se volvía excluyente, obsesiva.

Una noche, ya tarde, volvía yo a casa en compañía de uno de mis amigos veinteañeros cuando al pasar por la calle San Juan vemos en la vereda de una vieja farmacia a un grupo de unos seis o siete muchachos conversando en voz muy baja. Eran jóvenes de entre veinte y veinticinco años, todos conocidos del barrio.

Nos acercamos para averiguar qué sucedía y nos anotician que el farmacéutico don Gaetano, el padre de Pocho, está muy grave y que no pasa de esa noche. “Nos juntamos para acompañarlo al Pocho. Está desconsolado, pobre, imagínate, el viejo es el único familiar que le queda”.

Nos sumamos solidariamente al grupo.

En eso oímos un taconeo femenino y vemos venir por la vereda de enfrente a una mujer de unos cuarenta años, algo gordita, con tacos altos y pantalones muy ajustados.

—¿Esa no es la Gladys? —pregunta uno.

—Sí... ¿Le hablamos? Vení, acompañame.

Los dos amigos cruzan la calle, saludan a la mujer y se ponen a conversar. Veo que ella nos observa detenidamente, mira la hora en su reloj y finalmente asiente con la cabeza. Uno de los dos la acompaña hasta una puerta contigua a la farmacia y entra con ella. El otro se acerca a nosotros y nos dice:

—La Gladys nos hace precio, cobra diez mangos. El que quiera...

—Y bueno, la noche va a ser larga... —comentó mi amigo. Y llevándome aparte me preguntó: ¿Querés pasar?

¡No iba a querer...! ¡Sí, sí, sí!, clamaba el desesperado que tenía adentro, aunque disimulé mi entusiasmo y hasta fingí cierto desinterés. Le contesté a mi amigo que no sé, no la vi bien a la mina, ¿qué tal está? Más o menos, fue la escueta respuesta. Y bueno... tengo diez pesos. ¿Y forro, tenés? Le dije que no, que justo hoy no traje... Bueno, tomá, y me dio un *Velo rosado* y paternales recomendaciones.

En respetuoso silencio, por las circunstancias, fueron entrando de a uno. Cuando salió el tercero mi amigo me asignó el turno. Abrió la puerta que daba a un pasillo y me indicó:

Es aquella pieza, la del fondo. No hay luz, tenés que prender un fósforo al entrar.

Raspé un *Ranchera* y con la fugaz llamita la vi a Gladys acostada, totalmente desnuda, con un par de robustas piernas en-

treabiertas mostrando una enrulada frondosidad que me removió el hormiguero. “Hola, desvestite y dejá las pilchas en esa silla. ¿Cómo te llamás? Me parece que no nos vimos antes ¿no? Está mal el padre de Pocho, pobre... si habré venido a la farmacia”.

Dejé el profiláctico sobre la mesita de luz y comencé a desvestirme en la oscuridad. Ella siguió charlando: “Yo siempre venía de noche, cuando la farmacia estaba de turno”. Se tentó de risa: “Te cuento, no digas nada, Gaetano me hacía pasar al laboratorio y ahí se cobraba los remedios, en la camilla de las inyecciones, siempre apurado, no se bajaba ni los pantalones, para que no lo fuera a pescar la mujer, que entonces vivía. Pobre... una se ríe, pero, quién diría ¿no?”

Recuerdo que me acosté de espaldas, tímidamente, tan tímidamente que ni me había quitado el calzoncillo. Gladys, mientras seguía hablando empezó a rozarme profesionalmente con la rodilla. “Pero... che, ¿vas a pinchar con calzoncillo? —exclamó riendo simpáticamente—, vamos, sacáelo. Alcanzame el forro que te lo pongo”. Ruido del envoltorio y una mano que inicia la exploración. “Ah, pero vos ya tenés el pingo corcoveando...”

Sin moverme la dejé hacer. Era hábil y suave con sus manos (en aquellos tiempos las prostitutas de barrio no hacían felaciones). Me dije, tengo que acariciarla un poco, no voy a empezar sin ningún preámbulo. Cuando deslicé mi palma sobre uno de sus muslos, mi tacto, acostumbrado a la piel de las chiquilinas, se encontró con una lija gastada. Probé con los pechos: eran grandes, pero flácidos y desparramados, nada que ver con esos senos en eclosión, chiquitos pero duros, que había tanteado en

mis puberales conatos. La luz del fósforo había sido muy benigna con ella.

Pero esas minucias no iban a frenar al pingo que relinchaba impaciente por explorar el tupido bosque. Cuando la monté ella pareció sobresaltarse: “¡Pero vos no pesas nada!”, exclamó, “¿qué edad tenés?, no serás menor, ¿no?” “Tengo dieciocho”. “¡Pero qué flaquito! Bueno, mi amor, seguí tranquilo”.

No fue fácil alcanzar el clímax en esas condiciones, y cuando arañé algo que se le parecía no sentí casi nada, apenas un espasmo anodino y torpe. Hablando en términos de placer, podría comparar la experiencia con tragarse un bombón de licor sin haberlo masticado. Pero mi debut se había consumado, y eso era lo importante.

Cuando volví a la calle el Pocho estaba con los muchachos y se secaba los ojos. Me acerqué para saludarlo.

—Está inconsciente —nos dice acongojado—. Lo dejé solo, yo no puedo verlo así. Si alguno quiere acompañarlo un rato...

Se abrazó a uno de los amigos y sollozó largamente.

Conmovidos, permanecemos en silencio hasta que Pocho se calmó. Más sereno, nos preguntó:

—¿Qué estaban haciendo?

—Está la Gladys en la pieza del fondo, ¿la conocés?

—Gladys... ¿la gordita que labura...? Sí, es clienta de la farmacia. Si se la habrá pirovado el viejo...

—Mirá, ahí sale Pedro. Andá, Pocho, echate un filote.

—No sé...

—Andá, eso te va a hacer bien.

—Bueno, pero mirámelo un poco a papá. Cualquier cosa me avisás.

—Andá tranquilo, Pocho, relajate.

El Pocho se sonó la nariz, pidió un forro y una caja de fósforos y se fue para el pasillo. Tenía los ojos colorados y la cara contraída por la tristeza.

3

EL AFINADOR DE PIANOS

Los músicos de la ciudad lo conocíamos de toda la vida. Era extremadamente delgado, de modales aristocráticos, algo encorvado por la edad y siempre de traje y corbata. Cuando hablaba de los misterios de su oficio se agigantaba en su engrimiento hasta los límites de lo insoportable.

Se llamaba Ramondo Sabatello, tenía setenta años y había venido de Italia en 1946 con el ilustre oficio afinador de pianos.

Yo que en los sesenta tocaba el piano en una orquesta llegué a conocerlo bastante bien, como también conocí a todos los protagonistas de esta historia cuyos testimonios intentaré armar aquí como si fueran las piezas incompletas de un rompecabezas.

Afinar pianos no es sencillo, pero tampoco un misterio. Ni siquiera se necesita saber tocar el instrumento. Hay que tener, eso sí, un oído musical perfecto, conocer música y haber estudiado ciertos principios básicos de la ciencia acústica.

No estoy menospreciando la respetable y poco común ocupación de estirar las cuerdas de un piano hasta lograr la entonación exacta de cada nota musical, pero, poniendo las cosas en su lugar, no es ni un arte ni una ciencia ni un arcano sobrenatural, es un oficio como cualquier otro, tan difícil y complicado como pueden serlo el de un ebanista o el de un buen platero, pero no más que eso.

Hay, sin embargo, una leyenda apasionante sobre los afinadores de pianos que se remonta al año 1482, cuando un tal Bartolomé Ramos de Pareja, afinador español de clavicémbalos y espinetas, descubre el método de afinación denominado “de temperamento igual”, que es el mismo que adopta Juan Sebastián Bach en el siglo XVIII, y que se utiliza en nuestros días.

Según esa fábula, de Pareja habría logrado el conocimiento del temperamento igual por una alianza que selló con un espíritu maligno amante de la música, el mismo que habría pactado con Nicolo Paganini siglos más tarde para dotarlo del virtuosismo con el que tocaba el violín, incluso cuando se le iban cortando las cuerdas (percances que él artista provocaba intencionalmente) hasta que le quedaba la última, y continuaba ejecutando con esa única cuerda las cadencias más espectaculares en medio del delirio del público. También se decía que, como parte del ritual, las cuerdas de su violín debieron hacerse con las tripas del cadáver de su padre.

Y a partir de entonces, todos los afinadores deben ser aceptados e iniciados en una suerte de hermandad secreta del Clavijero.

Eso dice el mito. Uno puede o no creer, pero Ramondo Sabatello hablaba de su habilidad como lo haría un superdotado o, si se prefiere, un favorecido de las fuerzas sobrenaturales. Decía que había sido el afinador jefe de una fábrica de pianos de Florencia, que había afinado los pianos de la *Scala* de Milán, que había recibido felicitaciones de Arturo Rubinstein, quién le habría jurado que nunca tocó en un piano tan bien afinado.

Patrañas. Una afinación, si está idóneamente realizada, no es mejor que otra igualmente idónea. O el piano está bien afinado o no lo está. Si está bien afinado es una circunferencia perfecta trazada con un compás; puede haber otras circunferencias iguales, pero ninguna podría ser geoméricamente superior.

La cuestión es que Sabatello hablaba de un único asunto: los misterios de su profesión. Decía que la Argentina no producía afinadores, por eso los más afamados eran todos extranjeros: italianos, alemanes, españoles y algún inglés como el célebre Mr. Cullinham, del siglo XIX, que iba en carruaje a afinar los pianos de las mansiones y teatros de Buenos Aires, ¡y con guantes blancos! Él aseguraba pertenecer a esa estirpe, la que tenía el raro don. Tantas glorificaciones a sí mismo resultaban a veces insufribles, sobre todo a los pianistas que éramos quienes necesitábamos, y a veces teníamos que rogar, sus imprescindibles servicios.

Ramondo Sabatello le afinaba los pianos a Genaro López, un comerciante de la ciudad que compraba pianos usados, los hacía restaurar en sus talleres y luego los vendía en cómodas cuotas mensuales como “pianos importados seminuevos”.

Mientras Sabatello afinaba los pianos recién lustrados y ya dispuestos para la venta en un amplio salón decorado con cuadros de músicos célebres, un joven pianista de veinte años llamado Silvestre que era nuevo vendedor de la casa, observaba atentamente su trabajo. A Sabatello le gustaba conversar mientras afinaba, contar anécdotas, siempre relacionadas con pianos, y fanfarronear sobre sus conocimientos. El viejo y el joven habían trabado cierta amistad, por darle algún nombre a esa rela-

ción, y hasta donde le era posible a Sabatello ser amigo de alguien. Es que Silvestre lo lisonjeaba, le expresaba su asombro cuando aquél lograba cerrar el círculo de las doce quintas centrales temperadas, o transportaba las octavas agudas con envidiable precisión. Le hacía preguntas a fondo sobre el oficio, y esta curiosidad no le extrañaba a Sabatello por la condición de pianista de Silvestre, quien en el negocio probaba los pianos una vez afinados y debía hacer exhibiciones para cerrar alguna venta. Al contrario, le gustaba que Silvestre exaltara lo obvio: la notable diferencia entre un piano sin afinar y el mismo instrumento una vez que había pasado por las manos de Sabatello.

Pero al viejo se le podía sacar con trabajo una sonrisa, una palabra cordial y, llegado el caso, hasta plata, pero nunca, jamás, información técnica. No iba a rebelar un secreto de su oficio ni borracho, y ésta es una característica de todos los afinadores del mundo. No hay oficio más egoísta y paranoico que el de afinador de pianos, nadie enseña a otro lo que sabe ni intercambia información con sus colegas, aunque se dice, siguiendo la inverosímil leyenda, que por razones de sus intereses corporativos se reúnen para practicar ritos esotéricos relacionados con aquel origen mágico o demoníaco de la profesión.

En definitiva, el joven no lograba obtener ninguna información, pero observaba atentamente, y entre mate y charla miraba cómo procedía con sus herramientas básicas, cómo tomaba la llave, con qué movimiento e impulso anclaba las clavijas cuando alcanzaba la frecuencia buscada, cómo intercalaba la cuña de goma para lograr la unanimidad de las tres cuerdas de una nota y

con qué técnica punteaba las cuerdas agudas mediante un plectro de jacarandá.

Por lo que veremos a continuación, es sorprendente que siendo el viejo tan suspicaz, no sintiera algún recelo ante tanta averiguación.

Sabatello iba al negocio todos los lunes por la mañana, y allí lo esperaba el joven para acompañarlo en los largos momentos en que no había ningún cliente que atender.

Pero un día que no era lunes, el afinador se apareció por el comercio porque tenía que hablar con el patrón. Cuando entra, se sobresalta al oír el repetitivo sonido propio de la afinación de un piano. ¡Alguien estaba afinando un piano en lo de Genaro López! ¿Quién sería el colega que lo estaba reemplazando sin que él lo supiera? Avanza silenciosamente por el salón sorteando un laberinto de pianos, procurando localizar el instrumento desde el cual provienen las notas que suben y bajan en su entonación. Su oído adiestrado le dice que quien afina lo está haciendo bien, y esto, imagino yo, le acelera el ritmo cardíaco. Es que los afinadores son tan celosos que no pueden aceptar que en el oficio haya otros tan buenos como ellos, o más veloces, o más resistentes al cansancio auditivo. Llegan a enfermarse de pura envidia.

Sabatello supone que quien lo reemplaza es alguno de sus colegas de Mar del Plata con antigüedad y clientela en la ciudad, por ejemplo, el gallego Ferrán Pérez, que según el italiano parecía que afinara con una tenaza, o el pirata de Samartini, que empalmaba las cuerdas cortadas y las cobraba como nuevas, o Pas-

cal Lerama, que una vez reemplazó el resorte roto de un pedal con una trampera para ratones.

Sabatello hasta habría admitido que el patrón, cansado de su vedetismo y de sus pretensiones, decidiera suplantarlo con alguno de aquellos mediocres. En realidad él tenía tanto trabajo que no necesitaba pasarse las mañanas de los lunes en ese negocio con olor a gomalaca.

Pero jamás hubiera imaginado que quien estaba afinando pianos allí fuera nada menos que Silvestre, el joven pianista vendedor que durante meses lo había estado observando sin descuidar el menor detalle, alguien que se decía amigo y admirador suyo, y que mientras le cebaba mate y le tiraba de la lengua le estaba calcando sus métodos, copiándole descaradamente sus secretos, chupándole gota a gota sus atesorados conocimientos.

“¡Buenos días!”, lo saludó el muchacho cuando lo vio frente a él. El viejo, pálido y desencajado, no contestó el saludo, dio media vuelta y se fue derecho para el fondo, hasta la oficina de Genaro.

“Veo que osté tiene uno novo afinador”, le dijo al patrón con la boca torcida y su cocoliche descontrolado. “Ah, sí... Silvestre, ¿vio? Está practicando; va a ser bueno el pibe”. Sonó el teléfono. Sabatello quedó rígido mientras Genaro atendía la llamada. Cuando se reanuda el diálogo Sabatello le reprocha, con verborrea confusa, que cómo arriesga la integridad de los instrumentos dejándolos en manos de un aprendiz, de “uno giovanotto que no sabe niente, uno caraco”, que es una inconsciencia permitir que ese mocoso ponga sus inexpertas manos sobre un Breyer, un Steinway, un Bösendorfer.

Genaro sonríe gozoso. El tano lo tenía podrido. Él mismo le había aconsejado a su joven empleado que no le perdiera pisada, que lo observara trabajar para aprender, y que luego practicara con los pianos menos valiosos del salón. “Vamos, don Ramondo, déjese de joder, necesito un afinador joven, la vida se renueva... Escuche...” “No me explicano niente, Genaro, veo que no me necesitan más, ya tiene alltra afinador giovanotto que seguramente le va a facere desastres. Gárpeme y mene vado. Ma, oquio eh, que io no le vade solventare lo que oggi le estropice eso pendeco”. “Sabatello, Sabatello —trata de calmarlo Genaro—, no se me chive, no hay nadie como usted, pero usted tiene mucho trabajo, es como un doctor, y yo necesito alguien que esté a mi disposición todo el día, y a este muchachito lo puedo mandar a atender reclamos a domicilio, lo que usted nunca quiso hacer. ¿No tiene derecho a aprender el oficio? Hombre, no hay que ser tan celoso. A usted voy a reservarle los pianos de concierto, ¿cree que le dejaría meter la mano a cualquiera en un piano de cola? No señor, para eso nunca voy a tener otro como usted”.

El viejo sintió que se recomponía parcialmente su orgullo herido y se despidió de Genaro en buenos términos. No tenía interés en pelearse con el patrón, pero a ese “pendeco traditore” lo tenía ya montado en el entrecejo y no pensaba perdonarlo por su hipocresía de haberlo usado durante meses como maestro involuntario. Y por los sonidos que iba escuchando mientras se retiraba, ese Silvestre había aprovechado bien las lecciones. Se detuvo un segundo: “Avedere esa octava, averdere... bene, la clavó bene el hico de puta...”

No cuesta imaginar la amargura con la que salió del comercio. Por un lado se había librado del molesto compromiso de tener que ir todos los lunes a afinarle pianos a quien siempre le discutía los honorarios, pero por el otro había aparecido alguien que comenzaba a desempeñar el oficio de afinador, un pipiolo que pronto tendría sus propios clientes, que tal vez le robaría muchos de los suyos porque seguramente iba a cobrar más barato, y, sobre todo, que era una persona joven, con vitalidad y ambiciones, mientras él tenía que lidiar con el dolor de espalda cada vez que se inclinaba sobre un clavijero.

Pasó el tiempo. Silvestre quedó como único afinador del negocio, hizo su propia clientela y comenzó a viajar por distintos pueblos y ciudades cercanas a Mar del Plata donde se fue acreditando como un profesional serio.

Afinó mi piano Zimmerman en una sola ocasión. Cuando le abrí la puerta me sorprendió encontrarme con un joven de mi edad, tan delgado, parco y tímido como yo. Tuve una rara sensación al verlo, como si lo hubiera conocido de toda la vida. Inició su trabajo con gran concentración y sólo lo interrumpió para tomar un café que le ofrecí. Ahí pude sonsacarle algo de su vida. Andaba de novio con una bailarina y componía música. Se le iluminaron los ojos cuando me contó que estaba estudiando armonía y composición con el maestro Antonio Galiana y que había ganado un premio en el concurso municipal de 1961 por una obra para piano.

No volví a verlo.

Por comentarios supe que todo iba bien en la vida de Silvestre salvo por un molesto zumbido que a veces le taladraba el oído izquierdo. Con el tiempo lo tuvo en los dos oídos. Luego la sordera paulatina. Primero el oído izquierdo, luego el otro. Consultó a varios especialistas pero ninguno habría podido darle un diagnóstico preciso.

A pesar de su trastorno Silvestre continuó afinando pianos. Hasta que uno fue el último: ya no pudo distinguir una nota de otra.

Genaro lo despidió porque el pobre ya no le servía ni como vendedor. Habían transcurrido algo más de tres años desde que Sabatello se había despedido del negocio. Genaro lo llamó y el viejo aceptó volver pero con pretensiones pecuniarias exorbitantes. El patrón no tuvo más remedio que pagarle el triple de lo que le pagaba al malogrado Silvestre.

¿Qué fue de la vida del muchacho? Como por su sordera rehuía a las personas, nadie del ambiente volvió a tener contacto con él.

Supe por Genaro López que el pobre Silvestre debió venderle su propio piano. El instrumento estaba en perfecto estado, así que sólo hubo que lustrarlo un poco. Luego lo hizo afinar por Sabatello, aunque por delicadeza prefirió ocultarle a quién había pertenecido.

Textuales palabras de Genaro López: “El viejo elogió el bellísimo sonido del instrumento y me aseguró, cosa rara en él ya que era reacio a desnudar sus sentimientos, que nunca una afinación le había dado tanto *piacere spirituale*”.

No sé cuánto hay de verdad y cuánto de mito en la decadencia, caída y esfumación de Silvestre. Yo, como dije antes, lo vi una sola vez. En esa circunstancia tuve la sensación de haber vivido antes ese encuentro, pero con una variante perturbadora. ¿Cómo explicarlo? Digamos que en ese confuso recuerdo, o sueño o lo que haya sido, era yo quien llegaba a la casa con el malecón de afinador, y que el pianista que me abría la puerta era Silvestre.

4

CARNE COCIDA

Lo que vi pudo haber sido una alucinación.

Me sucedió en el frigorífico Santa Elena, en la sección de carne cocida para exportación a Estados Unidos conocida como ANUSA (Antropología naturista para los Estados Unidos), el único lugar prohibido de la planta.

Mi trabajo en el frigorífico consistía en pesar en una báscula los camiones jaula que llegaban con hacienda para la faena, y luego, ya vacíos, volverlos a pesar para determinar los kilos vivos descargados en los corrales. Estábamos en 1973 y acababa de asumir la fórmula triunfante Cámpora-Solano Lima al grito de “¡Cámpora al gobierno, Perón al poder!”. Tiempos difíciles.

Yo solía recorrer todas las instalaciones por razones de trabajo, a veces para guiar a visitantes extranjeros a quienes debía explicar el proceso de faenado que se realizaba de noche.

En ese deambular diario veía trabajar a los carniceros de la sección desposte general, en el sector donde se preparaban los cortes para exportación, pero no conocía el interior de ANUSA. Allí despostaban las medias reses de toro, cuya carne fibrosa se cocía al vapor, se la preparaba con aderezos, adobos y caldos de fórmula secreta, se la enlataba y se la exportaba íntegramente a los Estados Unidos. Todo el proceso se completaba entre esas cuatro celosas paredes.

El encargado de ANUSA era el señor Julián Arangúren, el único que poseía la fórmula para la elaboración de este alimento proteico según el gusto y las exigencias de ciertos consumidores norteamericanos.

Nos hicimos muy amigos porque teníamos similares ideas políticas. Había nacido y estudiado en Mar del Plata, pero estuvo muchos años trabajando en Miami. Se murmuraba que era o había sido agente de la CIA, aunque esas eran habladurías de corraleros y estibadores envidiosos.

Este experto no era empleado del frigorífico sino de la empresa norteamericana que compraba toda la producción de carne cocida. Una cláusula del contrato imponía esa supervisión personalizada que debía ser independiente de las autoridades del frigorífico.

Él me explicó que las carnes termoprocesadas surgieron a raíz de las barreras sanitarias que los Estados Unidos habían levantado por la aftosa. Tras el encuentro de los presidentes Frondizi y Kennedy en 1961, y luego de que estudios técnicos bilaterales demostraron que la carne cocida a más de 80 grados centígrados no tenía ningún riesgo sanitario, se le abrió a la Argentina ese importante mercado.

Con su casco y su guardapolvo siempre blanquísimo, el señor Arangúren revisaba y controlaba todos y cada uno de los pasos de la preparación y enlatado del producto. Trabajaban con él unas veinte personas que pertenecían a la planta del frigorífico, pero que estaban bajo sus órdenes directas, afectadas exclusivamente a ese contrato de exportación que era el negocio más rentable que tenía la empresa marplatense.

El producto envasado con el logo del Frigorífico Santa Elena se embarcaba de inmediato y no quedaba ni una lata para consumo local. (Una sola vez, y como excepción, el señor Arangúren me dio a probar en un platito un poco de esa carne cocida. Ah, que producto exquisito, tierno, de sabor homogéneo y aroma embriagante. Una verdadera *delicatesen*).

Pero volvamos a la misteriosa ANUSA. Cuando yo necesitaba hablar con el señor Arangúren debía tocar un timbre y esperar que alguien desde el interior abriera la media puerta superior. Entonces lo veía al señor Aranguren en su pequeña oficina de mamparas vidriadas. Desde allí me hacía señas para que lo esperara afuera. Nos encontrábamos en la playa externa del frigorífico donde yo le hacía saber el motivo de mi requerimiento, habitualmente razones burocráticas aduaneras o referidas al transporte del producto.

Él, en cambio, solía visitarme muy asiduamente en la cabina de la báscula donde yo permanecía la mayor parte del tiempo pesando camiones y llenando unas interminables planillas de estadísticas que exigía la Junta Nacional de Carnes.

Era un hombre afable, de estatura más bien baja, buen conversador y muy culto. Nunca hablaba de su trabajo en ANUSA. Lo más que me dijo fue que se trataba de una organización de medicina oncológica alternativa, una especie de homeopatía vanguardista que había logrado grandes progresos en el tratamiento del cáncer mediante regímenes alimentarios especiales.

Hablábamos en cambio de política. Los dos simpatizábamos con las ideas alberdianas de libertad económica y división de poderes y, lógicamente, estábamos preocupados por los monto-

neros que rodeaban al presidente C ampora. Nos indignaba que en Mar del Plata estos insurgentes casi adolescentes hubieran tomado los dos hospitales p ublicos y la por entonces estatal Radio Atl antica, donde montaban guardias intimidatorias con metralletas en mano.

Precisamente, en el frigorífico trabajaba como comprador de hacienda el excapitán Pereyra Vellado, que, según se decía, aunque yo nunca lo cre , era el instructor militar de la Organización Montoneros en Mar del Plata.

 l y yo pertenec amos al mismo departamento y compartíamos la oficina principal. Si bien él salía al campo a seleccionar y comprar hacienda para la empresa, pasaba horas en esa oficina consultando precios por teléfono y acordando entrevistas con los ganaderos; y por esa simple proximidad laboral se había creado entre nosotros una cierta amistad. Nos atra amos como se atraen los polos opuestos, cautivados por el solo hecho de estar cada uno en las antípodas ideológicas del otro.

Era un hombre muy egocéntrico, de carácter fuerte, autoritario, con ideas izquierdistas extremas y certezas inconmovibles sobre la manera y forma en que había que arreglar el mundo.

Pero siempre se mostr  respetuoso de mis divergencias. Recuerdo que yo intentaba, como mero ejercicio dialéctico, hacerle entender mis convicciones a favor del "podrido" mundo capitalista. Pereyra Vellado enrojec a, se insertaba el casete de todo buen marxista-leninista que lleva, por añadidura, el contrapeso de ser también peronista y de "la Tendencia" (supuestamente, porque él nunca lo dijo), y me largaba su perorata: que la clase dominante, que la oligarquía terrateniente, que la sinarqu a inter-

nacional, que el imperialismo yanqui, que la liberación nacional. Había que bancarse esa retahíla de lugares comunes y superficialidades escritas en todo libro rojo, desde el de Mao, hasta el catecismo tercermundista.

Este ex militar había sido dado de baja de su fuerza, ignoro en qué circunstancias y bajo qué cargos. No obstante, usurpaba el título militar que ya no le pertenecía, y cuando todavía gobernaba el general Lanusse, antes de las elecciones del 11 de marzo de 1973, se presentaba telefónicamente con un arrogante: “Habla el capitán Pereyra Vellado”. Cuando asumió Cámpora, el tono se hizo más campechano: “Habla Vellado”, o lo que era más gracioso para quienes lo escuchábamos: “Habla el compañero Vellado”.

Pero a pesar de todo era un tipo agradable, al menos lo era conmigo, un poco loquito pero tratable, y yo podía intercambiar pareceres con él e incluso discutir apasionadamente sin que jamás llegáramos a enojarnos.

Su vinculación con Montoneros pareció confirmarse un año y medio más tarde, cuando ya había caído Cámpora y estaba en el poder el general Perón con su secretario, brujo y lugarteniente José López Rega. De la efímera “patria socialista” habíamos pasado, sin transición ni respiro, a una especie de patria sindical, fascista y corporativa donde entraron a tallar la CNU, la Juventud Sindical Peronista y la Triple A., el “Somaten” creado, o, al menos, “sugerido”, por el propio Perón. Pereyra Vellado fue asesinado por un supuesto comando de extrema derecha. Lo sacaron de su casa a las tres de la madrugada, lo llevaron desnudo

y maniatado hasta un descampado donde lo golpearon salvajemente y lo fusilaron.

Yo nunca me convencí de que ese crimen fuera una represalia de la derecha por la participación de Pereyra Vellado en la “Orga” Montoneros. A mí me daba la impresión de que él se desentendía de la lucha armada de los grupos irregulares. Estaba en cambio preocupado por algo que sucedía dentro del frigorífico. Nunca supe qué. Una vez me confió que había visto y escuchado cosas espeluznantes (esa fue la palabra que usó, pero hay que tener en cuenta que era un tipo siempre exagerado en sus expresiones). “No me pida detalles —me dijo enigmático—, no quiero comprometerlo. Lo único que le digo es que si puedo probar lo que sospecho no me voy a callar ni disfrazado de oso carolina”.

En esta historia hay otros personajes.

A un empleado de seguridad que se dedicaba a espiarnos le decíamos “Ferocio”, un sujeto solitario y desagradable que no tenía familiares ni amigos. Odioso y desconfiado, estaba en perpetua vigilancia. Husmeaba por todas partes, pendiente siempre de lo que hacía cada trabajador, cada profesional, cada jefe. Hasta los miembros de la familia propietaria llegaron a padecer su figoneo compulsivo. No estoy exagerando, un día los dueños tuvieron que llamarle la atención porque estaba investigando a uno de ellos, un sobrino, creo, quien parece que solía llevarse lo que no le pertenecía. Le dijeron con claridad: usted está acá para controlar a los empleados, no para meterse con la familia.

Ferocio era como una sombra negra: por donde uno anduviera, ya fuera dentro de las dependencias y oficinas, o en los corrales, o por los espacios exteriores, percibía sobre la nuca el taladro de sus penetrantes ojos. Si uno caminaba por cualquier parte y se daba vuelta de golpe, como lo hacía yo por pura diversión, se encontraba infaliblemente con la mirada de Ferocio, posicionado a pocos metros, estudiando los movimientos del “sospechoso”, observando hacia dónde iba, qué llevaba en sus manos y con quién se encontraba.

Y como para Ferocio todos éramos merodeadores patibularios, no había en la planta quien no lo odiara como a una rata apestosa.

Un día desapareció.

Alguien lo había visto por última vez cuando entraba en mangas de camisa a una cámara frigorífica siguiendo sigilosamente a un abrigado estibador de quien seguramente sospechaba algo. Era casi la hora en que todas las cámaras se cerraban hasta el día siguiente.

¿Qué pasó? Se comentaba que lo despidieron, nunca supimos cuándo ni por qué. Jamás volvimos a verlo, ni en la planta, ni en la calle ni en ningún otro lugar.

Otro personaje es Pinino Rocamora, un empleado joven de Contaduría, muy eficiente y confiable que hacía horas extras por la tarde para recibir el dinero recaudado por los cinco repartidores que abastecían de medias reses a las carnicerías de la ciudad.

Pinino vivía solo, no tenía familiares y se comentaba que era homosexual. Durante años fue un empleado modelo que cumplía responsablemente con su trabajo, no faltaba nunca y jamás cometía errores.

Con Pinino no tuve casi trato. Apenas si nos saludábamos. Yo me fui del Frigorífico en 1975, al día siguiente de haber tenido esa visión o alucinación de la que hablé al principio, y antes de que lo mataran a Pereyra Vellado. Meses después me encuentro en la calle con uno de mis excompañeros y ahí me entero de lo que sucedió: Pinino, en un fin de semana largo de verano, que era cuando más se recaudaba por la venta mayorista de carne, agarró la plata de los repartidores, la metió en su bolso de gimnasia, fichó como todos los días, saludó al portero y desapareció para siempre.

En el frigorífico nadie lo podía creer. Yo tampoco lo creí cuando me lo contaron. En primer lugar, porque un hombre decente de toda la vida no se vuelve ladrón de un día para el otro ni defrauda a quienes confían en él. En segundo lugar, porque el dinero de los repartos, por mucho que fuera ese fin de semana, no era tanto como para perder un buen empleo y tener que vivir escondido.

Por último, tengo que hablar de los dos policías de la Dirección de Abigeato que prestaban servicios dentro del frigorífico: Pancho y Raúl, sargento y cabo respectivamente de la policía de la Provincia, el primero un tipo decente, el otro un pícaro. Ocupaban en distintos turnos una pequeña oficina ubicada en el pa-

tio de la planta, sobre cuya puerta impresionaba un ostentoso escudo de la Policía.

Sus funciones eran controlar que las marcas de los vacunos descargados en los corrales coincidieran con las marcas dibujadas en las guías municipales de traslado.

El policía decente era demasiado estricto en el cumplimiento de su deber y a veces decretaba la interdicción de reses cuyas marcas eran algo confusas, pero claramente no dolosas.

El policía pícaro, en cambio, dejaba pasar cualquier cosa, salvo que el fraude fuera muy notorio. A cambio de estos favores recibía un sobre todos los meses con una pequeña cantidad de dinero que los directivos del frigorífico justificaban asegurando que era una justa compensación por las molestias que el policía se tomaba para solucionar los problemas que se presentaban a diario, y no una coima para que haga la vista gorda ante irregularidades o ilícitos.

Pero si debo contar las cosas tal como eran, en las jaulas que llegaban de todas las estancias y remates ferias de los alrededores, cada tanto venía algún animal de origen más que dudoso, sin que por ello el indulgente sargento Raúl dejara de darle el visto bueno con su aparatosa firma. Una vez que le reproché una de estas excepciones me dijo con humor cínico: “Sabés qué pasa, si no lo dejo pasar yo, arreglan con el comisario”.

Había una extraña relación entre el señor Julián Arangúren y Pancho, el otro policía, el honesto. Me llamaba muchísimo la atención verlos juntos cada tanto en distintos lugares de la planta. Siempre hablaban brevemente y en voz muy baja. Un día, estando yo en la cabina de la báscula, los vi conversando y miran-

do cautelosamente de reojo. El reflejo del sol en el vidrio de mi cabina me mantenía invisible. Observé que Ferocio los estaba vigilando a pocos metros. Creo que percibieron esa presencia porque enseguida se separaron. En ese preciso momento miro hacia un costado y descubro que desde una oficina lindera a mi cabina, ambas comunicadas visualmente por una ventana de vidrio, Pereyra Vellado también estaba espiándolos, atento, reconcentrado, a través de las tablillas de una cortina americana.

Nunca pude entender esa marginal y semioculta relación entre Arangúren y el sargento Pancho, ni menos aún el interés de Pereyra Vellado en sus misteriosos encuentros. Los tres eran personas muy diferentes, social, económica y culturalmente, y no tenían contactos laborales dentro de la planta.

Un día debo llevarle a Arangúren unas planillas del despachante de aduana y por primera vez hallo la puerta de ANUSA totalmente abierta. Toco el timbre y espero. Como nadie me atiende y veo que la oficina de Arangúren está vacía, me meto atrevidamente en el área empujado por una imprudente curiosidad.

Desconocedor de la distribución interna, me topo en mi recorrida con la sala de desposte donde varios operarios con sus cofias, botas y delantales blancos están descarnando huesos y desgrasando trozos de carne.

En ese momento veo que uno de los operarios levanta la pieza en la que está trabajando. Es un antebrazo humano, ya bastante descarnado, con su mano intacta adherida todavía al hueso y vuelta hacia mí como haciéndome señas. Sube y baja un par de veces esa mano, y tras un golpe seco de cuchilla va a parar a un

canasto de desechos. Fueron tres o cuatro segundos. El carnicero siguió pelando el hueso. Otros diez operarios compartían silenciosamente la misma mesa de acero inoxidable sobre la que despostaban grandes trozos de res.

Por suerte no me vieron. Horrorizado y con el estómago revuelto, salí del lugar y me recliné en mi cabina hasta que se hizo la hora de irme.

Al día siguiente voy directamente a verlo al sargento Raúl, el policía pícaro que era con quien yo tenía más confianza. Le cuento lo que había visto el día anterior y le pregunto si él cree que debo denunciarlo. Se queda mirándome sin decir palabra. Se levanta, cierra la puerta de la oficina que había quedado entreabierta y se sienta lentamente en su butaca. Me dice en voz muy baja y pausada: “Te equivocaste, viejo, lo que viste fue un cuarto trasero de ternero que al descarnarse quedan en la punta del hueso como unos flecos de carne y tendones que pueden parecer una mano humana... Dejate de joder, eso fue lo que viste, ¿de qué denuncia me hablás? ¿Estás mamado? No comentes esto con nadie, es el consejo de un amigo. Ahora decime, ¿cómo mierda te metiste en la ANUSA?”

Lo veo a Raúl tan nervioso, casi diría, asustado, que permanezco callado, más asustado que él. En ese momento se abre con cierta brusquedad la puerta de la oficina y entra el otro policía, el honesto. Es imposible que haya alcanzado a escuchar nada de lo que habíamos conversado. Sin embargo, Raúl lo mira con una palidez mortal. Un leve temblor sacude su labio inferior. El clima se pone tan tenso que me levanto, le hago una broma futbo-

lera a Raúl, que era un sufriente hincha de Racing, y me despidió de los policías.

Esa misma tarde mandé el telegrama de renuncia.

Pasaron más de treinta años. El policía honesto fue investigado no hace mucho por presuntas desapariciones forzadas durante la oscura etapa de Isabel Perón. El policía pícaro hace años que está retirado y vive en el campo. Pinino Rocamora y Ferocio jamás volvieron a ser vistos por nadie.

A Julián Aranguren me lo encontré en un café de la peatonal en 1995. Me contó que lo trasladaron a Irak, poco después de la invasión Tormenta del Desierto. Estaba a cargo de una planta cercana a la frontera con Kuwait y continuaba elaborando, aunque esta vez con carne de camello viejo, esa exquisitez termo-procesada que hace el deleite de un sector cada vez más grande de consumidores norteamericanos.

5

DELICIAS DEL CUARTEL

“El progreso no es ninguna ley natural. Aquello que ha conseguido una generación, lo puede perder la siguiente”.

H. A. L. FISHER
Historiador inglés

Tener que presentarse por primera vez en la guardia de un cuartel con la cédula de incorporación en el bolsillo nunca fue una perspectiva grata. El mundo se te caía encima. Pero cuando había transcurrido un año y salías por esa misma guardia para no volver, las lágrimas te cosquilleaban los mofletes.

Hablo de 1962, cuando yo tenía veinte años y el servicio militar era obligatorio. Por suerte ya no lo es, pero habría que ver si esa abolición, acelerada por la penosa muerte del soldado Carrasco, ha hecho generaciones mejores que las nuestras.

Contaré algunas anécdotas antes de ir a la historia principal.

Cierta vez contraje una fuerte gripe y el médico de la base me mandó a la cama. Durante varios días permanecí en la cuadra (el dormitorio colectivo de los soldados) en reposo, con una fiebre altísima. Estaba muy desmejorado y, según decían, mi apariencia era lamentable.

Una de esas noches febriles me despierto sobresaltado al oír murmullos alrededor mío. ¿Y qué veo? Cuatro velas encendidas

en cada esquinero de la cama, una sábana blanca sobre mi cuerpo, a modo de mortaja, y en la penumbra, amontonados alrededor mío, decenas de llorosos soldados rezando sobre mi “cadáver”. ¡Me estaban velando los desgraciados!

Cómo habrá sido de efectiva la cargada que hasta un recluta peón de campo a quien apodábamos “la vaca” por lo bruto, se me rio todo el año en la cara. A la vaca todos le tomábamos el pelo, pero desde que me hicieron aquella candonga, cada vez que yo intentaba gustarlo me lanzaba su mugido guasón: “A vo’ te velaron, vo’ no pasó agosto”. Con lo cual me paraba en seco porque los demás milicos estallaban en carcajadas. Debí aceptar que había perdido definitivamente mi derecho de burlarme de aquel rumiante.

Pero había otro soldado más bruto que él, morocho, feo, corpulento y musculoso al que de entrada apodamos “Ñancul” por su parecido con el personaje de Dante Quintero. Su lenguaje era tan pobre que apenas estaba un escalón más arriba de la muidez. Cuando al día siguiente de nuestra incorporación se nos ordenó ir a darnos la primera ducha colectiva, Ñancul se escondió detrás de uno de los cofres de la cuadra. Todos nos desvestimos obedeciendo al toque las órdenes e indicaciones que nos daba a los gritos el cabo de semana, tomamos cada uno toalla y jabón y corrimos desnudos hasta la barraca de las duchas donde nos esperaban una nube de vapor y ruidosos chorros de agua caliente. Terminado el baño, volvimos a la cuadra para ponernos ropa interior limpia y un mameluco de fajina. Estábamos en esos quehaceres cuando uno de los muchachos descubrió que Ñancul no se había bañado y se mantenía escondido. Cuando lo interroga-

mos nos confesó con sus pocas palabras que nunca se había bañado en su vida.

No faltó quien le llevara la alcahuetería al oficial de semana, más por diversión que por maldad. Por suerte el oficial también lo tomó a risa, y como Ñancul se negaba a desvestirse y hacer la experiencia iniciática de quitarse la mugre del cuerpo, el superior encontró una solución expeditiva (nunca mejor aplicado aquello de *manu militari*): juntó a cuatro soldados de buena textura física y les ordenó que lo desvistieran al paisano y lo llevaran por la fuerza bajo la ducha.

Entre los cuatro no podían con él, parecía un toro furioso. Finalmente, mientras todos nos matábamos de la risa, lograron arrastrarlo hasta meterlo vestido debajo del agua. Los cuatro soldados se empararon, pero lograron finalmente desvestirlo. Ñancul, amansado por la temperatura agradable del agua, cesó su resistencia y comenzó a enjabonarse por sí mismo. Después se reía como un chico de ocho años, y nunca más le esquivó a la higiene.

Entre los ciento cincuenta reclutas de aquella clase de 1942 había unos veinte analfabetos que aprendieron a leer y escribir en la escuelita que atendía un maestro del cuartel al que ayudaban dos soldados de nuestra clase que también eran maestros. Tuvimos un compañero de origen social muy humilde a quien en la enfermería le detectaron una blenorragia muy avanzada. Fue temporariamente aislado y recibió la atención médica que nunca había tenido. Claro, le quedó para siempre el apodo excesivo de “Sífilis”.

Hubo, además, cuatro o cinco muchachos que aprendieron a usar cubiertos en el comedor del Destacamento. Cuatro soldados tenían pareja e hijos, pero no estaban legalmente casados. El capellán de la base y el jefe de la sección Tropa los presionaron para que formalizaran. Se les arregló todo en el Registro Civil, se organizó una boda conjunta, y, por supuesto, eso era innegociable, se hizo una ceremonia religiosa ante el altar de la Virgen de Loreto, para la cual el capellán los había preparado, catecismo, bautismo, comunión y todo eso. Como premio por su buena voluntad les dieron licencias especiales para que estuvieran con sus familias, ahora constituidas ante Dios y la Ley.

Se decía que el servicio militar obligatorio era un año perdido, pero mi experiencia personal no me dejó esa certeza. Es verdad que más de la mitad de ese tiempo nos obligaban a cumplir modestos trabajos y servicios ajenos a la preparación militar. Cuando no se trataba de pintar la casa o la oficina de algún oficial, había que hacerle de chofer a otro, o desmalezar el campo con guadañas desafiladas y machetes oxidados, o encubrir las pillerías de algún suboficial corrupto, como uno que nos hacía preparar *sándwiches* con el queso y el dulce de batata del depósito de provisiones y luego nos mandaba a vendérselos a los mismos soldados que debieron recibirlos gratuitamente. O aquel otro que mandaba a sus soldados a robar nafta de las avionetas privadas estacionadas en el hangar del aeroparque.

Pero aun así, nunca pensé que fuera tiempo perdido, porque esos pobres muchachos a los que se educaba y se los ayudaba a subir un peldaño en la escala social no iban a tener, fuera de allí, oportunidad de lograr ese invaluable avance. Y para quienes te-

níamos educación y veníamos de buenas familias, esa convivencia integradora con jóvenes de condición tan diferente a la nuestra, nos ayudaba, primero, a valorar lo que habíamos recibido de la vida, tan mezquina con otros, y luego, a formarnos como personas más tolerantes y solidarias.

Se vivían en el cuartel experiencias tan ricas e inusitadas que ampliaban extraordinariamente nuestra percepción del mundo real, y nos ayudaban a desarrollar las mejores potencialidades juveniles.

Pero vayamos a la historia que me propongo contar.

En el cuartel alguien robaba las pertenencias de los soldados. Un día ese ladrón es sorprendido desvalijando un cofre. El que lo descubre es un cabo a quien llamaremos Ubaldo. El ladrón resulta ser un soldado al que apodaremos Ramiro. Lo vemos a Ramiro salir corriendo de la cuadra haciendo cuerpo a tierra y saltos de rana con el cabo Ubaldo detrás dándole órdenes de viva voz: “¡Cuerpo a tierra! ¡Carrera marrrr! ¡Cuerpo a tierra! ¡Carrera marrrr!”. Así, a las corridas y panzazos, lo va llevando hasta un descampado utilizado para los ejercicios de orden cerrado mientras nos grita a nosotros: “¡Este bípedo plumudo es el ladrón de los cofres, lo acabo de agarrar con las manos en la masa!”

No lo podíamos creer. Ramiro era un compañero insospechado, alto, pintón, simpático, oriundo de Balcarce, de buena relación con todos. Y había resultado ser el ladrón que durante meses nos hurtaba efectos personales y dinero. El cabo Ubaldo, justiciero implacable, lo bailó durante toda la tarde. Fue tan excesivo el castigo que Ramiro tuvo que ser llevado a la enferme-

ría esa misma noche. En esos tiempos el superior siempre tenía razón, así que cuando el cabo Ubaldo informó al capitán el motivo del baile, éste solamente le recordó que esa clase de castigos estaban prohibidos por el reglamento, y que la próxima vez tuviera más cuidado.

El soldado Ramiro estaba tan mal que debió ser llevado en avión al Hospital Militar de Buenos Aires donde permaneció en tratamiento médico durante más de un mes. Cuando regresó lo miramos todos como a un despreciable ratero y nadie lamentó lo que le había sucedido.

A partir de su reincorporación a la base, este soldado no habló más con nadie, cumplía silenciosamente con sus quehaceres en los talleres mecánicos dónde lo habían asignado, hacía las guardias que le tocaban y permanecía en hermético silencio durante el desayuno y las comidas. En las horas de descanso en que nos permitían ir a la cantina, él sólo fumaba y miraba *Ruta 66* por televisión. Por otra parte nosotros nos habíamos acostumbrado a no dirigirnos a él salvo que fuera indispensable por razones de servicio.

El cabo Ubaldo, por su parte, era un sujeto cruel y autoritario. Cada tanto lo teníamos como suboficial de semana y debíamos soportar durante siete días sus abusivos e ilegales correctivos. Por ejemplo, por conversar durante la noche cuando ya se habían apagado las luces llegó a escarmentarnos de la siguiente manera: se hacía despertar por el imaginaria a las dos de la mañana, ordenaba encender todas las luces, nos despertaba al grito de “¡Al pie de la cama!”, nos hacía calzar las zapatillas de fajina y nos sacaba en ropa interior al patio para hacer violentos ejerci-

cios bajo un frío glacial. Nos mataba durante quince o veinte minutos y nos volvía a mandar a la cama. A las cuatro de la mañana volvía a despertarnos y otra vez afuera, a correr, saltar y caer en flexión y hacer saltos de rana hasta el agotamiento.

Un día nos enteramos de que este miserable no se había presentado en la base. Al no ser localizado fue declarado desertor y las autoridades militares pidieron su captura a la Policía. Para nuestro alivio nunca más supimos de él.

Un día me toca hacer guardia con el soldado Ramiro en el puesto 3, el más alejado y solitario de la base. Era una noche pesada que preanunciaba tormenta. Cuando uno hace guardia en un páramo con un único compañero, es imposible ignorarlo. Además, yo quería tener algún diálogo con él, por curiosidad más que por razones humanitarias. Para los fumadores —yo lo era en esa época—, quedarse sin cigarrillos en el cuartel era poco menos que una tragedia. Yo sabía que Ramiro andaba corto de dinero y que nadie le iba a ofrecer un cigarrillo, así que le convidé uno de los míos. Se tiró encima del paquete. Me lo agradeció casi con emoción. Aspiró dos o tres bocanadas de humo y sonrió aliviado. Entonces le hablé.

—¿Supiste algo del hijo de puta del cabo Ubaldo?

—No... ni me interesa.

—Fue muy jodido con vos...

Se encogió de hombros.

—La pasaste muy mal ese día que te bailó —insistí.

—No solo me bailó, también me golpeó y me fracturó dos costillas.

—Ah, pero eso nunca lo supimos. ¿Y no le hicieron nada a ese cabrón?

—No quise firmar una denuncia, ¿para qué?

—Pero, decime Ramiro, no te ofendas, ¿él te vio realmente afanando?

—Hijo de puta, eso es lo peor, me hizo pasar por ladrón y yo jamás toqué nada de nadie.

—Pero... ¿entonces?

Ramiro se acomodó el FAL en el hombro derecho, se ajustó el casco y miró a lo lejos un relámpago, “Va a llover...”, murmuró, y después de un corto silencio me preguntó si quería saber la verdad. Le contesté que sí. “¿Vas a guardar el secreto de lo que escuches?” Le di mi palabra. Entonces me contó:

—Ubaldo me usaba para hacerle entrar una mina por este mismo puesto. Yo la esperaba, la hacía pasar y la llevaba en el jeep de la guardia hasta el Casino de Suboficiales donde se encontraba con el cabo. Eso ocurría una vez por semana y siempre después de la una de la mañana. El cabo se ocupaba de que yo dispusiera ese día del vehículo. Después, a eso de las tres, tenía que levantarla del casino y llevarla hasta la casa, lo cual implicaba un riesgoso abandono de guardia. Con la mujer habíamos simpatizado y ella siempre coqueteaba conmigo. A veces, mientras yo manejaba el todoterreno, se reía de alguna cosa que me contaba y, como distraídamente, apoyaba su mano sobre mi pierna. Yo te juro que traté de no darle bola, no quería problemas con el cabo, pero una noche, que no era la establecida, ella se me aparece por la guardia como a las dos de la mañana. Me besó en la boca y me dijo que venía a verme a mí, no al cabo.

Esa noche mi compañero de guardia era el gordo Tomini que, como siempre, dormía a pata suelta en esta misma garita. No pude resistirme, es una mujer preciosa, de unos treinta y pico de años, una ninfómana, de esas a las que no les alcanza un hombre, necesitan varios. No pude pensarlo mucho, le bajé la caña, como lo habrías hecho vos o cualquiera. Nos echamos dos polvos entre los yuyos, arriba de la manta que usamos en las guardias, y desde entonces ella venía un día a acostarse con el cabo y otro a revolcarse conmigo en el pasto. Hasta que Ubaldo se enteró, no sé cómo, pero siempre sospeché que ella misma debió de habérselo dicho, tal vez por despecho, por algo de ellos, qué se yo. Y eso fue lo que pasó.

—No puedo creer que te haya acusado de ladrón nada más que para vengarse de los cuernos que le pusiste.

—Así fue.

—Pero, viejo, ¿por qué no te defendiste?

—¿Sabés quién era ella?

Permanecí en silencio, expectante.

—La esposa del comodoro.

—¿El jefe de la base?

—No el que está ahora, el anterior.

Pronuncié un apellido.

—Ese mismo.

—Pero si la casa del jefe está...

—Está dentro de la base, sí, pero ella salía de los límites por un agujero en la alambrada y venía hasta aquí bordeando el arroyo mientras el marido dormía. Si yo hablaba, en lugar de un enemigo iba a tener dos, y al comodoro yo le tenía más miedo que

al cabo. Así que me banqué la injusticia, la calumnia, el castigo y los golpes de ese mal parido. Algún día me las iba a pagar.

Por unos minutos quedamos los dos en silencio rodeados por una nebrura electrizada y húmeda. Las brasas de nuestros puchos se intensificaban como parpadeando, por la ansiedad con que los chupábamos.

—Decime Ramiro, ¿qué le pasó al cabo?

—No sé. Pero te aseguro que el comodoro se enteró de las relaciones de su esposa con él, no me preguntes cómo.

Por la oscuridad yo casi no podía verle la cara a Ramiro, pero un sorpresivo relámpago le iluminó una mueca parecida a una sonrisa. Segundos después vino el trueno ensordecedor. Ramiro continuó:

—Poco después Ubaldo desapareció, lo declararon desertor, y al tiempo lo trasladaron al comodoro, no sé a dónde ni me importa un carajo.

Empezó a llover torrencialmente. Nos metimos en la garita. Ramiro volvió a encerrarse en su silencio habitual.

—¡Qué nohecita!— comenté yo, por decir algo.

6

LA CHICA DE LOS PAJARITOS

“El hombre admira a la mujer que lo hace pensar, le agrada la que lo hace reír y llega a querer a la que lo hiere. Pero se enamora de la que lo lisonjea”.

NELLIE B. STULL
Consejera matrimonial

Salí del servicio militar el 27 de diciembre de 1963. Mi urgencia fue encontrar un trabajo de pianista para aprovechar la temporada que se iniciaba.

Tuve suerte, me ofrecieron tocar en un circo que se estaba instalando en la esquina de Luro y San Juan, el Circo *Music Hall de París*. Era una carpa como la de cualquier circo pequeño, pero en lugar de la clásica pista circular tenía un gran escenario.

La orquesta que me contrató iba a tocar también como jazz, los fines de semana y los días de carnaval, en un boliche de la avenida Independencia conocido como *La cueva de la sirena*,

Tocar bajo la carpa de un circo fue una experiencia apasionante.

Dos saxofones, clarinete, dos trompetas, batería y piano; esa era la composición de la orquesta circense. Se puede decir que nos dimos la mano arriba del placo porque apenas si ensayamos pocos minutos antes del debut, pero cuando se es buen pro-

fesional los ajustes se hacen sobre la marcha. Tocábamos al costado del proscenio, pero a un nivel más bajo. Desde esa ubicación debíamos acompañar a los distintos números con llamadas de trompetas, redobles de tambor, suaves melodías, marchas militares y música de jazz.

Era un buen espectáculo. Actuaban cantantes, un ballet, malabaristas, contorsionistas, un notable prestidigitador, el internacionalmente famoso amaestrador de pájaros Tomy Bicker, que manejaba maravillosamente en el escenario a decenas de aves, y el número más popular de todos: el “Dúo de dos”, integrado por dos comediantes ya famosos en esa época: Beto Cabrera y Mario Sánchez, quienes cantaban y hacían chistes en catarata que el público festejaba a las carcajadas.

En el escenario trabajaba una joven bellísima, de veintitrés años, Samantha, que actuaba de *partenaire* tanto del mago como del amaestrador de pájaros, dos cuadros muy interesantes a cuya jerarquía contribuía sin duda esta muchacha con su atractivo excepcional. En ambos números ella aparecía vestida con mallas o polleritas ultracortas. Calzaba medias de red y zapatos con tacos aguja que realzaban la esbeltez de sus piernas.

Todos en la orquesta esperábamos que apareciera Samantha en el escenario para disfrutar de su simpatía y de la visión gratificante de su cuerpo delgado de contornos lúbricos. La llamábamos “La chica de los pajaritos”. Era demasiado bonita para que uno se le animara con algún avance. Por otra parte se comentaba que tenía una relación amorosa con el maestro de ceremonias, un tal Sergio M., un señor elegante, de alrededor de cuarenta

años, vestido con impecable *smoking* y dotado de carisma y gran personalidad.

—Buenas tardes, ¡asesinos de la música!— nos saludaba Mario Sánchez cuando salía al escenario junto a Beto Cabrera en la primera de sus rutinas cómicas, y nosotros le contestábamos con un sonoro acorde disonante, que provocaba risas en el público.

En una de sus actuaciones más aplaudidas, Mario, que entonces era delgado, hacía una caracterización notable de Charles Chaplin. En ese número no había diálogos, sólo mímica, acción, silencios, expresiones y la música incidental que aportábamos nosotros. En el pequeño drama, Carlitos le ofrecía una flor a una dama de la que estaba enamorado. La mujer tomaba la flor, la contemplaba con curiosidad, la olía con cierta indiferencia, y de pronto, con un gesto despectivo que acompañaba nuestro baterista con un golpe de platillo, la arrojaba al piso y hacía mutis. En ese momento, y para acentuar la honda tristeza de Carlitos, yo ejecutaba en el piano la bella *Serenata* de Schubert.

Carlitos, con una expresión tristísima que recordaba las películas mudas del verdadero Chaplin, se agachaba lentamente para levantar la flor y contemplarla largamente mientras la melodía de Schubert acentuaba la atmósfera de intensa tristeza. La escena era impactante, y la música de piano resultaba una combinación perfecta para darle realce dramático. Finalmente Carlitos se retiraba de la escena con su bastón y su tranco característico, y la orquesta arrancaba con *Candilejas*, que se prolongaba en un crescendo de gran emotividad. La excelente actuación de Mario Sánchez, la melancólica *Serenata* en el piano y el final de

Candilejas a toda orquesta, emocionaban a los espectadores y arrancaban estruendosos aplausos. Era sorprendente el momento mágico que se lograba con tan sencillos elementos escénicos.

Un día de finales de enero llego temprano para la primera función y me pongo a practicar un poco el piano. Se me ocurre repasar la *Serenata* de Schubert, ya que era mi único solo de piano, y siempre la responsabilidad de un solista conlleva una cierta inseguridad. Concentrado en mi interpretación veo que alguien se acerca por mi derecha y se queda escuchándome. Cuando termino, miro a ver quién está a mi lado y me llevo la gran sorpresa: es Samantha ¡y está llorando!

Ella se seca rápidamente los ojos, sonríe y me dice:

—Discúlpeme, lo escuché tocar desde mi camarín, está justo detrás del piano, del otro lado de esa lona. Siempre lo escucho cuando toca la *Serenata* y lloro como una estúpida.

—Bueno, es una melodía muy dulce...

—Pero usted la toca con tanto sentimiento... La he escuchado otras veces y nunca me conmovió de esa manera, seguramente usted es el responsable.

Quedé, como se decía antes, de una pieza. No supe qué responderle mientras mis mejillas ardían traicioneramente.

—Bueno —dijo ella con una sonrisa, fingiendo no ver el bermellón delator—, tengo que ir a maquillarme. Otro día charlamos.

Me impresionaron tanto las palabras de esa preciosura respecto de mi música que ya no pude dejar de pensar en ella.

Durante esa función esperé ansiosamente que Samantha saliera a escena. En un momento de su actuación, al final de un

acto de prestidigitación en que ella hacía una reverencia al público y señalaba con su mano al mago, giró levemente su cabeza hacia su derecha y manteniendo su sonrisa teatral me dirigió una fugaz mirada.

A partir de ese momento quedé enamorado de Samantha, pero no sabía cómo conducirme con ella. Comencé a ir al circo media hora antes de la función para tocar el piano exclusivamente para ella, que sabía estaba maquillándose en su camarín lona por medio. Tocaba distintas piezas, pero siempre incluía, a modo de mensaje explícito, una versión de *Serenata*.

Pasaron varios días hasta que ella volvió junto al piano para conversar conmigo. Nos presentamos, nos tuteamos y hablamos como viejos amigos. Me contó que era bailarina y que estaba tratando de integrar algún ballet en Buenos Aires o en el exterior. Dijo que estudiaba clásico, pero que su pasión era el flamenco. Yo le toqué un trozo de *Viva Cádiz*, que le hizo levantar los brazos y balancearlos con gracia gitana.

A partir de entonces la chica de los pajaritos venía todos los días a conversar conmigo unos minutos antes de su sesión de maquillaje, y yo aprovechaba para tocar algunos trozos de Albéniz, de Granados o de Manuel de Falla. Practicaba en mi casa desesperadamente para tener cada día un trozo distinto lo mejor ejecutado posible para deleitarla, y ella me lo agradecía con su mirada de cálida admiración.

Yo seguía sin saber qué hacer. Para peor la había visto conversando con Sergio, sin sonrisas entre ellos pero sí con una expresión de intimidación que se parecía mucho al trato matrimonial.

Eso me desalentó y me mantuvo a distancia de Samantha, más allá de los fugaces encuentros diarios al lado del piano y de las miradas cálidas que ella me seguía prodigando desde el escenario.

En el circo las cosas empezaron a ir mal. Ya estábamos en febrero y había caído abruptamente la asistencia de público. Apenas si se llenaban tres o cuatro filas de plateas los sábados y domingos, y los demás días menos.

El administrador nos llamó para darnos la mala noticia de que se veía obligado prescindir de la orquesta por razones de economía. En adelante, las funciones se animarían con música grabada.

Ese era nuestro último día en el circo, aunque por suerte todavía teníamos el contrato de *La Cueva de la Sirena*. Al terminar la segunda función, fui al camarín de Samantha para despedirme, pero como Sergio estaba en ese momento con ella, simplemente los saludé a los dos y no pude decir otra cosa que adiós y buena suerte.

Esa noche, mientras tocaba en el boliche, yo no dejaba de pensar que no volvería a ver a Samantha, a pesar de que ella me había dado todas las señales posibles para demostrarme su interés. Me sentía rabioso conmigo mismo por no haberla invitado a salir, a tomar un café para charlar sobre música y sobre su soñada carrera de bailarina flamenca. ¡Qué imbécil que había sido! ¡Esa timidez de siempre!

Esa noche no pude dormir. Al levantarme debí aceptar que mi metejón era tremendo. Y yo había dejado pasar el tiempo sin hacer nada.

Caminé y pensé. Tenía que remediar mi torpeza, porque ella estaba interesada en mí y yo iba a desaparecer de su vida como si no me importara, cuando en realidad era lo único que me importaba. No conocía su número telefónico ni su domicilio.

De pronto, una lucecita genial iluminó mi cavernoso desaliento.

Fui a una florería, encargué un bellissimo presente floral con jarrón de cerámica y rosas rojas que me costó un platal, solicité que lo llevaran esa misma tarde al circo dentro del horario de la primera función a nombre de la señorita Samantha. Escribí en la tarjeta: *“Samantha, quiero que recibas este obsequio como agradecimiento por el inmenso bien que me hiciste al darme tu amistad. Con amor, Enrique”*. Y, por supuesto, anoté mi número de teléfono debajo.

Me quedé esa tarde en mi casa con una ansiedad de locos. Ya había pasado la hora en que terminaba la primera función cuando sonó el teléfono. “Es para vos, una chica...”, me anunció mi madre.

La emoción me cerró la garganta y casi no pude decir “hola”. Era Samantha, estaba feliz y emocionada por el agasajo sorpresivo que acababa de recibir. Dijo que se sintió como una gran estrella del espectáculo cuando le llevaron las flores a su camarín, que me lo agradecía tanto, que cómo se me había ocurrido un gesto tan refinado, tan caballeresco.

La conversación fue corta. Quedamos en encontrarnos el lunes a la noche para tomar una copa y charlar como amigos. El lugar del encuentro fue la confitería Montecarlo que estaba en Rivadavia y Corrientes.

Me sentí tan orgulloso y eufórico que hasta les avisé a mis amigos para que fueran a espiar discretamente mi “levante” desde la puerta del bar, ya que una mujer de esas características era para exhibirla.

Apareció elegantemente vestida con pollera corta, blusa de seda y tacos altos, un collar con pequeñas piedras verdes y muchas pulseras. Tenía un maquillaje sencillo, los ojos muy delineados y el cabello suelto. Era toda una modelo. Tomamos un par de *whiskys*, charlamos durante dos horas animadamente, pero no salía nada para concretar. Hasta que ella, inteligentemente, me preguntó si me gustaba bailar. “No bailo muy bien”, le confesé. “Pero sabrás bailar boleros, música lenta...”. “Eso sí”. “Bueno, para mí es suficiente”, y sonrió como animándome a tomar alguna vez la iniciativa. Entonces me decidí: “¿Y si vamos a bailar?” “¿Ahora...?” “Sí...” “¿Por qué no?”

Fuimos a Avalón, un sótano oscuro y elegante que estaba cerca de allí, creo que en la calle Santa Fe.

Pedimos una copa y fuimos enseguida a la pista.

Bailamos apretados, nos besamos y nos acariciamos sin excesos por ser el primer día, como se estilaba en esos tiempos. Esa misma noche la acompañé hasta la esquina del edificio céntrico donde vivía temporariamente. Un poco inquieta, como nerviosa, no quiso que fuera hasta la puerta de entrada. Quedamos en vernos a la noche siguiente.

En esta segunda cita la invité a cenar. Charlamos, nos tomamos las manos y finalmente la miré a los ojos y le dije tiernamente: “Samantha, quiero poseerte”. Quedó impresionada por esa forma de requerirla, lo vi en sus ojos. Me miró largamente y

en silencio, como procesando mis palabras. Finalmente sonrió y me dijo: “Y yo quiero ser tuya”. Ahí nomás tomamos un taxi y fuimos directamente a un hotel.

Cuando esa noche regresé a mi casa, no podía creer todo lo que sucedió en esos dos intensos días. Le había enviado flores al circo, me telefoneó agradecida, nos encontramos en una confitería, fuimos a bailar como dos enamorados, al día siguiente la invité a cenar, y jalonamos esa maravillosa escalada en la cama de un hotel. Ah, si esa cama y esas paredes hablaran.

Mi conclusión de ese momento, diría mejor, mi asombroso descubrimiento, fue que había seducido a una bella mujer nada más que con la música del piano, y eso para mí era novedoso y extremadamente halagador.

Nuestro romance fue tumultuoso, ardiente e inolvidable, pero duró poco. Un día ella me cuenta sobre su intimidad con Sergio, de quien estaba temporalmente apartada pero sin haber roto aún, y me dice que él estaba enterado de nuestra relación, que había visto las flores en su camarín, y que estaba al tanto de nuestros encuentros posteriores, por lo cual, me dijo con dolorosa honestidad, prefería volverse a Buenos Aires para tratar de recomponer la relación, porque lo amaba y no quería dejarlo. Y me confesó con brutal sinceridad que a mí me necesitaba sexualmente. Me lo dijo así de clarito: “te quiero sexualmente y te necesito sexualmente”.

En cierto modo eso me halagó, porque ¿a qué hombre no le gusta ser objeto sexual de una mujer bella, y que ésta se declare conforme con los servicios recibidos? Pero al mismo tiempo me

dañaba porque yo había llegado a amarla, y ella, ahora lo sabía, nunca me había correspondido.

Quedé atolondrado y sin palabras hasta el día de su partida.

No volvió nunca a Mar del Plata, pero nos escribíamos todas las semanas. Durante años fui cada tanto a Buenos Aires para encontrarme con ella. Nos alojábamos en el Hotel Mundial de Congreso y pasábamos buenos momentos juntos, pero siempre como a escondidas, ella se mostraba muy ansiosa y no quería que saliéramos a caminar por la ciudad. Apenas si íbamos a comer, a veces a El Tropezón, de Callao, a veces al restaurant del Savoy, en la calle Florida. Como excepción aceptaba que nos embarcáramos en El Tigre para almorzar en alguna isla del Paraná de las Palmas. Ocasionalmente aceptaba que la llevara al Patio Andaluz o al teatro Tabarís para escucharlo a Osvaldo Pugliese. Y era habitual que estando tomados de la mano ella se soltara, ansiosa, tensa, como si viera o creyera ver a alguien entre la multitud.

En sus cartas me contaba sus intentos por entrar en un cuerpo de baile. Hasta que un día —fue en 1966, yo ya estaba tocando en la orquesta Marabú, de la que hablaré más adelante— me dice que por fin la contrataron en una compañía para bailar en Europa, y que viaja a la semana siguiente.

Me entristeció, pero para mí fue como un alivio.

Su partida fue una providencial oportunidad para liberarme de esa obsesión que me quitaba muchas energías y me impedía concentrarme en otras cosas. Así que le escribí, le dije que me entristecía que se fuera pero que le deseaba lo mejor en su carrera, que la felicitaba y la alentaba a seguir en sus proyectos. No le

pregunté, ni lo quise saber, si Sergio la acompañaba en su viaje, tal vez sí, tal vez no. Solamente le pedí que me escribiera desde Europa.

Pasó un año antes de recibir una carta de ella. Estaba en los Emiratos Árabes, bailando en el teatro de un jeque petrolero forrado en dólares. En esa carta, que fue la última, me expresaba su gratitud por haberla comprendido y me confesaba algo que yo ni siguiera había sospechado: No había sido por la música que ella se había sentido atraída hacia mí.

Cuando Samantha lloraba con la *Serenata* de Schubert, era por la tristeza que esa melodía romántica le causaba en momentos en que iba a perder a Sergio. Mi música melancólica la acercaba a su amado y la alentaba a tratar de reconstruir esa relación tambaleante.

Samantha se sintió atraída hacia mí no por mi música sino por mis palabras. Al principio por lo que le escribí en la tarjeta de las rosas, y después por haber pronunciado una frase anodina que, según parece, me distinguió favorablemente entre todos los hombres que alguna vez pretendieron llevarla a la cama: “Quiero poseerte”, le dije, y eso la cautivó. ¿Qué quieren que les diga?

Conservo esa carta fechada en Abu Dhabi el 3 de febrero de 1967. Cada vez que la releo me cuesta aceptar que estuve tan equivocado durante tanto tiempo. ¡Seduje a una hermosa mujer con el piano!, me repetía orgulloso. Pero para la hermosa Samantha sólo fui una especie de consuelo, un juguete de ocasión, un amiguito joven que la hacía disfrutar en la cama probablemente más que el hombre a quien verdaderamente amaba. Y que

la desatendía porque tal vez, y sólo tal vez, estaba interesado en otra mujer.

Fueron simples y humildísimas palabras las causantes de mi seducción. Jamás hubiera creído que con tan poca cosa se le podía hacer perder la cabeza a una mujer enamorada de otro hombre. ¡No con música, con palabras, con chamullo!

EL RANCHO DE LA GRETA

Los sucesos que voy a contar los viví en mi infancia, pero el secreto que encerraban lo conocí de grande, cuando mi madre, un día que tenía ganas de hablar de asuntos innombrables, derribó mi capacidad de asombro de un solo chicotazo informativo.

Yo tenía ocho años. A la vuelta de casa, a unos treinta metros del almacén del turco Anis, había una casilla muy pobre y destartalada con piso de tierra apisonada, donde vivía una familia que se aislaba hurañamente del vecindario. La vivienda, oculta por una maraña de ligustro jamás recortado, era bastante grande, con muchas habitaciones, y se alzaba en medio de un amplio terreno con sauces llorones, una huerta con maizal y zapallos, y un gallinero en los fondos.

A esa vivienda los chicos la conocíamos como el rancho de la Greta, por una chiquita de mi edad, amiguita nuestra de juegos callejeros, morochita y escuálida, que era la menor de siete hermanos, cinco mujeres y dos varones, que vivían allí.

Mis padres me habían prohibido pisar ese rancho, pero yo iba igual, como lo hacían otros chicos del barrio, llevados por la misma Greta. Jugábamos entre los choclos y trepábamos a los sauces. Algunas veces, cuando anochecía, entrábamos en la casa. A mí me encantaba, porque como no tenían luz eléctrica encendían faroles a querosén. La luminosidad mortecina de esos

velones sobre el piso de tierra creaba un fascinante clima de casita de cuento de hadas.

La madre era doña Emérita, una mujer muy avejentada, flaca y canosa, con aspecto de bruja, siempre desarreglada, siempre chirusa, con medias caídas y enaguas que le sobresalían por debajo del impresentable vestido de franela gris. Mientras yo y algún otro amiguito jugábamos con la Greta en una especie de amplio comedor donde siempre estaba reunida la familia, la escuchábamos a Emérita despotricar contra alguna persona. Siempre estaba rezongando contra alguien o hablando mal de alguien.

El padre, en cambio, Hermes Radviuk, un serbio que había venido de joven a la Argentina, era un tipo bonachón de unos sesenta años, no mal parecido para su edad, siempre sonriente y con una mirada serena y bondadosa que inspiraba confianza. No se le conocía ocupación alguna, aunque se decía que era predicador de una secta religiosa escindida de la Iglesia Mormona. Los sábados la casilla quedaba vacía porque todos concurrían a un templo de la calle 9 de julio, frente a la estación de trenes.

Los hermanos trabajaban en modestos oficios, excepto la Greta y la que le seguía en edad, Mabel, que tendría por entonces doce o trece años. Juliana, la mayor de las mujeres, era doméstica con cama adentro, así que aparecía por la casilla solamente los sábados por la tarde. La segunda, cuidaba a una anciana por las mañanas. La del medio, Nora, la más bonita de las cinco, según mi parecer de entonces, había estudiado corte y confección en la academia «Teniente» y cosía para afuera, pero como no tenía máquina de coser, debía hacer las costuras a mano, puntada tras puntada durante interminables horas de tra-

bajo. Norita era la preferida del padre, según me comentó un día la Greta, y parece que esa predilección creaba ciertas tensiones con sus hermanas más grandes.

A los dos varones, que eran los mayores y que no andarían muy lejos de los cuarenta, yo los veía muy poco en la casilla. Durante el día trabajaban, uno de peón de albañil, y el otro de enlazador de perros en la perrera municipal. Regresaban a la casilla al atardecer. En verano se daban cada tanto un baño afuera, junto a la bomba sapo y dentro de un corralito de chapa que cubría sus desnudeces hasta la cintura. Siempre alguna de las hermanas, entre risas, jarana y miraditas indiscretas, los enjuagaba desde la cabeza con un recipiente con agua previamente calentada en la cocina de leña. Para la higiene de las mujeres, había un pequeño cobertizo de chapa pegado a la letrina. Los dos varones se afeitaban afuera, frente al espejo de un botiquín colgado bajo el alero. Se peinaban con brillantina Glostora, se perfumaban, se empilchaban y salían, hechos unos dandis, cada uno por su lado.

Don Hermes Radviuk parecía un gran señor. Las hijas y la mujer lo atendían como a un califa, le cebaban mate, le alcanzaban algo de comer, le enfriaban la cerveza en una palangana con hielo y le iban a comprar *El Gráfico* todos los martes. Él, por su parte, nunca movía un dedo por nadie, sólo estaba allí para beber, dar paternales consejos y recibir atenciones, aunque era notable el trato amoroso que tenía en todo momento con las hijas. Hasta cuando las reprendía lo hacía en tono cariñoso e indulgente. A veces pedía que le alcanzaran un libro religioso y leía algunos pasajes en voz alta. Y había que ver con que respeto las hijas escuchaban esas lecturas, cómo lo mimaban, lo abrazaban,

jugueteaban con él y procuraban complacerlo en sus mínimos deseos. Una vez vi que dos de las chicas le estaban poniendo medias de lana, cada una con un pie entre sus amorosas manos, mientras él viejo, apoltronado en su desvencijado sillón, escuchaba concentrado un partido de fútbol por los auriculares de una radio a galena. Percibí que había siempre como una competencia por ganarse el apego del viejo.

Otra curiosidad que noté es que las tres hijas más grandes, aun cuando sólo salían de la casilla para trabajar o hacer algún mandado, se acicalaban lo mejor que su pobreza les permitía, se peinaban entre ellas, se pintaban las uñas y se maquillaban. Nora era siempre la mejor vestida porque se confeccionaba sus propios vestidos. Sólo la vieja, que era la única que fregaba ropa en el piletón, regaba la huerta y les daba maíz a las gallinas, se mostraba desarreglada y hasta maloliente.

En realidad, yo entraba muy de vez en cuando en la casilla, y siempre permanecía poco tiempo, así que mis recuerdos de lo que pasaba allí dentro son necesariamente fragmentarios. En cambio, con la Greta, que era bastante vaguita y le gustaba jugar con los varones, nos encontrábamos todos los días en la calle, para cazar mariposas, encerrar luciérnagas en frascos de vidrio o pescar renacuajos en el zanjón cuneta siempre inundado de Colón. Ella era un varoncito más para nuestra pequeña pandilla.

Los marginales merodeadores

En el barrio merodeaban siempre cinco dementes. Uno era Norris, un repulsivo sujeto de ojos saltones enrojecidos, tez

morena infernalmente picada de viruela y nariz aplastada cuyos orificios exudaban unas velas verdosas que se le encharcaban y encostraban encima del labio superior que le sobresalía como un hocico. Jamás hablaba con nadie, pero tenía la mala costumbre de pararse frente a las personas y permanecer inmóvil como una figura de cera de un museo del horror. Los que padecían este acoso le daban limosna para que se esfumara cuanto antes.

Otro era «Piojito», un vagabundo de larga barba y melena, que se echaba a dormir ahí donde lo agarraba la noche, a veces bajo un alero, en el porche de una casa, o directamente al sereno. Iba siempre vestido con sobretodo largo y mugriento, sombrero de ala ancha caída y zapatos destrozados. Llevaba invariablemente una vara para ahuyentar a los perros sueltos. Se rascaba el cuerpo constantemente porque estaba infectado de piojos. Nunca pedía ni hablaba con nadie, pero las señoras del barrio, al verlo acercarse, entraban a buscar algo para darle, un sándwich, o una fruta, que él tomaba extendiendo el brazo lo más que podía para no contagiar sus piojos ni ofender con sus emanaciones.

Los otros personajes eran el loco Félix, que tendría quince o dieciséis años y sus dos hermanos mayores, mellizos gemelos, los tres infradotados. Vivían en los fondos de un bar de la calle Brown, en una pieza que el dueño les facilitaba.

Los mellizos eran lustrabotas y estaban siempre juntos, cada uno con su cajita de pomadas y cepillos. Eran muy parecidos entre sí, con idéntico gesto adusto y la mirada perdida, pero uno de ellos mandoneaba y maltrataba al otro. ¡No seas pavo!, le gritaba el mandamás delante de la persona que se estaba lustrando los zapatos. ¡Infeliz! Hacé esto, hacé aquello, agarrá la otra po-

mada, mirá que sos tarado... Éste es un lelo, le explicaba al sorprendido cliente.

El loco Félix, en cambio, era simpático y sociable. Vagabundeaba por el barrio siempre sonriendo y a veces hablando solo. Cuando los chicos lo cruzábamos le pedíamos que cantara y bailara. No había que rogarle mucho, sacaba de sus bolsillos cuatro maderitas alargadas y con dos en cada mano, hábilmente sostenidas entre sus dedos a modo de castañuelas, producía un repiqueteo con el que bailaba grotescamente mientras cantaba una copla monótona: “El loco Félix, el loco Félix / El loco Félix, el loco Félix...” Esa era toda la letra, y la repetía hasta que, cansado, daba por terminado el *show*.

Aunque parezca mentira, tocaba los palillos sorprendentemente bien, con un tamborileo potente y rítmico. La gente se paraba para verlo, se reía de sus astracanadas, lo aplaudía y le daba unas monedas.

Estas cinco personas incapaces, recorrían diariamente las manzanas que circundaban mi casa. Siempre daban vuelta por ahí. Eran muy jóvenes todos, aunque Piojito y Norris parecían viejos de tan deteriorados que estaban.

Cinco retardados mentales concentrados en un perímetro tan reducido era demasiado, pero yo era muy chico para asombrarme de esa banalidad.

La revelación

Una noche, posiblemente más tarde que otras veces, entro por mi cuenta al rancho de la Greta y me veo ante una escena

desacostumbrada. En el comedor alumbrado a querosén están solamente el viejo y los dos varones, enfrascados en una discusión. No entiendo el motivo del entredicho, pero nombran a la hermana de trece años: “¡Basta, viejo, tenés que frenarla con la Mabel, es muy pendeja todavía!”, le dice uno de los hijos. “¡Y vos que te metés, palurdo! ¡Que te importa, si ella está conforme y me lo anda pidiendo!”, le contesta el viejo visiblemente alterado pero en voz baja, como para que no lo escuchen desde las habitaciones. “¡Es mi hermana! ¿Cómo no me va a importar?” “Ah, tu hermana, ¿eh?, tu hermana..., mirá vos, ¿y desde cuándo te importan tus hermanas? ¿Y tus otros hermanos, los que rajamos de acá, te importan? Bueno... digo tus hermanos por llamarlos de alguna manera, porque yo nunca pude averiguar quién carajo los engendró. Miren, no me hagan hablar, que con ustedes tengo muchas cuentas pendientes... Los hijos, alteradísimos, hablan a la vez, pero el padre los hace callar autoritariamente: “¡No se hable más del asunto! ¡No se hable más del asunto! ¡No se hable más del asunto!”

Cada vez que repite esta orden, don Hermes, sentado con aire de magistrado en su sillón patriarcal, levanta muy alto su brazo derecho con la mano abierta hacia mí y lo deja caer palmeando ruidosamente el apoyabrazos, una y otra vez, como acentuando la autoridad de sus palabras, gesto tal vez propio de un predicador que sermonea a sus fieles. Esa mano movediza y crispada me provocó una vaga e inexplicable para mí sensación de angustia.

En eso los tres descubren mi presencia y hacen silencio. Uno de los hermanos me pregunta de mala manera: “¿Y vos,

qué carajo querés?” “Nada, nada, la buscaba a la Greta, nomás”. “La Greta ya se acostó, así que mandate a mudar, y no vuelvas a entrar acá sin pedir permiso, ¿entendiste, mocoso?”.

Me fui más atemorizado de lo que el episodio merecía. Ya no volví jamás a esa casilla.

Como dije, mi madre me contó muchos años más tarde, cuando yo ya peinaba canas, la verdad de los sucesos de esa casilla, sucesos que alguna gente del barrio conocía pero que nadie quería mencionar. Según esa versión, que más tarde complementé con datos que le pude sacar a don Elías, uno de los antiguos vecinos a quien, hasta su muerte reciente, seguí viendo de vez en cuando por el centro, don Hermes se acostaba con sus tres hijas mayores. Y si debiera guiarme por las palabras que escuché en la discusión de aquella noche, el viejo se disponía a iniciar a la Mabel, de trece años, porque esa era la edad de noviciado que fijaba el reglamento de la secta a la que pertenecían.

Las mujeres no habían sido nunca obligadas ni violentadas por el viejo, simplemente se acostumbraron desde la adolescencia a turnarse para dormir con él, y lo curioso es que lo hacían de buena gana. A veces se peleaban entre ellas por celos, ya que todas querían ser la favorita de Hermes, y, según don Elías —aunque su testimonio es en este aspecto poco creíble, porque uno se pregunta ¿y cómo lo supo él?— las irritaba escuchar tras las delgadas paredes de madera del rancho las exclamaciones placenteras de la que en esos momentos fornicaba con el padre. ¿Pero, y la madre, doña Emérita?, le pregunté a mamá, y después a don Elías. Ambos coincidieron: la madre consentía esas relaciones porque ella también las había tenido con sus hijos va-

rones cuando estos eran adolescentes, todo conforme a los preceptos endogámicos de su religión.

Pero el omnisciente don Elías fue más lejos, me aseguró que los hermanos varones, cuando regresaban a la casilla después de haber bailado hasta pasada la medianoche, ardiendo por los juegos audaces de chicas difíciles, a veces se metían subrepticamente en la cama de alguna de las hermanas, quienes accedían a complacerlos, aunque siempre con la exigencia casi incumplible de hacerlo en silencio, para que el padre no se fuera a enterar, porque la secta no aprobaba semejante degeneración entre hermanos, salvo que se casaran, como manda Jehová.

Supongo que Greta, mi amiguita de la infancia a quién dejé de ver pocos años después, cuando nos fuimos del barrio, habrá ocupado alguna vez el lugar que le correspondía como la amante más joven y preferida de su padre, y, ocasionalmente, de sus hermanos.

Si he de aceptar estos hechos como auténticos, y a su vez los relaciono con fragmentos de la discusión entre padre e hijos que escuché aquella noche, los cabos sueltos se atan solos y las conclusiones salen a la luz como lagartijas al mediodía.

Puedo entonces entender una rareza nunca aclarada: por qué alrededor de mi casa de la avenida Colón, o mejor dicho, alrededor del rancho de la Greta, que quedaba a la vuelta, deambulaban como sombras sin alma cinco dementes abandonados a la buena de Dios.

8

LA SOCIEDAD DE LOS POETAS AUDACES

“Mira que eres el que no ha poco no fuiste; y el que siendo, eres poco; y el que de aquí a poco no serás nada; verás cómo tu vanidad se castiga y se da por vencida”

FRANCISCO DE QUEVEDO

Mar del Plata dio tres talentos de renombre mundial: Guillermo Vilas, Astor Piazzola y Manuel Antonio Rego, pero nunca sabremos a cuántos hundió en la oscuridad.

Discutimos si Osvaldo Soriano nació en Mar del Plata o en Tandil, pero no decimos que si hubiera vivido aquí, hoy probablemente no sabríamos quién fue. Manolo Rego pudo elegir un brillante destino europeo, pero amaba a su ciudad y quiso vivir en ella. Los marplatenses viejos lo recuerdan como el gordito del piano, que debutó en los '40 en el programa radial “El club de Norma y Susana”, creado y conducido por el inolvidable docente y periodista Rouget Oscar Espinoza. Los melómanos más jóvenes lo evocan como el director del Quinteto Rego, un empleo municipal desvalorizado por políticos sordos, con el que se jubiló desilusionado poco antes de morir.

Pero Rego fue más, muchísimo más que eso: en sus giras internacionales se lo reconoció como uno de los diez mejores pianistas del mundo. Nadie interpretó a Mozart con la perfección

con que él lo hacía. Al preferir Mar del Plata a París o a Mónaco, entregó su prometedor destino a la indiferencia y el olvido.

¿Y Astor Piazzola? Yo tengo muy presentes los años '60, cuando en Mar del Plata despotricaban contra él intelectuales, algunos locutores radiales, críticos, periodistas y tangueros en general. Decían que “eso” no era tango y que sus orquestaciones vanguardistas estropeaban los tangos clásicos. ¡*La Cumparsita* arreglada por Piazzola, vaya atrevimiento!

Es verdad que este rechazo se daba por igual en todo el país, no sólo aquí, pero Mar del Plata era su cuna, debió escudarlo en lugar de sumarse al coro de retrógrados. Yo puedo decirlo porque estuve entre los pocos entusiastas que lo bancaban a muerte, remando contra una marea de necedad inaudita.

Ahora somos todos piazzolistas. Algunos políticos hasta lograron cambiarle el nombre al aeropuerto marplatense y ponerle el de Astor Piazzola, como si Mar del Plata tuviera algún derecho de usar con fines turísticos ese apellido universalmente ilustre. Faltaría ahora que alguna fábrica de pescado pusiera su fotografía en las latas de sardinas.

Pero hablemos de los poetas. ¿Cuántos han sobresalido en esta ciudad? Algunos, muy pocos, y siempre con un brillo tenue. Aunque, paradójicamente, en ninguna parte del mundo debe de haber tantos poetas como aquí.

Inflación lírica podríamos llamar a esta empalagosa superpoblación.

No exagero. Hay entre treinta y cuarenta pequeñas sociedades que los agrupan, un centenar de talleres literarios y no menos de veinte publicaciones literarias circulando, casi todas de efímera duración pero que van siendo reemplazadas a medida que desaparecen. Si calculamos un promedio de veinte poetas por cada grupo, taller o publicación (digo veinte porque ese es el número máximo de miembros que una sociedad literaria soporta sin dividirse), y sin contar a los poetas autónomos, los solitarios y los malditos, tenemos una muchedumbre de más de tres mil almas plumíferas.

¿Debiéramos alegrarnos o estremecernos?

Desde ya no emito opinión sobre las cualidades literarias de cada uno de ellos porque a la mayoría no los he leído. Pero diré dos cosas antipáticas. Primero, si hubiera entre esa multitud algún genio, Mar del Plata se va a encargar de ahogarlo. Segundo, de los muchos que conozco, con excepción de cuatro verdaderos artistas, tal vez cinco, y podría estirarme con esfuerzo hasta seis, cuyas obras me han conmovido o, por lo menos, asombrado (dos de ellos no son marplatenses, aunque residen aquí), toda la otra producción que pude leer o escuchar es un espanto.

Hay poetas que han escrito durante treinta o cuarenta años y que jamás crearon una metáfora original. Otros abusan de la poesía vanguardista, espacio donde no siempre es fácil diferenciar la joya del desecho. Borges recordaba este epigrama de Oscar Wilde: “Si no fuera por las formas clásicas del verso, estaríamos a merced del genio”. “Que es lo que pasa ahora —agregaba Borges, refiriéndose a estos embaucadores—; ya que todo el mundo se considera genial, es decir, irresponsable”. Y remataba

con esta agudeza: “Si usted no toma la precaución de ser Walt Whitman o de ser Carl Sandburg, lo que se llama verso libre es realmente mala prosa”.¹

En fin, los hay oficinescos y ripiosos, los que no tienen oído musical, los enamorados del gerundio, los que se desintegran en diarreas adverbiales y los que no corrigen ni la más desubicada sinalefa.

Una definición perfecta de poesía se la debemos al editor y librero porteño Aldo Pellegrini: “Se llama poesía a todo aquello que cierra la puerta a los imbéciles”. Perfecta porque le cabe tanto a los poetas como a los lectores.

Aunque Borges también escribió: “*No hay poeta, por mediocre que sea, que no haya escrito uno de los mejores poemas de la literatura, pero también los más desdichados*”.²

Pareciera que Mar del Plata tiene la triste misión de ser tumba de artistas y Olimpo de farsantes. Tal vez por negar a los primeros, proliferan como hongos los segundos.

Pero los defectos de oficio y de sensibilidad de estos poetas audaces no son nada comparados con la vanidad, la petulancia, el egocentrismo que los caracteriza, pero no sólo a ellos, también a los auténticos poetas y a casi todos los escritores. Y aquí me incluyo en las generalidades del reproche, aunque diré en mi defensa que he luchado heroicamente para desprenderme de esa lacra.

Algo hace que nos sintamos o nos imaginemos superiores a los demás. No sucede con otros artistas, lo vemos raramente entre los deportistas y casi nunca en los científicos. ¿Qué hace que en los escritores la humildad sea una rareza? No lo sé, pero en

nosotros la vanidad es una pulsión difícil de domar, aunque no imposible si se toma conciencia de su ridícula estridencia.

Voy a relatar dos episodios, separados por décadas, que muestran la vigencia inmarcesible de esta exagerada exaltación de la propia personalidad literaria.

Cuando yo estudiaba en la Escuela de Periodismo “Domingo F. Sarmiento”, entre 1957 y 1960, conocí a un señor de cincuenta años que estudiaba con nosotros, a quien llamaremos Casimiro H., que se dio a conocer como autor de ocho novelas inéditas.

Casimiro nos reunió a quienes mostrábamos inclinaciones por la escritura literaria y nos propuso formar una nueva sociedad de escritores y poetas marplatenses.

Muy hablador este señor Casimiro, nos decía que él no tenía ningún interés personal, que era un hombre grande ya despojado de ambiciones, que sólo quería ayudar a los jóvenes y ofrecerles consejos y estímulo.

A mí me sonaban falsos su discurso, su modestia y su proclamado desinterés personal. En primer lugar me parecía inverosímil que hubiera escrito ocho libros cuando en clase no podía redactar un simple suelto periodístico sin ayuda del profesor.

No me interesó participar de ese grupo.

Meses más tarde me encuentro con mis amigos y compañeros de la escuela de periodismo Bebe, Dorito y Cauca, en la confitería Saint James para tomar un café. Nos acabábamos de sentar cuando descubrimos, a pocos metros de nosotros, una larga mesa en la que se habían reunido unas dieciocho personas, muchas mujeres maduras elegantemente vestidas, y pocos hombres,

todos de saco y corbata. ¿Y quién estaba en la cabecera de la mesa? El señor Casimiro.

Nos quedamos observado los acontecimientos con disimulo, procurando pasar inadvertidos ya que muchas de aquellas personas nos conocían.

Toman té y café con masas y torta y conversan animadamente hasta que una de las damas se pone de pie y todos hacen silencio.

La mujer perora un discurso vueltero sobre las satisfacciones espirituales que todos habían obtenido de la sociedad de escritores y poetas fundada por iniciativa del generoso señor Casimiro, un gran escritor que les había dado su vasta experiencia intelectual, y a quien esa tarde se proponían sorprender con un merecido homenaje por todo lo que este artista representaba para ellos y para las letras marplatenses. Dicho esencialmente esto, aunque con mucha retórica, demasiadas palabras y empalagosas solemnidades, la dama toma un ramo de flores que descansaba sobre una silla y se lo ofrece al presidente.

Don Casimiro, con emoción lacrimosa (probablemente auténtica, porque la vanidad nos vuelve muy sensibles a las fatuidades que nos miman), toma las flores, besa la mano de la mujer y pronuncia un discurso de agradecimiento. Dice que no se lo esperaba, que de haberlo sabido se habría negado porque el poeta debe ser humilde, como el gran Hölderling, como lo fue Dante, y que el lugar de un poeta es la soledad, el trabajo ermitaño, la forja de las imágenes y la filigrana de las palabras, y qué se yo cuántas sandeces por el estilo.

Pero eso no fue todo. El señor Casimiro tenía preparado, a su vez, ofrecer una demostración a otros presentes. Nombró uno por uno a ocho personas a quienes entregó un pergamino que los declaraba “poetas del año”, porque habían publicado sendos sonetos en una antología cooperativa.

Cumplido este acto de reconocimiento, mencionó a otras nueve personas presentes por sus méritos literarios demostrados en el taller de la sociedad, y le pidió a la secretaria que les hiciera entrega de sendos zarcillos para usar en la solapa.

Nosotros que habíamos seguido incrédulamente las sucesivas premiaciones, notamos con asombro, que todos los contertulios, absolutamente todos, habían sido galardonados, todos fueron mencionados con nombre y apellido y recibido por igual elogios y ternuras.

No lo podíamos creer, pero todavía faltaba la última parte, la lectura de los poemas de los premiados. Se fueron parando de a uno para leer su madrigal. El cierre quedó para el señor Casimiro, quien leyó un capítulo de una de sus ocho novelas gloriosamente inéditas. Jamás escuché o leí un texto tan infortunado, plagado de cursilerías, anacolutos y lugares comunes hasta la indigestión.

Pasaron algo más de cuatro décadas. Yo había escrito durante diez años en el diario *La Prensa* (hasta 1994) y era asiduo colaborador del diario marplatense *La Capital*. Además ya había publicado algunos libros. No diré que era conocido pero tenía un pequeño círculo de lectores, sobre todo en Buenos Aires, por mis artículos de opinión publicados en *La Prensa* y, anteriormente, en *Correo de la Semana*.

Tengo el placer de conocer a una escritora porteña radicada en Mar del Plata, muy seria, erudita, excelente poeta y con una importante trayectoria intelectual, y a través de ella tomo contacto con un grupo de poetas y escritores que se reúnen bajo su liderazgo. Algunas de estas amables personas me leen y hasta comentan elogiosamente mis libros en un programa radial que emiten por una FM.

Me invitan a sus reuniones pero nunca voy. Quieren llevarme como entrevistado a su programa radial pero no acepto. Como no quiero ser descortés les pongo como excusa que soy un insociable, lo cual es verdad, que no me gustan las reuniones, lo cual también es verdad, y que soy un animal refractario a los convencionalismos de la vida civilizada, lo que es rigurosamente lamentable pero cierto. Aceptan mis explicaciones y tengo el honor —aplicada esta palabra en su acepción de “enaltecimiento”, pariente de la vanidad, pero más sano y aceptable que su prima degenerada— de seguir figurando entre sus escritores respetados.

Un día me sorprenden pidiéndome que acepte una distinción que me quieren hacer. Juro que me negué, ya que sinceramente no deseo recibir homenajes que, al menos en mi caso, considero injustificados. Ellos insisten con el argumento de que no he de ser el único galardonado ya que también han sido invitados dos prestigiosos poetas de la ciudad que compartirán el podio conmigo. Y me nombran a dos conocidísimas personalidades, indiscutiblemente meritorias.

No sé si acepté la invitación por cortesía hacia la presidente del grupo, o deslumbrado por esos apellidos lustrosos, o impul-

sado inconscientemente por cierto revanchismo de mi vanidad, mantenida a rigurosa dieta pero jamás muerta. Lo cierto es que esa vez me dejé llevar por la vacuidad de darme una ducha caliente de halagos y zalamerías.

La reunión se llevó a cabo en una salita teatral, con muchos invitados, casi todos familiares y amigos de los integrantes del grupo. El acto comenzó con una primera parte de números musicales y artísticos no exentos de originalidad y calidad. Luego se leyeron trabajos de los tres invitados especiales y se enumeraron los antecedentes de cada uno sin grandilocuencias ni desmesuras, pero con gratas resonancias para nuestros oídos menesterosos.

Nos hicieron subir al escenario y entre aplausos y flashes fotográficos nos entregaron sendas plaquetas.

Recibidos los homenajes fuimos invitados a regresar a la platea. Entonces comenzó un tercer acto sorpresivo.

Empezaron a presentar a distintos miembros del grupo quienes pronunciaban discursos en los cuales unos elogiaban a los otros, se entregaban entre ellos ramos de flores, plaquetas y pergaminos. Nosotros, los invitados especiales, que habíamos creído ingenuamente que seríamos los únicos homenajeados, quedamos congelados en nuestras butacas viendo cómo la ceremonia tomaba un sesgo absolutamente inesperado. Los galardonados ya ni existíamos, habíamos sido tan sólo el pretexto, el subterfugio, para que mi amiga la presidente del grupo, que es una mujer inteligente y conocedora del secreto de preservar su liderazgo teñiéndolos a todos contentos, organizara una velada en la que los verdaderos agasajados iban a ser ellos.

Y volví a ver con asombro, y por segunda vez en mi vida, que todos querían exhibirse ante los reflectores, leer sus poemas y recibir aplausos y apasionados reconocimientos.

¡El síndrome de Casimiro cuarenta años después!

Pero esta vez no pude decir nada, no pude criticar nada, tampoco lo hago ahora. ¡Si yo mismo me veía como un sandio en ese espejo escénico que, burlescamente, me devolvía mi propia imagen de minutos antes!

Entonces, a manera de consuelo, recordé la lógica irrefutable de Antonio Porchia cuando escribió el siguiente aforismo: “*Sin esa tonta vanidad que es el mostrarnos, y que es de todos y de todo, no veríamos nada y no existiría nada*”.

Si hasta los clásicos fueron indulgentes con la vanidad de los poetas: *Laus alit artem*, sentenció Séneca (“Los elogios estimulan el arte”).

NOTAS:

¹ Osvaldo Ferrari: *Reencuentro* (Editorial Sudamericana)

² Jorge Luis Borges: Prólogo de *Los conjurados*.

9

EL HOMBRE QUE LE GANABA AL CASINO

En 1947, cuando yo tenía cinco años, Archibaldo era un próspero hombre de negocios, siempre vestido con trajes Braudo, cuellos duros, anteojos negros de armazón dorado, corbatas de seda natural y zapatos combinados en negro y blanco. Tenía un Packard modelo 46, negro, reluciente, con cromados espectaculares y tapizados en cuero rojo.

Este muchacho estaba casado con una chica del barrio y tenía dos hijos varones un poco más grandes que yo. Simpático y conversador, se había hecho amigo de mis padres que vivían al lado de sus suegros, en la calle Guido a metros de Belgrano. Recuerdo que en la cuadra de mi casa, donde nací y viví hasta que nos mudamos a Colón, los vecinos se admiraban de la prosperidad de aquel ex mozo del Hotel Nogaró que había hecho tanta plata vendiendo terrenos.

La primera vez en mi vida que subí a un automóvil fue al Packard de Archibaldo. Me llevó a pasear junto a sus hijos por la costa. Nunca olvidé la poderosa impresión que recibí al contemplar desde el auto el mar infinito y las playas colmadas de bañistas que, por la distancia, parecían seres diminutos. Mi imaginación me hizo creer que se trataba de gnomos jugueteando con las olas. Hasta hoy conservo una huella de gratitud hacia Archibaldo por aquel asombroso paseo.

Un día Archibaldo se sincera con mi padre —esto lo supe décadas más tarde— y le confiesa que el dinero grande no lo gana vendiendo lotes sino en el casino, gracias a una martingala que él mismo había inventado. Mi padre no puede creer lo que oye. Archibaldo le dice que necesita un ayudante, alguien de confianza a quien entregarle las fichas que va ganando, porque tiene un problema: le cuesta resistir la tentación de jugarse esas ganancias en apuestas de riesgo.

Archibaldo estaba confesando ser un jugador compulsivo, nada menos, si bien aseguraba haber canalizado su adicción creando una manera, lenta y tediosa pero relativamente segura, de ganar en las mesas de ruleta. Pero no estaba libre de las recaídas incontrolables, y de hecho eso le estaba sucediendo con demasiada frecuencia. ¡Cuántas veces había perdido todo lo ganado apostando locamente al ocho o al once, que eran sus números predilectos!

Y le pide a papá que acepte ser su ayudante.

Mi padre, que nunca creyó en el juego ni en las martingalas ni en ninguna variante fácil de ganar dinero, declinó el honor. Y para sacárselo de encima le sugirió que hablara con Palmiro, un solterón del barrio, muy buen tipo y muy decente que justamente andaba haciendo changas como electricista porque no tenía un empleo fijo.

Archibaldo lo entrevistó y enseguida se pusieron de acuerdo.

El trabajo de Palmiro era así: los dos entraban al casino por separado. Palmiro debía ubicarse en una determinada mesa, lo más concurrida posible, mirando el juego de los demás. Archi-

baldo se instalaba en otra mesa suficientemente alejada de la de Palmiro, pedía color de diez centavos, y comenzaba a trabajar. Cada tanto Archibaldo abandonaba su mesa, se dirigía a donde estaba Palmiro y le depositaba en el bolsillo del saco una o dos fichas de las de más alto valor, que en esa época si no me equivoco eran de diez pesos. Y se encaminaba a otra mesa, igualmente alejada de Palmiro.

Iba y venía, iba y venía. Los bolsillos de Palmiro se iban llenando de fichas de distinto color, pero de similar denominación.

El trabajo duraba unas dos horas, a veces tres. A una señal de Archibaldo, Palmiro debía pasar por la caja, canjear todas las fichas que tenía en sus bolsillos y abandonar inmediatamente el casino. Tenía prohibido Palmiro devolverle a Archibaldo, dentro de la sala de juego, una sola ficha ni facilitarle dinero, aunque éste se lo suplicara o se lo ordenara, porque ese era el peligroso momento en que la adicción de Archibaldo se despertaba con ardiente sed de emociones.

Archibaldo y Palmiro se reunían luego en un café del centro. Palmiro rendía cuentas y se llevaba su parte.

Trabajaron así durante varias semanas sin ningún problema.

Un día Palmiro se entretenía mirando los profundos escotes de dos atractivas mujeres que se agachaban frente a él para hacer sus apuestas cuando sorpresivamente lo rodean tres personas que se identifican discretamente como policías y le piden que los acompañe a la gerencia. Palmiro se alarma ante tan inesperado requerimiento, pero como sabe que no ha hecho nada incorrecto, acompaña mansamente a los policías. Mientras camina por la roja alfombra flanqueado por los policías sus ojos se cru-

zan con la mirada lejana y estupefacta de Archibaldo. Se alegra de que su patrón lo haya visto en tan incómoda situación y des cuenta que se va a ocupar de asistirlo. Intenta hacerle señas pero Archibaldo desaparece entre el público.

Cuando entran en la gerencia le ordenan que vacíe sus bolsillos sobre el escritorio. Sorprendido, Palmiro pregunta qué es lo que pasa. “Vacíe sus bolsillos”, le repiten en un tono que no admite réplicas. Palmiro, ahora atemorizado y con manos temblorosas, se apresura a poner todas las fichas sobre el escritorio.

Los policías las examinan sin apuro una por una, observan sus números de serie, consultan unas anotaciones que tienen en una libretita, se miran entre ellos y le dicen a Palmiro.

—Está arrestado.

Palmiro siente que el corazón se le paraliza, está a punto de desmayarse, lo dejan que se siente en una silla. Pregunta con voz vacilante cuál es el motivo por el que lo detienen, pero los agentes se niegan a darle respuestas. Cuando se repone, lo sacan por una puerta lateral y lo suben a un patrullero.

Ese día era viernes, así que se tragó el sábado y el domingo en un calabozo sin que nadie le diera la más mínima explicación. Esperó ansiosamente la llegada de Archibaldo, pero éste no apareció nunca.

El lunes lo conducen temprano a la oficina del comisario. El funcionario está comiendo galletitas mientras un preso le ceba mate. Con la boca llena le señala las fichas secuestradas y le hace un gesto de interrogación.

—Son mías, las gané en la ruleta.

—Mire, señor —le contestó el comisario un poco atorado por la sequedad de las galletitas—...dame otro mate, Pascual..., son fichas de diez pesos, todas de distintos colores (tose y escupe migas ensalivadas), ¿no es un poco raro?

Palmiro se limpia disimuladamente la cara. No sabe qué contestar.

—A usted lo detectamos el miércoles pasado cuando cambió fichas como éstas. El cajero avisó que una de esas fichas había sido sustraída de una mesa. ¡Pascual, calentá el agua! Qué boludo es este tipo... Hace tiempo que algunos apostadores fuertes vienen denunciando que les desaparecen fichas de sus apuestas. ¿Cómo se daban cuenta esos tirifilos? Porque cuando acertaban un número el pagador les pagaba un pleno menos de los que ellos estaban seguros de haber apostado. A estos ricachos timberos no les llevamos mucho l'apunte porque están siempre nerviosos y alterados, pero se nos juntaron varias quejas similares. Entonces tendimos una trampa con fichas previamente registradas por su numeración, y bueno, aquí está usted con varias de esas fichas en sus bolsillos.

Palmiro sintió que la tierra se le movía bajo los pies. Trató de defenderse diciendo la verdad.

—Las fichas me las dio un tal Archibaldo que me paga para que se las guarde, porque si no, se las juega. Él dice que gana con una martingala que inventó..., si eso no es legal, yo lo ignoraba..., no tengo nada que ver con ningún robo de fichas. Les puedo dar el domicilio de esta persona...

—Tomaremos nota de todo en el sumario, no se preocupe, pero le advierto que a usted lo estuvimos vigilando en la sala y

no vimos a nadie que le entregue fichas. En cambio lo vimos a usted merodeando por las mesas, mirando mujeres, nunca juega, nunca pide color pero siempre se presenta en las cajas a cobrar un montón de fichas grandes de distintos colores. No sabemos cómo lo hace, pero es evidente que usted ha estado sustrayendo fichas de las mesas de ruleta.

Lo devolvieron al calabozo. El pobre Palmiro declaró todo lo que sabía, como le aconsejó el abogado de pobres y ausentes que a las cansadas apareció para asistirlo, y días más tarde el juez lo dejó en libertad condicional.

Archibaldo, por su parte, desapareció con su familia el mismo día que arrestaban a Palmiro. No se despidió ni siquiera de sus suegros, y nadie volvió a saber de él hasta que años más tarde su esposa regresó a la casa de sus padres con sus dos hijos. Se había separado de Archibaldo.

Ella misma, llorando, contaba a quien quisiera escucharla lo que había pasado.

Lo habían descubierto en un casino del interior, no estoy seguro si era Córdoba o Bariloche, robando fichas de las mesas. Fueron directamente a él porque la Policía ya estaba alertada por las declaraciones de Palmiro.

Archibaldo tenía ahora como ayudante a una mujer joven. Los investigadores lo observaron día tras día pacientemente, lo veían apostar unas pocas fichitas de diez centavos en el paño, y de pronto, zas, se iba al encuentro de la ayudante y le introducía una ficha de diez pesos en el amplio bolsillo de su abrigo. Lo ven hacer lo mismo en una mesa y en otra, pero no saben cómo diablos lo hace.

Hasta que una noche, mientras él está distribuyendo sus fichitas de diez centavos en un tapete recargado de fichas de alto valor, una mano fuerte como la de un gorila toma la suya por la muñeca, se la hace girar lentamente y, oh sorpresa, en la palma luce una ficha de diez pesos pegada con un fuerte pegamento.

Esa era la “martingala” de Archibaldo: buscaba las mesas donde algún jugador compulsivo estuviera desparramando por todo el paño pilas de fichas del máximo valor. Luego, en el preciso momento en que cantaban el no va más, ponía apresuradamente algunas fichitas de diez centavos en proximidades de la pila más alta, apoyaba delicadamente sobre ella la palma de su mano untada con pegamento y la retiraba tranquilamente con la primera ficha de la pila adherida a su piel.

Cuando lo pescaron, Archibaldo reaccionó velozmente, le dio un fuerte empujón al policía y huyó del casino. El agente trastabilló, rodó por una escalera y sufrió varias fracturas y conmoción cerebral, por lo que Archibaldo tuvo captura recomendada no solamente por simple hurto, sino por resistencia a la autoridad y lesiones graves. En la confusión también se escabulló su joven ayudante.

Lo arrestaron meses más tarde en el Uruguay, cuando estaba robando fichas en uno de los casinos uruguayos. Fue condenado a una pena leve de prisión, pero cuando purgó la sentencia lo extraditaron a la Argentina, donde un juez lo esperaba impaciente no sólo por las lesiones al policía o los robos a los casinos sino porque tenía una condena condicional por estafa y un pedido de captura por homicidio en riña. Nadie conocía en Mar del Plata este lado oscuro de la vida glamorosa del simpático Archibaldo.

Todo el dinero que había acumulado se le fue en su defensa y en resarcimientos varios, de manera que se quedó en la miseria y abandonado por su esposa.

Nunca supo Archibaldo cómo lo descubrieron en el Uruguay, porque había perfeccionado acabadamente sus métodos. Era más selectivo, buscaba pacientemente a jugadores nerviosos, de esos que dejan caer las fichas en cataratas sobre el tapete y que ignoran las cantidades que apilan por todos lados.

Su esposa, entretanto, aseguraba compungida que lo abandonó por la deshonra que había significado para ella y para sus hijos enterarse de que Archibaldo era un delincuente.

Pero costaba creerle, costaba aceptar que ella no conocía el prontuario de Archibaldo y el origen delictivo de la fortuna que aquél le ponía a su disposición para que la gastara con mano rota.

Circuló otra versión: Archibaldo mantenía una secreta relación sentimental con su joven ayudante, quien era la mejor amiga de su esposa. Cuando ésta se enteró de la doble traición los denunció anónimamente. Ella también perdió hasta el último centavo, en un santiamén mandó al tacho su dispendiosa vida, pero, ah, eso sí, se dio el gusto de mandarlos a los dos a la cárcel.

10

HOMICIDIOS EN EL BARRIO

Entre 1954 y 1956, hubo en mi barrio cinco muertes violentas. Las víctimas fueron: Ferdinando Navaredo, esposo de Anita, mi maestra particular; doña Edelma, una viejita que vivía sola en una pieza de chapa; los esposos María Esther y don Gregorio, dos personas de mediana edad, y una quinta que mencionaré al final.

Todos esos crímenes se produjeron en el término de año y medio, o acaso un poco más. Oficialmente se los consideró esclarecidos, pero en el barrio flotaron dudas, rumores y la sensación de que algo estaba mal, y que quienes resultaron condenados no eran los culpables.

Primera víctima: Ferdinando Navaredo

Ferdinando Navaredo era un mocetón de unos treinta años, rubio, de físico atlético (hacía pesas), peluquero de profesión, que se había casado no hacía mucho, después de años de accidentado noviazgo, con Anita Alcaruela una dulce maestra que en verano nos daba clases particulares a mi hermano Ruben y a mí, y a quien los chicos adorábamos.

Anita era la única hija del matrimonio de doña Sara y Belisario Alcaruela. Los tres habitaban una modesta casita en la ca-

Ile Moreno y Neuquén, en cuyo comedor Anita daba sus clases de apoyo. Cuando se casó, su musculoso marido se fue a vivir a esa casa, junto a sus suegros.

Segunda víctima: Doña Edelma

Por la calle Italia llegando casi a Colón, había un inquilinato con varias piezas construidas con chapas acanaladas. Una de las inquilinas era doña Edelma, una anciana costurera que vivía sola y se la pasaba cambiando cuellos de camisas y reparando prendas para sus clientes del barrio. Ocupaba la habitación que daba a la calle. En la pieza de al lado vivía Gastón Porres, un repartidor de diarios, relativamente joven, algo tonto, cuyos ojos se cruzaban en un estrabismo tan severo que casi no le permitía ver. Sin embargo se las ingeniaba para andar en bicicleta y repartir por la tarde ejemplares del vespertino *El Atlántico*. Gastón era bebedor, pero buena persona. Cuando terminaba el reparto se iba al boliche a tomar vino y a charlar con cualquiera que estuviera dispuesto a escuchar sus abrumadoras incoherencias. Ya pasada largamente la medianoche volvía a la pieza para dormir la mona hasta el mediodía.

Dos muertos más: los esposos Gregorio y María Esther

Gregorio y María Esther vivían en la calle Alberti entre 1° de Mayo y Marconi. Los dos andaban por los cincuenta años, estaban en una buena posición económica y no tenían hijos.

Los homicidios

Estas personas fueron asesinadas en episodios aparentemente desvinculados entre sí. (Recuérdese que hay un quinto muerto que todavía no he mencionado).

Los hechos fueron así:

Ferdinando empezó dándole un cachetazo a la buena de nuestra maestra cuando todavía eran novios, y ella lo toleró. Tiempo después ya la sometía a violencia cotidiana, incluido, se decía, abuso sexual. ¿Por qué la dulce Anita consintió ese destrato y encima se casó con él? Jamás lo sabremos. Lo conocido es que cuando se casaron todo empeoró. Ya sea por celos, por cuestiones de dinero o por lo que fuere, vuelta a vuelta la insultaba y la golpeaba salvajemente, y lo hacía en la misma casa de sus suegros quienes debían escuchar a través de las paredes, y a veces presenciar, atemorizados y angustiados, estas escenas de violencia en las que no se atrevían a intervenir por la agresividad descontrolada del yerno.

Un día Ferdinando estaba durmiendo la siesta, la dulce Anita tomó un revólver que su padre guardaba en la cómoda, fue hasta el dormitorio y le disparó desde la puerta tres balazos que lo mataron en el acto.

Ella misma llamó a la Policía y se entregó.

El caso conmocionó al barrio y a la ciudad. El diario *La Capital* publicó un dibujo que reproducía la dramática escena: la pobre Anita, con cara de malvada, empuña y dispara el revólver contra Ferdinando que, indefenso en la cama, levanta los brazos

en alto con expresión de pánico en sus ojos. Parecía un cuadro de Goya.

Meses más tarde, doña Edelma cosía dale que dale con su desvencijada y ruidosa máquina desde las siete de la mañana, mientras en la habitación de al lado, dividida por un tabique de chapa, el diariero Gastón Porres, borracho como siempre y presumiblemente ese día con un insoportable dolor de cabeza, trataba de descansar. El ruido infernal de la máquina de coser de doña Edelma lo volvía loco. Se comentaba que Gastón ya la había increpado varias veces para que lo dejara dormir por las mañanas, pero la pobre vieja ¿cuándo iba a coser? Tenía que aprovechar la luz del día desde muy temprano, así que le había dicho que lamentaba molestarlo en sus borracheras pero que ella tenía que ganarse la vida. Además le recordó que cuando él traía alguna puta, ella se despertaba sobresaltada con los ruidos indecentes y los sacudones del tabique, y sin embargo nunca se había quejado.

Pero la anciana no sólo hacía ruido con la máquina, también tosía, ¡y cómo tosía! Yo recuerdo haber pasado por el inquilinato y escuchar, más que el ruido de la máquina, la tos seca, desagradable, perruna de doña Edelma.

Ese día, Gastón, borracho y abombado por el calor de la pieza cuyas chapas se calentaban con el sol de la mañana, irritado, como puede estarlo cualquier persona que vive en ese estado de incomodidad, desesperado por no poder dormir por el ruido de la máquina y la tos de la vieja, se levantó fura de sí, tomó un cu-

chillo, fue hasta la pieza de al lado, abrió la puerta de una patada y no le dio tiempo a la anciana ni de darse cuenta de lo que sucedía.

Recuerdo como si fuera ayer, haber visto pasar por Colón, frente a mi casa, el jeep de la Seccional Cuarta que se lo llevaba a Gastón Porres esposado en el asiento trasero.

Gregorio y María Esther aparecieron muertos en el living de su casa, ella con dos balazos en el cuerpo y él con uno en la cabeza. En la casa no faltó dinero ni objetos de valor. La investigación policial, convalidada por la Justicia, estableció que Gregorio mató a su esposa y después se suicidó. Se tejieron muchas hipótesis sobre las causas de esta determinación.

Fue concluyente el testimonio de un médico clínico cuyo consultorio estaba en la calle Neuquén, el doctor Villar Albuerne, quien durante muchos años atendió al matrimonio. Este profesional declaró que la pareja atravesaba una prolongada crisis que jamás se cristalizaba en discusiones, reproches o peleas sino en silencios y negaciones. Cada uno se tragaba lo que le molestaba o lo afectaba del otro. Tenían la filosofía de aguantar las insatisfacciones sin exteriorizarlas.

El doctor Villar Albuerne había leído las teorías de Sigmund Freud que todavía no tenían mucha divulgación en la Argentina, y de acuerdo con esos conocimientos, novedosos para la época, este facultativo, sacaba sus conclusiones. Según dijo, Gregorio se quejaba de no tener una vida sexual normal con su mujer. Le contaba en las consultas, que ella se retraía cada vez más. Gre-

gorio, dolido por lo que para él era una suerte de desinterés en su persona, había dejado de molestar a su mujer, tal vez para alegría de ella (estas eran conjeturas del médico), que probablemente pensaba que su marido había perdido la libido. Y según este facultativo, hombre de vasta experiencia en estos asuntos y también bastante misógino por lo que se podía deducir de sus teorías, María Esther habría cumplido el sueño de toda mujer de vivir en compañía de un buen hombre que fuera, en lo posible, impotente. Pero el médico aclaraba enseguida: Gregorio era un tipo todavía joven, fuerte, de buena salud, que tenía necesidades sexuales como las de cualquier hombre, y la actitud distante y aséptica de su mujer lo hacía muy desdichado.

Pero a su vez, María Esther había soportado por parte de Gregorio una infinidad de actitudes que le desagradaban. Por ejemplo: él nunca quería salir y a ella le encantaba caminar por el centro, ir al cine o al teatro e ir a cenar afuera una vez por semana, ya que estaban en condiciones de darse esos pequeños lujos.

También le gustaba viajar, y a Gregorio no; a ella le encantaban las visitas a las casas de matrimonios amigos, pero a Gregorio estas reuniones lo aburrían mortalmente. A María Esther le desagradaba escuchar por radio los partidos de fútbol que a su marido le iluminaban los domingos, y a su vez a Gregorio le fastidiaban las radionovelas que su mujer escuchaba cuando él dormía la siesta.

Finalmente ella había optado por apagar la radio para no molestarlo, y él decidió privarse de escuchar los partidos de fútbol. Gregorio trataba de pasar los interminables domingos ha-

ciendo crucigramas; su mujer, a la hora de la siesta, bordaba y hacía repostería. María Esther evitaba hablar de viajes, de hacer visitas, de ir de paseo o de salir a cenar afuera los sábados. Gregorio se resignaba a no tener fútbol los domingos ni sexo con su esposa nunca.

El médico aportó las extensas fichas clínicas de los esposos en donde se describían todas aquellas intimidades conyugales.

Este testimonio, sumado a otros indicios y pruebas periciales, fue decisivo para que los investigadores llegaran a la conclusión de que se había tratado de un homicidio seguido de suicidio.

Pasaron los años. Nosotros nos mudamos otra vez de barrio y yo empecé a estudiar en la Escuela de Periodismo. En esas aulas me vinculé con varios oficiales de policía retirados que asistían a las clases para llenar sus vacíos existenciales. Dio la casualidad de que uno de esos oficiales, el subcomisario Bertoldo, perteneció a la Brigada de Investigaciones y había participado en la pesquisa de los cuatro homicidios.

Un día trabajábamos en su casa en un ejercicio de redacción de noticia policial cuando salió el tema de los homicidios del barrio Don Bosco. Ahí fue cuando me confió que él tenía otra visión de los hechos, una teoría asombrosa que sin embargo no había podido probar debidamente.

Según esta hipótesis a Ferdinando Navaredo no lo asesinó su esposa Anita sino su suegro, Belisario Alcaruela, enceguedo por el maltrato que su yerno le daba a su pobre hija. El día

del hecho no estaban en la vivienda ni Anita ni su madre. Cuando Anita regresó a la casa se encontró con el espantoso cuadro: Ferdinando ensangrentado en la cama y su padre sentado, sollozando sobre la mesa del comedor, con el arma todavía en su mano. Anita conservó la calma, le dijo al padre que se tranquilizara, que ella se haría cargo del homicidio, que era joven y que podía soportar unos años de cárcel. El viejo había quedado tan conmocionado por lo que acababa de hacer que permaneció en silencio mientras su hija le quitaba el arma de la mano, limpiaba las huellas, llamaba a la policía y se entregaba serenamente. Cuando ya anocheciendo regresó la madre, sufrió una crisis nerviosa y debió ser hospitalizada.

Pasaron varios meses de dolor y llanto antes de que la madre de Anita se enterara de que el autor del homicidio había sido Belisario y no su hija. La revelación destruyó el matrimonio: jamás perdonó a su marido por haber permitido que Anita cargara con su culpa.

Según Bertoldo, todo lo sucedido tuvo gravísimas consecuencias psicológicas para Belisario Alcaruela, ya que a partir de esos acontecimientos lo habrían acometido deseos compulsivos de volver a matar.

Una mañana temprano fue hasta el inquilinato de doña Edelma con el pretexto de encargarle un trabajo y la apuñaló. Luego entró sigilosamente a la pieza del diariero, que estaba, como era habitual, borracho y profundamente dormido, y le puso el cuchillo ensangrentado en sus manos.

Otro día pasó por la casa de María Esther y de Gregorio, quienes eran muy amigos de su hija Anita a la que habían ayu-

dado con dinero para su defensa (Lo cual demuestra, en contra de la opinión del charlatán del médico Villar Albuerne, que el matrimonio sí tenía cosas y sentimientos en común). Lo hicieron pasar a Belisario con demostraciones de afecto. Éste, sin decir palabra, sacó una pistola, le disparó con precisión un balazo en la sien derecha al hombre y otro balazo en el pecho a la mujer. Limpió la pistola, se la puso a Gregorio en su mano derecha y le oprimió el índice para producir un tercer disparo contra el cadáver de la mujer con la obvia finalidad de asegurar el resultado de la prueba de parafina.

El policía estaba indignado con el médico Villar Albuerne porque su testimonio había desviado el curso de la investigación. Según opinaba este oficial, el hecho de haber matado a su yerno y comprobar lo fácil que resulta echarle las culpas a otro, había despertado en algún rincón de su cerebro al psicópata o asesino serial que sin duda llevaba dormido. Había descubierto el placer de matar por matar y al mismo tiempo hacerle pagar el crimen a un tercero. Era un doble placer que halagaba no sólo a su instinto asesino sino también a su inteligencia maligna.

Este investigador estaba convencido de que Belisario mató a muchas otras personas de esta manera, hasta que años más tarde él mismo fue asesinado por su esposa mediante el expediente de echarle cianuro al mate. La mujer fue rápidamente inculpada porque la policía le encontró el frasquito con el veneno en su cartera.

Este es el quinto crimen que mencioné al principio.

Pero mi amigo el policía no estaba de acuerdo tampoco con los resultados de esa investigación. Belisario, según él, no fue

asesinado por su esposa. Se suicidó, y para ello siguió la misma metodología de sus otros crímenes, metodología que le hizo disfrutar, por última vez, aunque ahora anticipadamente, el placer de matar e inculpar a otro. Sólo que esta vez se mató a sí mismo. Echó el cianuro en el mate que le acababa de cebar su esposa, pero antes de sorberlo fue al dormitorio y puso el frasquito en la cartera de ella.

11

¿DÓNDE ESTÁ DIOS?

“Alma humana, ¡cuánto vales!”

SAN AGUSTÍN

La visión más estremecedora de la maldad humana en su estado puro me la dio en pocas palabras Miguel de Luca, un querido amigo veinte años mayor que yo, ya fallecido.

Era italiano, nacido en Borco di Cadore, una aldea dibujada por un artista entre las montañas del Véneto, un lugar de ensueño según las vívidas y emotivas descripciones del propio Miguel. Aldea de no más de quinientos habitantes, con casitas alpinas centenarias construidas con piedras y madera rústica y casi como estribadas sobre la ladera vertical de una montaña imponente. Dos pueblos yacían sepultados bajo esas casas, aplastados siglos atrás por desprendimientos de la siempre amenazante colina.

Aún hoy, me contaba Miguel en 1980, los niños van a jugar a la pradera cada uno con la vaca lechera de la familia que sigue a su pequeño amo y responde a sus llamados como si fuera un perrito.

Miguel recordaba con nostalgia esa vida sencilla y feliz que un día debió abandonar para ir a la guerra, y después, para emigrar a la Argentina con las esperanzas de iniciar una vida mejor.

“La emigración es una tragedia”, solía decir al recordar esos momentos de ruptura lacerante. Y de paso, se mostraba indignado con las restricciones migratorias que comenzaban a poner en Europa contra los hispanoamericanos, cuando él, y tantos como él, habían sido generosamente acogidos por la Argentina.

Se había despedido de sus dos hermanas y sobrinos con la idea de regresar algún día en buena posición económica. Durante años los ayudó con modestas remesas de dinero que ganaba con mucho sacrificio con su nuevo oficio de pintor de autos. “Con la inflación, cada vez necesitaba más pesos para comprar los mismos dólares, hasta que ya no pude mandar nada”.

Miguel era muy joven cuando lo reclutaron. Nunca fue fascista, creía en la libertad y había leído a Luigi Einaudi, pero era muy difícil, según relataba con amargura, resistir al gigantesco aparato de propaganda oficial que obnubilaba al pueblo con la idea de la Italia imperial, de la epopeya de la resurrección del Imperio Romano.

Miguel acababa de egresar del liceo con el título de técnico agrónomo cuando estalló la guerra. Por sus estudios lo nombraron oficial artillero, le dieron una breve instrucción militar y lo mandaron al frente, al mando de un grupo de soldados y con cañones de la primera guerra mundial.

Con Miguel nos hicimos muy amigos. Nos encontrábamos casi a diario en el desaparecido Café Ópera para charlar de política en compañía de otros amigos. Casi nunca quería recordar los hechos de la guerra porque lo entristecían, pero a veces, cuando él y yo estábamos solos, tenía ganas de evocar esos

tiempos y me contaba aspectos fragmentarios de sus ingratas experiencias, siempre con espíritu antibelicista.

Así supe que estuvo en varios frentes y debió soportar todos los miedos y todas las angustias. Había visto agonizar durante dos o tres días a soldados suyos heridos en el abdomen por esquivarlas de granada, mientras la infección del peritoneo les envenenaba lentamente la sangre, sin poder aliviarles el sufrimiento por no disponer de una miserable ampolla de morfina. En los inviernos de Grecia había dormido sobre las lápidas de los cementerios porque esa era la única superficie seca donde poder acostarse; y se había visto en varias ocasiones frente a una muerte inminente bajo los intensos bombardeos de los aliados. Contaba que en esos momentos, cuando el cielo y la tierra parecían arder en un infierno aterrador y toda esperanza se derrumbaba en el corazón del combatiente, quedaba una sola cosa en pie: la fe en la misericordia de Dios.

Recordaba haber visto en esa situación límite a desalmados oficiales nazis que corrían bajo las bombas haciendo la Señal de la Cruz y repitiendo entre dientes, con desesperación: “Creo en Dios Padre Todopoderoso, creador del Cielo y de la Tierra... creo en Dios Padre Todopoderoso...”

Mussolini cayó en 1943, el rey Víctor Manuel III firmó el armisticio con los aliados, y casi al mismo tiempo le declaró la guerra a Alemania. A partir de esas trascendentales decisiones los pobres soldados italianos comenzaron a poblar masivamente los campos de prisioneros de los nazis. Ya no eran aliados, ahora eran enemigos.

Mi amigo De Luca terminó en uno de esos campos, no recuerdo si me dijo en Grecia o en Francia. Fue en esa situación, privado de alimentos, de abrigo y de esperanzas, cuando vivió los instantes más desdichados de su trágico destino.

Lo transportaron como ganado en vagones abarrotados de prisioneros, sin comida ni agua, a través de distancias interminables, atormentado por indecibles dolores de muelas y por la horrible sensación de estar consumiendo su propio debilitado cuerpo. Se pasaban unos a otros un tarrito para orinar, sin espacio para sentarse y mucho menos acostarse. “Un compañero me da un pedacito de acelga de no más de un centímetro —me contó risueño—, y cuando lo muerdo justo se me mete en una muela cariada. Fue tan fulminante el dolor que me saqué de la boca el pedazo de acelga y se lo pasé a otro prisionero”.

Así día tras día, sin saber adónde los llevaban, sintiendo la desintegración de su individualidad y de su dignidad humana junto a otros fantasmas, sobrevivientes lastimosos de esa dantesca negación de la condición humana, hasta ser amontonados en un campo rodeado de alambre de púa donde los enfermos curables morían sin asistencia y los que se mantenían en pie comían pasto que arrancaban hasta donde llegaba el brazo por debajo del alambrado, porque el de adentro ya se había terminado.

El 24 de diciembre de 1944, un oficial prisionero que era también sacerdote católico, había conseguido algunas hostias y un poco de vino para celebrar una improvisada Misa de Nochebuena. Era una noche helada pero serena, con el firmamento lleno de estrellas. Parecía que los ángeles con sus trompetas celestiales iban a descender sobre aquellas piltrafas humanas.

Mientras el sacerdote celebraba el misterio de la Eucaristía, otro prisionero, un violinista que siempre llevaba consigo su amado instrumento, comenzó a ejecutar el Ave María de Schubert. “Usted viera como llorábamos todos al escuchar esa melodía que nos llevaba dulcemente a nuestros lejanos hogares, hasta los brazos de nuestros seres queridos y a los tiempos venturosos de nuestra infancia. Mientras el Ave María nos encogía el corazón de nostalgia contemplábamos llenos de fe, arrodillados ante el oficiante, la transformación del pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo. Nunca sentí una emoción tan intensa.”

Pero el verdadero rostro del mal todavía no se le había presentado a mi pobre amigo Miguel, hasta que debió vivir la más espantosa experiencia que un ser humano pueda imaginar.

Sucedió en ese mismo campo. Miguel De Luca fue obligado junto con otros oficiales prisioneros a presenciar el ahorcamiento de diez rehenes civiles como represalia por un atentado. Como es sabido, estos indiscriminados ajusticiamientos eran rutina para los nazis, y Miguel estaba tan acostumbrado a ver morir personas todos los días que ese cuadro no lo hubiera desconsolado más de lo que ya estaba. Pero ocurrió que uno de esos mártires era un chiquito de diez años, flaquito, desnutrido, que por su poco peso tardaba en morir y se contorsionaba en una agonía interminable.

Mi amigo, horrorizado por esa espantosa visión, le preguntó al sacerdote que estaba a su lado: “José, ¿dónde está Dios que permite esta atrocidad?”. El sacerdote lo miró con los ojos arrasados por las lágrimas, señaló con una mano temblorosa el cuerpo que se balanceaba al impulso de sus estremecimientos, y ha-

ciendo un esfuerzo para poder hablar, le contestó: “Ahí está Dios: es ese pobrecito inocente”.

Mi amigo Miguel de Luca, que había sobrevivido a todo aquel horror y que pudo soñar en rehacer su vida en la Argentina, no tuvo suerte. Vivió solitariamente, tal vez por las heridas psicológicas que le habían dejado esos acontecimientos, y nunca pudo, nunca supo o tal vez nunca quiso salir de una pobreza extrema en la que lo sorprendió la vejez.

Era tan honrado, tan extremadamente decente, que jamás consintió que sus amigos le tramitaran ante el consulado de Italia una pensión como excombatiente. Rechazaba indignado, por razones éticas, la sola sugerencia de reclamar ese derecho. No concebía obtener el menor provecho material de esa abominable guerra. Amaba a su patria, pero había sufrido tantas decepciones, tantos amargos desengaños, que su amor se había vuelto obsesivo y rencoroso, como el de un amante despechado.

Tengo el pequeño alivio de haber hecho algo por él: le conseguí un modesto empleo (como contratado, sin estabilidad) para cuidar una vieja dependencia municipal en donde vivió sus últimos años. Pero pude y debí haber hecho mucho más por ese ser humano excepcional que, entre otras cosas, me enseñó a valorar la libertad y la paz, y a respetar los derechos y la dignidad del más humilde de los hijos de Dios.

En 1988 un funcionario nuevo cuyo nombre he borrado de mi memoria, un hombre de la política quizás tan inhumano e insensible como el peor de los nazis que Miguel había llegado a conocer, lo cesanté sin miramientos ni explicaciones. Le dio un mes para abandonar la pieza que ocupaba. Lo encontraron muer-

to antes de que se venciera el plazo. Con más de setenta años, con una afección cardíaca que no se quiso atender, no le quedaban fuerzas para luchar, no tenía jubilación ni ahorros e iba parar a la calle. Se dejó morir.

Yo conocía su situación, porque él mismo me la hizo saber apenas se produjo. Pude haber hecho algo, no sé qué, haber intentado defenderlo, o haberle conseguido otra ubicación, no sé, algo. Pero absorbo en mis propios problemas personales y familiares dejé pasar el tiempo sin ocuparme de él. En síntesis, lo abandoné como lo abandonaron todos, porque tenía otros amigos que también se desentendieron de su suerte. Me acordé del pobre Miguel cuando me llamaron para avisarme que lo habían encontrado muerto. Me ocupé de avisar a su familia y de enterrarlo dignamente. Eso fue todo lo que hice por ese amigo. No me lo perdonaré nunca.

Somos indiferentes, crueles, desalmados y destructivos con nuestros semejantes. ¿Qué nos falta para convertirnos en un oficial nazi? Tal vez sólo las circunstancias, el clima propicio, el mensaje oportuno de un líder mesiánico que sepa vestir la perversidad desnuda con el ropaje de los ideales patrióticos.

Y a veces justificamos tantas iniquidades negándolo a Dios.

¿Dónde está Dios?, se arrepentía de haberse preguntado Miguel de Luca en aquel campo de prisioneros. Pero también nos lo preguntamos nosotros entre las paredes de una pacífica oficina, o entre los barrotes de una cárcel, o en un hospital hacinado de miserables, o en cualquier otro lugar donde las conductas humanas, la desidia, la indiferencia criminal también causan sufri-

miento, con otras formas, otros métodos, otras apariencias, pero con la misma crueldad.

Miguel obtuvo la respuesta en medio del horror y se esforzaba en transmitirme la con estas sencillas palabras: “Ese día aprendí que Dios está en cada chico desamparado, en cada enfermo abandonado, en cada mendigo que nos molesta en la calle, en cada persona solitaria que sufre la indiferencia y la insolidaridad, en ese amigo que eludimos porque nos deprime con su perpetua melancolía”.

Y yo agregó ahora: Dios está en cada viejo como Miguel de Luca, cargado de historia, de sabiduría y de experiencia, pero olvidado por sus amigos y condenado por la gélida voluntad de funcionarios con un poco de poder, funcionarios a quienes también llegará un día la vejez, el rigor de la decadencia y la soledad de la muerte.

“Dios está demasiado cerca de nosotros —concluyó Miguel su inolvidable lección de aquel día—. Lo encontramos a cada paso. Hoy mismo, si usted quisiera, podría llevarlo a cenar a su casa”.

12

LA CHICA DEL URQUIZA

Después de mi iniciación sexual en una pieza la calle San Juan, me relacioné con varias prostitutas y me hice amigo de dos de ellas. Pasaban de los treinta años, y como yo era un bebé proyectaban sobre mí sus instintos maternales. No sólo no me cobraban (aunque yo siempre les dejaba algo de dinero) sino que me enseñaban cosas, por ejemplo, cómo atraer a las mujeres elogiando su ropa, o cómo complacerlas diciéndoles palabras tiernas. Las galanterías que ellas jamás recibían de sus hombres, proxenetas que las explotaban y hasta las maltrataban, me las inculcaban a mí como una manera de desahogar sus frustraciones.

Me recibían en un hotel de la calle Balcarce y Jujuy siempre alrededor del mediodía porque empezaban a trabajar a la tarde. Con Yolanda me veía los domingos, con Jéssica, preferentemente los jueves. Yolanda era muy católica, y como yo en esa época tocaba el órgano en los casamientos de Don Bosco, algunos sábados ella se ponía un abrigo decente, se cubría la cabeza, y entraba en la iglesia para escucharme tocar y presenciar varias bodas seguidas. Era muy sensible y lloraba siempre con el Ave María en el momento del intercambio de anillos. Si había misa en alguna de esas ceremonias, aprovechaba para confesarse y comulgar.

Con Jésica, en cambio, tuve una amistad mucho más cercana en lo personal. Las razones de esa cercanía hondamente espiritual se comprenderán más adelante.

Ojo, me atendían como profesionales que eran, me tenían simpatía, me daban buenos consejos y les gustaba conversar conmigo, pero nunca las vi sexualmente excitadas. Les encantaba complacerme, me consentían en ciertos caprichos, accedían a prácticas que en esa época no estaban en la rutina de las prostitutas, pero nunca ninguna de las dos tuvo conmigo un orgasmo. Con sus clientes fingían eficazmente, pero a mí me decían que no querían engañarme, y que ellas sólo disfrutaban con el hombre que amaban (y que las explotaba).

Estas relaciones sin reciprocidad empezaron a cansarme. Como yo veía a estas amigas tan demostrativas conmigo, tan tiernas, tan dispuestas a satisfacerme, pero sin sentir ellas nada, llegué a sospechar que el orgasmo femenino era algo así como un mito urbano. Decir esto ahora puede parecer insólito, pero hay que recordar que la sexualidad femenina recién comenzó a estudiarse seriamente en los años '70.

En mi adolescencia se conocían pocos libros sobre sexo, estaba el de Van de Velde, uno de Harvelock Ellis, y algún otro difícil de conseguir. En esos tiempos la sexología se aprendía la calle y leyendo el clásico *Memorias de una princesa rusa*.

Claro, toda mi experiencia se limitaba a esas dos mujeres acostumbradas a fornicar por dinero (y obligatoriamente) con varios hombres por día. Se gratificaban espiritualmente haciéndolo conmigo, me querían junto a ellas y hasta lamentaban que se hiciera la hora de tener que irme. Así y todo, nunca pude dar-

me el gusto de sentir las vibrar entre mis brazos. No se los reproché ni ellas llegaron a sospechar que yo habría deseado una entrega que fuera un poco más allá de lo amorosamente maternal.

A veces, ya de grande, he pensado que eran mujeres profesionales cuyo trabajo diario era el sexo durante horas con hombres de toda edad y condición social y humana. Estaban hartas de esa rutina cuando me recibían a mí. Yo era como un descanso para ellas. Por eso se relajaban y actuaban con naturalidad, con afecto hacia un chico que las respetaba y las trataba con cortesía, pero sin sentir otra cosa que eso.

A los dieciséis años mis padres me dieron permiso para tocar de noche en una orquesta típica que dirigía el violinista Juanquito Disti, quien les prometió solemnemente que me cuidaría y... me resguardaría de las tentaciones y malos hábitos de la bohemia nocturna.

Yo era todavía demasiado joven para levantarme alguna mujer en los bailes, así que seguí frecuentando prostitutas hasta los dieciocho años, cuando pude tener a mi primera amante.

En febrero de 1961 estábamos amenizando los bailes de Carnaval del Club Urquiza. En esos tiempos el salón de esa popular institución se llenaba con las chicas del servicio doméstico de las familias adineradas que pasaban los veranos en Mar del Plata, y con los muchachos del interior que trabajaban durante la temporada en hoteles y restaurantes. “Ambiente puloil”, se decía despectivamente en esa época (por el polvo limpiador que llevaba esa marca comercial).

Mientras estoy tocando en uno de esos concurridos bailes veo desde el piano que una chica morochita, no muy bonita, no muy bien vestida, pero simpática y de atractivo cuerpo, me está mirando desde su mesa. La mirada era discreta pero insistente, tanto que Juancito Disti lo advierte y me dice: “Enrique, atenti que allá hay una mina que lo está relojeando desde hoy”. Al rato se me acerca el cantor de la orquesta, Ángel Varela, y me susurra al oído: “¿Viste cómo te tira los prismáticos la negra que está en la tercera mesa?”

Entusiasmado, la miro y le sonrío. Me devuelve la sonrisa y enseguida desvía la mirada. Conversa con una amiga que la acompaña y cada tanto me lanza una miradita insinuante.

Cuando le toca el turno a la orquesta de jazz, yo me acerco a su mesa y, desde cierta distancia como se estilaba, le hago el clásico cabeceo. Ella acepta sonriente y se levanta de la mesa.

En esa entrada la orquesta de jazz toca un repertorio de clásicos que nos permite bailar y a la vez charlar un poco. Ella se llama Laura, es santiagueña y trabaja para una familia de San Isidro que veranea en un chalet del barrio Los Troncos, cercano al club.

La media hora de jazz se me pasó volando y tuve que volver al piano. Mientras yo tocaba, un morocho con camisa blanca transpirada y pantalones negros de mozo la sacó a bailar. Cada vez que pasaban frente al palco de la orquesta ella me miraba y me sonreía. En el otro descanso volvimos a bailar. Al finalizar la última entrada de mi orquesta yo la acompañé hasta su casa.

Fuimos caminando durante unas ocho o diez cuadras. Antes de llegar la detuve, la abracé y la besé. Ella me respondió. Fue-

ron varios besos prolongados y sonrisas recíprocas, pero nada más. Llegamos hasta la puerta de su chalet donde volvimos a besarnos y quedamos en vernos en el baile del día siguiente.

Nuevamente bailé con ella, esta vez con el repertorio de Gregorio Barrios, muy juntos, con nuestros impacientes cuerpos en íntimo contacto. Cuando salimos a la calle la noche se había puesto tormentosa. Nos apuramos para que no nos sorprendiera la lluvia. Llegamos al chalet de sus patrones en el momento en que se descargaba el aguacero. Me hizo entrar al oscuro porche de la casa. Serían las tres de la madrugada.

Comenzamos a besarnos y a acariciarnos mientras la lluvia caía torrencial como una incitación al amor. No dijo nada cuando comencé a bajarle su prenda íntima. Ella misma se la terminó de quitar, me desprendió el pantalón con las dos manos, me prodigó unas tímidas caricias y enseguida levantó los brazos y rodeó amorosamente mi cuello. Yo, sin separarme de ella, me puse un profiláctico y la penetré así como estábamos, de parado. Tuve, por primera vez en mi vida, la increíble experiencia de poseer a una mujer sexualmente excitada. Me pidió que hiciéramos silencio porque los patrones podían llegar a oírnos. De manera que, un poco caóticamente, reprimiendo las exclamaciones, llegamos a una culminación casi simultánea, ella unos segundos antes que yo, con estremecimiento y un hondo suspiro final. Sentí con sorpresa unas potentes contracciones vaginales inéditas para mí. ¡Por fin una mujer acababa conmigo!

Fue tan grande mi entusiasmo que continué copulando (para que se entienda: sin sacarla, y perdónenme la grosería), hazaña que sólo pueden concretar los hombres muy jóvenes, y ni siquiera

ra todos. Ella me lo agradeció con sus besos y su respiración. Demoramos esta vez un poco más, pero volvimos a terminar juntos. Otra vez las inéditas y decrecientes contracciones. ¡Qué maravilla!

En nuestro tercer encuentro ella se atrevió a hacerme pasar a su dormitorio, para lo cual debimos atravesar, en puntas de pie, la sala, el amplio comedor y la cocina, todo a oscuras. Al lado del lavadero estaba la pequeña habitación de Laura donde nos acostábamos en seguida. Yo me iba a eso de las cinco de la mañana, cuando empezaba a clarear.

¿Estábamos felices con esta relación? Ella creo que sí. Posiblemente me veía un poco como su príncipe azul. Yo, por mi parte, si tengo que ser sincero, no. Fuera del sexo no veía en ella ningún atractivo. Ni siquiera me gustaba su perfume fuerte y dulzón. No había diálogo posible entre nosotros. No tenía otro tema de conversación que su pequeño mundo de doméstica y su nostalgia por su casa y su familia de Santiago del Estero. Por otra parte era muy ignorante, se expresaba mal, no demostraba inquietudes por nada y su personalidad era más bien deprimente.

Me pedía que la llevara al cine o que saliéramos a caminar por la costa. Yo ponía pretextos para no hacerlo. Me empezaba a preocupar que se sintiera como mi novia, que soñara con tener una relación seria conmigo. Esas no eran ciertamente mis intenciones, y jamás le hice creer lo contrario. Fuera de su sexualidad vibrante, era absolutamente inexpresiva y desganada.

Llegué a pensar que de no haber sido por sus notables contracciones vaginales podría haber dudado hasta de sus orgasmos. Para mi desencanto, años más tarde leí en una revista que las

mujeres también podían contraer voluntariamente los músculos vaginales para engañar a los hombres. Les bastaba una sencilla ejercitación para manejar esa parte de su anatomía. Así que nunca sabré si fingió o fue sincera con esos ardores que contrastaban tanto con su personalidad.

A fines de marzo ella debió regresar con sus patronas a San Isidro. No tuve coraje para decirle que ahí terminaba lo nuestro. Me hizo prometerle que nos escribiríamos.

Recibí un par de cartas de ella. En la última me contó que había sufrido un serio accidente doméstico y que se había quemado toda la cara.

Nunca le contesté.

13

AMORES EN CONTRAMANO

A los diecinueve años se me ocurrió estudiar el violín en el Conservatorio Provincial de Música. Como yo estaba tomando clases de composición y orquestación con el director de la Banda municipal, el maestro Antonio Galiana, no era mala idea familiarizarme con el principal instrumento de cuerdas de la orquesta.

Nunca aprendí a tocar el violín, nunca pude dominar la difícil técnica del arco, jamás pude arrancarle al instrumento una nota feliz. Pero ese fracaso se debió a mi falta de aplicación, porque tuve un notable profesor, el maestro Emilio Napolitano, autor del ballet *Apurímac* y exdirector artístico del Teatro Colón de Buenos Aires, que hizo conmigo todo lo humanamente posible.

Cuando el maestro Miguel Sebastiani, que había sido mi segundo profesor de piano, supo que yo estaba estudiando el violín, me invitó entusiasmado a tocar con él las sencillas sonatas para dos violines de Beethoven. Fui a su casa con el estuche bajo el brazo, nos sentamos uno frente al otro ante sendos atriles, afinamos los instrumentos y nos pusimos a tocar. No habíamos avanzado ni cuatro compases cuando Sebastiani, horrorizado, interrumpió el ensayo y me dijo consternado: “Pero yo creí que usted sabía tocar el violín”.

En resumen no saqué mucho provecho de mi paso por el Conservatorio pero hice nuevos amigos, y con ellos comienza la historia que voy a contar.

Con un grupo de diez compañeros jóvenes, cuatro chicas y seis muchachos, decidimos fundar una sociedad cultural que denominamos *Club musical marplatense*.

Dos de las chicas, Nadia y Esther, me gustaban muchísimo. Las dos tenían unos años más que yo y eran muy diferentes entre sí: Nadia era seria, no muy bonita pero misteriosamente atractiva, inteligente y de fuerte personalidad. Esther, en cambio, era hermosa, dulce y de temperamento más bien retraído. A mí me cautivaban las dos, y hasta es posible que mi entusiasmo por participar en esa iniciativa se debiera más a la perspectiva de estar en contacto cotidiano con ellas que a razones culturales.

Éramos todos solteros y sin compromisos sentimentales. Nos reuníamos asiduamente, íbamos juntos a la playa, organizábamos actividades artísticas muy interesantes y hacíamos frecuentes tertulias musicales tanto en la casa de Nadia como en la de Esther, porque las dos tenían piano.

De las dos mujeres, solo Esther me daba algunos indicios de interés en mi persona. Nadia, en cambio, aunque me apreciaba mucho como amigo, no me dejaba el menor resquicio por donde filtrar mis intenciones.

Me gustaban las dos pero terminé inclinándome por Nadia, la que menos bola me daba. Empecé experimentando una rara perturbación y con el tiempo terminé dramáticamente enamorado de ella.

Las cosas comenzaron a complicarse. Los inseparables diez integrantes del grupo teníamos siempre pretexto para juntarnos, debatíamos sobre música y artes plásticas y a veces no estaba ausente la política, aunque procurábamos evitarla para no dividirnos. En el devenir de los días comienzan a surgir ciertos pequeños incidentes que involucran a tres varones del grupo, yo entre ellos: discusiones, actitudes extrañas, algunos roces verbales.

Poco a poco se fue entreviendo cuál era el problema. El problema era Nadia. Los tres estábamos enamorados de la misma mujer. Mientras Nadia parecía no tener la menor idea de lo que se incubaba a su alrededor, todos los demás empezaban a darse cuenta del conflicto.

De los tres candidatos, uno quedaba descartado. El otro era Franco, con quien yo tenía una muy buena relación.

Cuando las cosas se pusieron insostenibles, yo me acerqué a Franco y le propuse que habláramos. Fuimos absolutamente sinceros. Los dos reconocimos estar enamorados de Nadia. Nos comprometimos a competir con honorabilidad, sin actitudes arteras ni recursos impropios. Que triunfara el que supiera conquistar el corazón de Nadia.

Pasó el tiempo, el grupo se siguió reuniendo y nosotros, los contrincantes secretos, nos esmerábamos en dirigirle a Nadia nuestros mejores flechazos.

Pero las cosas no iban ni para adelante ni para atrás. Ansioso, decido ganarle de mano a Franco. Le digo a Nadia que tengo que hablar con ella y la invito a tomar un café.

Cuando nos encontramos en una confitería me doy cuenta, no sé bien si por su mirada, por su expresión o por su actitud distante, que me equivoqué, que ella no estaba precisamente esperando una declaración de amor. Me sentí derrotado antes de abrir la boca. Tan seguro estuve de mi fracaso que, extrañamente, quise hablar con ella de mi propio desengaño.

Fui directo al grano, le dije que en el grupo había un clima extraño, un cierto malestar, y que eso se debía a que dos de nosotros estábamos enamorados de ella. No hablé del tercero para no complicar las cosas. “Yo soy uno”, le dije. Pareció sorprenderse, pero se mantuvo inmutable y en silencio.

Nunca voy a entender por qué actué así: en lugar de intentar una respuesta positiva, y, en todo caso, esperar su decisión sea cual fuere, me di por vencido antes de tiempo y hasta le anuncié que había otro pretendiente. ¡Hay que ser imbécil! Le dije —me da vergüenza escribirlo— que yo comprendía que ella no sentía lo mismo por mí y que sólo deseaba que me lo confirmara. ¡Le estaba pidiendo que me dijera que no! ¡Que me remachara el rechazo que yo había intuido!

Me miró con afecto y me dijo que yo tenía razón, ella no se sentía sentimentalmente atraída hacia mí, y que lo lamentaba. No quería causarme una pena, pero...

Yo le agradecí su manera piadosa de rechazarme, le pedí disculpas y quedé en silencio. Nadia también quedó callada y extrañamente ensimismada. Pedimos otro café y quedamos los dos sin hablar. Hasta que ella no aguantó más y me preguntó:

—Enrique... ¿Quién es el otro?

La miré durante unos segundos. Vi una gran ansiedad en sus ojos.

—Franco —le contesté por fin.

—¿Franco?

Asentí con la cabeza. Yo descontaba que ese “otro” iba a correr con más desventaja que yo. Estaba seguro de que Franco no podía superarme ni en ese terreno ni en ningún otro. Pero además yo había observado que Nadia no le dedicaba a él ni una mirada especial, ni un trato diferencial, ni siquiera le sonreía como la dulce Esther me sonreía a veces a mí.

Ella no dijo nada ni dejó traslucir nada. Nos despedimos como buenos amigos, comprometiéndonos a mantener reserva absoluta sobre todo lo conversado.

Pasaron varios días sin que el grupo se reuniera. Una noche, bastante tarde, yo ando caminando por el centro y veo estacionado el inconfundible Fiat 1500 del padre de Franco. Cómo observo que hay personas en el asiento delantero me acerco para saludar.

Cuando llego casi a la ventanilla lo veo a Franco besándose interminablemente con una mujer. Me resisto a pensar lo que sospecho, deseo irme y no mirar nada. Pero en ese momento las cabezas se separan y reconozco a la mujer: era Nadia. ¡Nadia besándose con Franco! Avergonzado, me fui rápidamente para que no me vieran.

Nunca me sentí tan estúpido. Nadia, aunque nunca lo había demostrado, estaba enamorada de Franco y yo actué de involuntario celestino anoticiándola de que su amado estaba perdiendo la cabeza por ella.

Fue tan demoledora esta revelación que quise recuperar terreno tratando de seducir a la hermosa y dulce Esther. Después de todo ella era la belleza que siempre me gustó, así que era cuestión de buscar el consuelo por ese lado. Cuando tuve la oportunidad de estar a solas con ella le dije que la amaba. ¿Saben qué me contestó?

—Ah, no, Enrique. Vos tuviste un problema con Nadia y ahora querés reemplazarla conmigo. No me parece que eso sea correcto.

Quedé mudo y avergonzado. Todos en el grupo se habían enterado de lo ocurrido, incluyéndola a Esther que probablemente había estado interesada en mí, pero que no estaba dispuesta a ser la suplente de otra, a ocupar un segundo lugar en mi lista.

En un par de semanas me habían rechazado dos mujeres: una me hizo sentir la punzada del desengaño. La otra me dio una merecida lección y tajeó dolorosamente mi amor propio.

14

**LA ORQUESTA «MARABÚ», TESTIGO Y VÍCTIMA
DE UN SUCESO MISTERIOSO**

A los veintidós, fui invitado por unos excelentes músicos a integrar una nueva orquesta de tangos que llevaría el nombre de un mítico cabaret porteño: “Marabú”. Fue, de lejos, la mejor orquesta de tangos que brilló en los clubes y escenarios de Mar del Plata.

Esos instrumentistas talentosos merecen ser recordados con nombre y apellido: Ernesto Scorziello y Daniel Moreno, bandoneonistas de fraseo elegante y digitación perfecta; José De Pilato, violinista de sonoridad pasional arrebatadora, Duilio Grazianni, violinista de melancólico ensueño en los registros medios, además de compositor y letrista de fecunda creatividad; Ildo Ferreira, un contrabajista que sostenía al conjunto con la acompañada potencia de sus graves profundos; y Roberto Gorga, excepcional vocalista que cantaba (y aún lo hace) *La Cumparsita* y *Alma de bohemio* como ningún cantante argentino lo hizo nunca. ¿Y quién hacía los arreglos? Uno de los mejores arregladores argentinos, orquestador de Carlos Di Sarli y de otras orquestas porteñas: Fredy Scorticatti.

Adoptamos un estilo audazmente vanguardista sin descuidar el ritmoailable. Nuestro repertorio era un lujoso abanico de compositores modernos: Astor Piazzola en primer lugar (éramos todos fanáticos del gran innovador), Horacio Salgán, Osvaldo

Pugliese, Aníbal Troilo, Eduardo Rovira, Emilio Balcarce, Julián Plaza, Virgilio Expósito y Atilio y Héctor Stamponi. Pero también incorporamos una extensa lista de bellos tangos clásicos magistralmente orquestados por Scorticatti.

Con entusiasmo y determinación perfeccionista iniciamos los ensayos en 1964, y en poco tiempo subimos descollantes a los palcos musiqueros.

Fuimos muy unidos entre nosotros, si bien por un desgaste natural del mismo trabajo, y también por la influencia de cierto extraño suceso que me propongo narrar, tuvimos peripecias y desencuentros que nos llevaron a la separación.

Comenzamos con buenas perspectivas laborales. Duilio Graziani fue nuestro representante, y gracias a su empeño y don de gentes tuvimos una chorrera de contratos. En un verano llegamos a hacer “tripleto”, lo que en la jerga del ambiente significa tocar en tres lugares a la vez, corriendo de un salón a otro, y de éste a un tercero, sin el menor descanso, girando locamente en una calesita infernal, hasta que, extenuados y con las manos doloridas, hacíamos el último chan chan a las cuatro de la mañana.

La cima de nuestras ambiciones artísticas pareció llegar cuando nos contrataron para tocar durante todo un verano en un restaurant bailable que se inauguró en el primer piso del club Quilmes, previo exigente *casting* ante el director artístico, el célebre empresario y representante porteño de artistas don Isaías Seildman,

Este restaurant fue una exitosa iniciativa comercial nunca antes explorada en Mar del Plata. Rápidamente se puso de moda y el público llenaba todo el espacio, a veces hasta el hacinamien-

to. El éxito se justificaba por las estrellas contratadas: actuaban Los cinco latinos, Domingo Federico, Mr. Chassman y su muñeco Chirolita y muchos otros números de gran popularidad en esa época.

Pero ahí empezaron nuestros problemas.

Compartíamos un camarín con un alemán de unos setenta años que presentaba un perrito amaestrado, un Fox Terrier llamado Sigfrido, que hacía las delicias del público. El perrito exhibía notables destrezas en el escenario, pero lo más simpático era el final: el adiestrador le ordenaba: “¡Adentro Sigfrid!” y el animalito se zambullía con un gracioso saltito en el interior de un bolso, el alemán corría la cremallera y se lo llevaba. Era infalible: el público hacía exclamaciones, reía y aplaudía a rabiar.

El alemán se llamaba Jaime Talsendorff, usaba una peluca pelirroja y se teñía los bigotes del mismo color. En el camarín soltaba al perrito que se acomodaba en un rincón y no molestaba a nadie, salvo que alguien se le acercara, porque entonces gruñía a modo de advertencia. Como a mí me encantan los perros, yo siempre le hablaba y él me escuchaba atentamente. A los pocos días ya se me acercaba amigablemente y permitía que lo acariciara. Recuerdo que un día (ahora me da escalofríos porque lo relaciono con lo que pasó después), intento recomodarle el collar que se le había desabrochado. Se lo quito con la intención de ajustárselo correctamente y veo que tiene grabados en el dorso varias letras y un número de más de diez dígitos. No hice ningún comentario porque tuve la sensación de estar descorriendo algún velo prohibido.

Jaime Talsendorff parecía una buena persona. Tenía hacia nosotros un trato amigable y cortés, aunque no era muy conversador. Una vez entró al camarín con una jovencita de no más de veinte años. Nos la presentó por su nombre: Cristina. Pensamos inicialmente que se trataba de una hija, o acaso una nieta, hasta que los sorprendimos en cierta gestualidad más que sospechosa.

Una noche estoy solo en el camarín cuando lo veo entrar al alemán tambaleante, muy agitado y pálido. “¿Qué le pasa, don Jaime, se siente mal?” Me contesta que está muy asustado porque lo acababan de amenazar. “¿Quién lo amenazó?”, le pregunto alarmado. Balbucea confusamente: “Es un asunto... un problema que tengo con una persona...” “¿Puedo ayudarlo en algo?”. Negó con la cabeza y se sentó a una mesa que usábamos para dejar los instrumentos. Veo que sus manos tiemblan convulsivamente, apoya los codos en la mesa, se toma la cara con las manos y comienza a respirar ruidosamente, como si estuviera con un ataque de asma.

En eso entran Graziani y De Pilato. Cuando lo ven a don Jaime en esa posición me interrogan con la mirada. Los llevo afuera y les digo lo que sé.

—¿Que alguien lo amenazó?

—Fue lo que me dijo.

—Lo vi en el bar hace un rato hablando con una mujer —comentó Graziani—; no la tal Cristina, esa jovencita que anda con él, otra.

—¿Una de pantalones blancos muy ajustados? —preguntó De Pilato.

—Esa misma, una veterana de unos cincuenta años, fortachona. Y si les digo que me pareció que discutían...

Era nuestro turno de subir al escenario.

Cuando entramos en el camarín para tomar las partituras y los instrumentos, el alemán, sin levantar la cabeza nos suplica casi en un susurro: “Por favor, no me dejen solo”. “Tenemos que tocar, don Jaime, ¿quiere que llamemos a alguien?” No nos contestó.

Escuchamos los aplausos y debimos salir para el escenario a las corridas. Comenzamos a tocar. Entre un tango y otro Graziani se arrima al piano y me dice que la misteriosa mujer de los pantalones blancos está en ese momento hablando con un hombre de traje oscuro y corbata en la punta del mostrador. Miro hacia dónde me indica Duilio y veo a una mujer que habla con un sujeto.

Mientras toco, observo los movimientos de la mujer. Habla y gesticula. Está notoriamente nerviosa. Se baja de la banqueta, vuelve a sentarse, mueve los brazos, bebe toda su copa y pide otra. El hombre la escucha atentamente.

Debo concentrarme en la ejecución de un complicado solo de piano y dejo de observar a la mujer. Cuando vuelvo a mirar hacia el mostrador ella y su acompañante han desaparecido. Esa entrada la terminamos con *La Cumparsita*. Nos lucimos todos con nuestros solos y con las espectaculares variaciones de los bandoneones, y por último Roberto Gorga entona con su voz caudalosa las estrofas finales: “*Si supieras, que aún dentro de mi alma, conservo aquel recuerdo, que tuve para ti...*”

Estrepitosos aplausos saludan la proeza vocal de Roberto. Cuando regresamos al camarín vemos que Jaime está todavía sentado a la mesa, pero ahora con la cara apoyada sobre un brazo, como si estuviera durmiendo. “¿Cómo se siente don Jaime?”, le preguntamos. No contesta. Nos quedamos unos segundos inmóviles, sin saber qué hacer. Me acerco al alemán y le toco el hombro. En ese momento comienza a inclinarse hacia un costado, tratamos de sujetarlo pero se nos desploma pesadamente sobre el piso. Avisamos al administrador y rápidamente llegó un médico. Don Jaime estaba muerto; paro cardiorespiratorio, dijo el médico.

Unos camilleros sacaron el cuerpo con una velocidad y un disimulo pasmosos y el espectáculo continuó sin que el público y los otros artistas se enteraran del incidente. Nos quedamos todos alelados, inmóviles, extremadamente impresionados. No podíamos creer lo que había pasado. “¿Y el perro?”, preguntó alguien. Sigfrido no estaba, había desaparecido con el bolso que lo transportaba.

Hicimos la última entrada de esa noche a desgano y muy alterados.

Al día siguiente Graziani, De Pilato y yo, nos reunimos en el bar de la Asociación de Músicos para comentar lo sucedido.

—No pude dormir en toda la noche, la puta que lo parió— comentó Graziani—. No puedo creer que este orquitis se nos haya muerto así.

—¿Se murió o lo mataron?— pregunté yo.

—El médico dijo que murió por un paro cardíaco —comentó José.

—¿Y qué pasó con el perro?, alguien se lo llevó.

—Sí, lo del perro es un misterio... —dijo De Pilato.

—Miren, no sé lo que piensan ustedes —intervine—, yo le vi la cara de angustia cuando me dijo que lo habían amenazado. Algo pasó. Creo que tendríamos que ir a la Policía y denunciar lo que sabemos.

—¿Ir a la Policía? ¿Estás en pedo? ¿Qué le vamos a decir? —se alarmó Graziani—. A ver si todavía nos involucran a nosotros.

—Es que para mí fue un asesinato... —dije convencido.

—Mirá —comentó razonablemente Graziani—, si dicen que espichó de un ataque, espichó de un ataque, ¿para qué vamos a complicar las cosas? Lo que debimos haber hecho, y me arrepiento de no haberlo pensado en ese momento, es avisar sobre su estado antes de irnos a tocar. ¿Cómo no nos dimos cuenta de que el viejo estaba con una crisis cardíaca?

No insistí con mis suposiciones. Al fin y al cabo el único que escuchó los temores de don Jaime fui yo y nadie más.

En el Quilmes, de la muerte de Jaime nadie quería hablar, ni la gente del bar, ni el director artístico ni los otros artistas. Era como si el pobre viejo y su perrito no hubieran existido nunca.

Al día siguiente leo en el diario *La Prensa* de Buenos Aires un título llamativo: “*Muere por causas naturales un criminal nazi que se ocultaba en la Argentina*”. Una antigua fotografía muestra al oficial de la SS fallecido: aparenta tener unos cincuenta años, vestido pulcramente con el uniforme de la Gestapo

y con la cruz de hierro orgullosamente exhibida en el cuello. Su nombre era Dieter; no recuerdo el apellido. La noticia despertó mi interés por una razón política: hacía pocos años, en 1960, agentes israelíes habían secuestrado en Buenos Aires a Adolf Eichman y todavía no se habían aplacado las tensiones diplomáticas y las polémicas desatadas por ese operativo ilegal que había humillado a la Argentina. Además, se sabía que Josef Mengele había vivido en la Argentina hasta 1962, cuando Alemania solicitó su extradición.

Recuerdo haber mirado la fotografía con escaso interés. Los nazis son todos iguales, se parecen al actor norteamericano Christopher Plummer. El sujeto tenía una mirada dura y usaba anteojos sin armazón.

Soy un pésimo fisionomista pero tengo la rara cualidad de observar espontáneamente pequeños detalles en el rostro de las personas, rasgos nimios, casi imperceptibles para el común de las personas. Viendo esa fotografía no se me podían escapar ni el levísimo estrabismo en el ojo izquierdo, ni el párpado derecho mínimamente caído que mostraba el nazi. Esos rasgos me helaron la sangre: ¡ese oficial era el viejo Jaime Talsendorff, aunque más delgado, con veinte años menos, sin bigote y sin su bonachona sonrisa!

Ansioso leo todo el artículo y con asombro me entero de que en la Gestapo se dedicaba a amaestrar perros de gran porte para atacar a soldados enemigos en el frente. Usaba a los judíos de los campos de exterminio como señuelos para que sus perros practicasen diariamente sus habilidades carniceras. Se había ocultado en la Argentina desde 1946 con un nombre falso y pa-

saporte argentino. La nota decía que lo habían encontrado muerto en su casona de San Isidro, donde vivía en total soledad. Pero lo más sorprendente es que se mencionaban lingotes de oro que, según el Centro Simón Wiesenthal, el nazi tendría escondidos y que habrían sido traídos desde Austria por quien fuera su superior, Adolf Eichman. Esos lingotes estarían en alguna caja de seguridad para asistir económicamente a otros criminales de guerra, y su depositario ¿era el alemán que había trabajado con nosotros en el Quilmes!

Hablé con los músicos de la orquesta y les mostré la fotografía. Ninguno encontró el menor parecido entre ese nazi y don Jaime. Me miraron y se rieron como si yo estuviera desvariando.

Con los años fui sacando mis conclusiones: La mujer misteriosa era la pareja o una amante de Jaime, tal vez una amante enojada de quien el viejo quería desprenderse porque tenía una amiguita joven. La mujer mayor sabía quién era Jaime, y tras el desaire le habría exigido una parte de los lingotes escondidos. ¿Se imaginan a un alemán siendo infiel con sus superiores y cediendo un solo gramo de ese oro? Si hubo extorsión él se habrá negado, entonces ella lo amenazó con delatarlo. Es probable que Jaime, ingenuo desconocedor de los alcances del resentimiento femenino, no la creyera capaz de cumplir sus amenazas, hasta que comprobó aterrado que había agentes del Mosad en el Quilmes.

No descarto que Jaime haya muerto de un paro cardíaco; tampoco que lo hayan matado con algún procedimiento indetect-

table. Hasta me inclino a creer que el médico, los camilleros y el director artístico del Quilmes, que era judío, formaron parte del complot. Era un criminal de guerra y merecía ser juzgado y castigado, pero no a costa de violar por segunda vez la soberanía de la Argentina.

Este acontecimiento no fue inocuo para la orquesta Marabú. Todo nos empezó a salir mal; circunstancias inexplicables comenzaron a perjudicarnos.

Por empezar, no pudimos cobrar el último cheque firmado por Isaías Seildman cuando terminó nuestro contrato. No tenía fondos, y el representante ya había abandonado la ciudad dejando un tendal.

Una vez fuimos a Ayacucho para animar un baile de campo. Durante el viaje se desprendió el contrabajo de Ferreira que estaba atado al portaequipaje del auto de Gorga, uno de los dos automóviles en los que viajábamos (el otro era el taxímetro de Scorziello). El paquidérmico instrumento salió volando y los que viajábamos en el auto de atrás, lo vimos venir como un bólido sobre nosotros. Por esquivarlo, Scorziello dio un volantazo y fuimos a parar a un zanjón, mientras el contrabajo aterrizaba a los panzazos sobre la banquina encharcada. Por fortuna el único herido fue el valioso instrumento que quedó parcialmente destruido. “Mirálo vos... si parece un rinoceronte”, comentó Graziani que siempre nos hacía reír con sus humoradas, aunque el pobre Ildo, sin ganas de chacotear, echaba miradas compungidas sobre su desdichado instrumento.

El auto de Scorziello quedó inutilizado, no pudimos llegar a Ayacucho, nos perdimos el puchero de gallina que nos habían

preparado y, hambrientos, tuvimos que pasar la noche al costado del camino. El accidente tuvo una misteriosa e inquietante peculiaridad: Graziani venía con la ventanilla abierta, sujetando con una mano, y por precaución, el portaequipaje donde viajaba bien amarrado el contrabajo. Nunca pudo explicarse cómo desapareció ese portaequipaje de debajo de su mano sin que él lo notara.

Hubo en la vida afectiva de algunos de nosotros, la mía y alguna otra, desencantos y fracasos que repercutieron en la orquesta.

¿Tuvo algo que ver en todos estos contratiempos aquella fatídica noche del Quilmes? ¿Fuimos responsables de la muerte de don Jaime por negligencia o inacción? No tengo respuestas para estas preguntas. Cuando los responsables culposos de una muerte son muchos, la carga individual se diluye y uno cree que puede olvidar el asunto y dormir tranquilo. Pero siempre se paga, de una forma o de otra.

A partir de ese suceso la orquesta no volvió a ser la misma. Tuvimos menos trabajo, comenzaron nuestras discusiones, se acentuaron ciertos reproches por la disminución de los contratos y se resintió el diálogo que siempre había fluido amigablemente entre nosotros. Hubo un prometido contrato para tocar en Tandil que nunca se concretó. Finalmente el entusiasmo que nos había sostenido languideció y se extinguió. La maravillosa orquesta Marabú, la mejor orquesta de tango que tuvo Mar del Plata, se desintegró para siempre.

Y como si los infortunios siguieran persiguiéndonos, poco después de que la orquesta se disolviera, la carpeta que contenía las partes de piano de los valiosos arreglos de Scorticatti desapa-

reció misteriosamente. La búsqueda se prolongó por más de treinta años, porque siempre teníamos la fantasía de reunirnos alguna vez para tocar el repertorio. Jamás apareció.

Salvo el contrabajista Ferreira, que se había desvinculado de la orquesta mucho antes de su disolución, para regresar a su casa del Gran Buenos Aires con su famoso perro Fatiga, todos los demás seguimos siendo amigos, y cada tanto nos encontramos para charlar. Nunca volvimos a mencionar el nombre de Jaime Talsendorff, ni siquiera cuando recordamos las anécdotas vividas en esos años. Y yo estoy seguro de que cuando ellos lean este relato, que es absolutamente fiel a lo sucedido, van a jurar que no se acuerdan de nada.

Pero yo sé que la sombra de Jaime Talsendorff está omnipresente en cada uno de nuestros esporádicos encuentros.

Hasta el día de hoy yo me sigo preguntando si no debí afrontar la responsabilidad de denunciar lo que sabía. Que no era mucho, pero que a lo mejor hubiera alcanzado para torcer el curso de nuestra mala suerte, si es que en ella queremos ver la gravitación de algún fenómeno extraordinario.

Y también, ¿por qué no?, para impedir que abandonaran el país los agentes extranjeros involucrados en esta segunda operación ilegal que jamás tomó estado público. O al menos, para lograr que el gobierno argentino incautara los lingotes de oro que alguien se llevó con Sigfrido. Y gracias al collar de Sigfrido.

15

PSICODRAMA

“La perspectiva errónea de la ciencia se descubre por su avidez de ser verdadera”

Karl R. Popper

A comienzos de 1973 hice terapia con el médico psicoanalista Ibrahim Lega. En esa época analizarse era casi una obligación social. Estábamos en el apogeo de la cultura de los sesenta: arte pop, Instituto Di Tella, Jorge Romero Brest, Mayo francés, “La imaginación al poder”, “¡Prohibido prohibir!”.

Yo desconfiaba de toda esa espuma superficial y gaseosa, pero no la rechazaba. Ahora sí, ahora creo en la psicología científica y en los avances de la medicina psiquiátrica, sobre todo en el terreno de las investigaciones farmacológicas, pero definitivamente no creo en el psicoanálisis. Años de lecturas y reflexión me llevaron a aceptar las opiniones de pensadores como Karl Popper, Mikkel Borch-Jacobsen y los argentinos José Sebrelli y Mario Bunge, entre otros, quienes con argumentos serios han refutado, por decirlo suavemente, las teorías freudianas.

En aquellos tiempos yo necesitaba superar algunos problemas que afectaban mi vida familiar y social, y el austero menú de la época ofrecía dos caminos: o hacerse hippie y fumar marihuana o acostarse en el diván de un psicoanalista.

Me apuro a dejar sentado que el doctor Lega es una gran persona, un notable profesional de la psiquiatría, ahora retirado, muy reputado en aquellos tiempos por sus terapias grupales de psicodrama.

Comencé con sesiones individuales, en las que Ibrahim Lega, pragmático y abierto, alternaba el diván con la hipnosis, la sugestión y la inducción conductista.

Pero mi caso no era muy severo, apenas una neurosis comportamental que no requería terapia individual. Después de unas cuantas sesiones en las que nos aburríamos él y yo, Lega me propuso integrarme a un grupo de siete pacientes que hacían psicodrama bajo su conducción.

Acepté más por curiosidad intelectual que por necesidad.

La primera sesión fue una fuente de descubrimientos y sobresaltos.

Cuando Lega me presentó a los demás, percibí de entrada un clima de rechazo. Era esperable: siempre molesta a un grupo ya consolidado el ingreso de un nuevo paciente. Pero lo peor fue que me encontré con quién menos hubiera deseado, con Franco, el mismo que doce años atrás me había derrotado en la conquista amorosa de Nadia. Yo sabía que ella y Franco se habían casado, pero fue en el grupo donde me enteré de que las cosas no andaban del todo bien en el matrimonio.

Los dos nos sorprendimos desagradablemente, y era lógico. Compartíamos intimidades que tal vez iban a tener que ventilarse en algún momento. Además, yo me enteraría de los avatares de su matrimonio, y eso iba a ser comprensiblemente muy incómodo para él.

A los demás los vi como a caracoles que dejaban su carapacho en la sala de espera. Dos de los pacientes eran estudiantes de psicología: Silvina, una rubiecita joven, siempre vestida con vaqueros gastados y remeras de algodón, que tenía conflictos de identidad y problemas de relación con su familia y con otras personas, y Javier, un hombre de unos treinta y cinco años, cuya patología era la impotencia sexual. Su pareja lo había abandonado por esa contrariedad.

Martha, una mujer de unos treinta y ocho años, empleada administrativa, que lidiaba con la culpa de haberse practicado un aborto muchos años atrás, y ahora que quería tener un hijo no podía embarazarse. Pero además, el esposo de ella había regresado una noche a su casa con tenues perfumes en la ropa. Parece que cuando Martha expuso ante el grupo esta sospecha, los demás no pudieron contener la risa, y desde entonces la llamaban “aromas del Cairo”, para enojo de la mujer que exigía que el “material” (así lo llamaba) que ella traía al grupo no fuera tomado en solfa.

Ivana, una chica muy atractiva, de no más de veinte años que solía usar una provocativa minifalda tableada (más tarde supe que había padecido un abuso siendo adolescente), y Rómulo, un muchacho de similar edad, cuyos problemas psicológicos eran insignificantes: dificultades de concentración en los estudios y cosas así.

Por último, estaba Mauro, un comerciante de unos cuarenta años, casado y con tres hijos que tenía permanentes conflictos con su familia.

Otra gran sorpresa fue que todos aquellos pacientes eran izquierdistas de variada gama ideológica, unos muy radicalizados y otros más moderados. Todos tenían una ilusión adolescente: que el gobierno del doctor C ampora, que había sido electo el 11 de marzo y que asumiría el 25 de mayo de ese año, se transformara en el camino para la soñada revolución social en la Argentina. La excepción era Mauro, que tenía mucha plata y a quien los demás solían apodar en broma “chancho burgu es”.

Al doctor Lega se le ocurrió que yo me identificara políticamente ante aquellos revolucionarios.

Cuando les dije que era liberal y que estaba militando en el partido Nueva Fuerza que había fundado el ingeniero Alsogaray, hubo un silencio profundo. El desencanto no pudo ser mayor. Podrían haber esperado que se uniera al grupo cualquier enfermo severo, un psicast nico, un psicópata, un pedófilo, pero jams  un loco de la derecha. De aquellos pacientes, el único que conocía mis convicciones políticas (y debo reconocer que siempre las había respetado), era Franco, que en ese momento se limit  a sonreír divertido y a mirar el techo desde el piso en donde siempre se sentaba. Sabía lo que me esperaba.

Nunca le pregunt  a Lega por qué me insert  en un grupo tan ideologizado donde era imposible que yo cayera ni simpático ni idealista ni buena persona. Eran tiempos en que se mataba a la gente por pensar diferente. Los Montoneros, el ERP y otros grupos insurgentes predicaban la lucha armada contra quienes defendían valores que contradijeran el catecismo socialista. Si no se estaba contra el imperialismo y a favor de la liberación nacional, se era el enemigo. La intolerancia reinante en el país conta-

minaba toda posible convivencia entre seres humanos con diferentes visiones de la vida y del mundo.

No obstante ese día no se habló de política. Los cuarenta y cinco minutos exactos e improrrogables de cada sesión se completaron apretadamente con la exposición de uno de los pacientes.

Durante varias sesiones me limité a escuchar los problemas de los demás y a exponer, a veces, mis propios y comparativamente irrelevantes conflictos.

Un día, apenas iniciada la sesión, Mauro, el chanco burgués, pidió la palabra y confesó compungido que había vuelto a engañar a su esposa con una de sus empleadas. Era la tercera vez que lo hacía desde que iba al grupo. Lo curioso es que, ni en esta ni en las ocasiones anteriores, la esposa, que no era una mujer celosa ni desconfiada, había tenido la menor sospecha del adulterio porque siempre habían sido relaciones casuales. Y Mauro, como le sucedía tras cartón de cada felonía, no pudiendo manejar el remordimiento se lo había confesado.

“Te volví a cagar”, le había dicho entre lágrimas. Era tan plañidera la catarsis de Mauro que comenzamos a debatir por qué el varón es tan propenso a caer en el adulterio circunstancial. Aquí los hombres y las mujeres se dividieron. Mientras los primeros decían que es muy difícil resistir la tentación cuando uno percibe que una mujer atractiva se le está insinuando, ellas sostenían que un hombre que ama y respeta a su pareja jamás puede tener excusa para serle infiel. Descubrí divertido que en materia de infidelidad conyugal no había diferencia entre iz-

quierda y derecha, sólo había diferencias de género: los hombres la justificaban, las mujeres la condenaban.

Yo vi en la polémica una buena ocasión para hacer que aquellas mujeres izquierdistas simpatizaran conmigo, aunque me malquistara con los varones. Dije que yo pensaba como ellas, que si uno tiene convicciones no se deja seducir por nadie. Y aseveré enfáticamente que yo podía responder por mi conducta en cualquier circunstancia.

Las mujeres me miraron serias y con cautela. Los hombres, con sonrisas burlonas.

El doctor Lega, ni corto ni perezoso, propone ese tema para el psicodrama. Me hace subir a una pequeña plataforma que simula un escenario, y elige a Ivana, la paciente de veinte años que ese día había llevado su pollerita tableada escocesa, para que intente seducirme. Todos verían cómo actuaba yo.

Enciende dos reflectores que iluminan la plataforma y apaga las luces de la sala. Los “actores” nos sentamos en dos sillas, uno frente al otro, ella cruzada de piernas y yo haciendo esfuerzos para no mirárselas. Comenzamos a charlar entre nosotros.

—Enrique —inició la conversación la jovencita, un poco nerviosa—, tengo que hablar con vos...

—Con todo gusto, Ivana, me encanta conversar con vos.

—No sé cómo decírtelo. Hace tiempo que nos conocemos y yo llegué a quererte mucho...

—Gracias, Ivana, yo también te quiero. Por algo hemos sido tan buenos amigos.

—Es que yo... no me siento tu amiga.

—¿...?

—Enrique, necesito decírtelo, estoy enamorada de vos.

—Ivana, ¿qué estás diciendo...?

—Que te amo y quiero ser tu amante.

En este punto del diálogo nos quedamos mirándonos a los ojos en medio de un prolongado silencio. Entre los espectadores nadie se mueve. Yo mismo quedo envuelto en la magia de la escena y experimento cierta perturbación.

—Ivana —le digo con gran dulzura tomándole las manos—, sos una chica hermosa e inteligente. Cualquier hombre se enamoraría fácilmente de vos. Me cuesta mucho decirte lo que debo decirte... Sabés que soy un hombre casado, que amo a mi esposa y que sería incapaz de hacerle una cosa así.

—Enrique —me interrumpe ella con bien actuada ansiedad—, ya lo sé, sos una persona honesta y por eso te respeto y te admiro. Pero algo me sucedió con vos, sólo quiero tenerte en mis brazos, entregarme a vos, porque no puedo dejar de pensar en vos, porque te sueño todas las noches, porque no hay otro hombre que me atraiga como me atraés vos...

—Ivana...

—No, dejame decirte todo lo que siento. Quiero ser tu amante sin que abandones a tu esposa, quiero ser tu muñeca de placer, ella no tiene por qué enterarse. Haremos todo lo necesario para que nuestra aventura se conserve en el más hermético secreto. Tengo mis propios ingresos, no te voy a resultar cara. No me rechaces, Enrique, por favor, no podría vivir sin vos.

El silencio de la sala se hizo abrumador. Nadie respiraba. En la vida real resultaría muy difícil, si no imposible, resistir a una bella y joven mujer que se te regala de esa manera. Era una si-

mulación y yo tenía el firme propósito de mostrar una conducta irreprochable. Así y todo comencé a caer en el embrujo de la escena. Por un momento sentí cierto impulso frenético que debió ser advertido por Lega que se movió con cierta inquietud y percibí que se preparaba para interrumpir el juego. El clima había alcanzado imprevistamente un realismo increíble. El amague del doctor Lega me trajo a la realidad rápidamente. Tenía que seguir el plan sin ninguna desviación.

—Ivana, querida. Por favor, escuchame, hablemos como personas adultas: si yo accediera a lo que me estás proponiendo seguramente sería, en lo inmediato, el hombre más feliz del mundo. Porque tener el amor y la pasión de una mujer como vos es la cosa más fantástica que a uno le puede pasar. Pero ¿cómo me verías si yo cediera a esa tentación? ¿Me seguirías respetando como lo has hecho hasta ahora? ¿Cómo me sentiría yo cuando volviera a mi casa y mirara a los ojos a la mujer que amo? Supongamos que logro engañarla, que ella no se entera de que yo estoy disfrutando del sexo y la ternura prohibida de una atractiva mujer. Podríamos decir, en principio, que quien no sabe, quien no se entera, tampoco sufre. ¿Pero cómo me sentiría yo? ¿Por cuánto tiempo resistiría una doble vida sin despreciarme a mí mismo? Y vos, querida Ivana, que sos una mujer sin dobleces, que te enamoraste de mí sin que yo haya hecho voluntariamente nada para despertarte esos sentimientos, ¿cómo te sentirás cuando pienses que has obrado mal, que estás destruyendo a una familia? ¿Crees, sinceramente, que podríamos vivir así?

—Enrique —dice Ivana retirando suavemente sus manos de las mías—, tenés razón. Todo lo que dijiste es cierto. Pero en lu-

gar de aplacar mis sentimientos los has estimulado. Porque esa conducta tan íntegra me hace sentir aún más enamorada de vos, del hombre que admiro por su rectitud.

Y para mi sorpresa y la de todos, se inclina hacia mí y antes de que un Lega atento pueda reaccionar, ¡me besa en la boca!

—Bueno, suficiente —dice Lega nervioso mientras enciende las luces—. Pueden bajar.

Volvemos a nuestros asientos. Los demás aún no han reaccionado a la escena que presenciaron y permanecen inmóviles y en silencio. Ivana, pobrecita, se ha ruborizado y permanece con la vista baja.

—Abrimos el debate —dice Lega—, ¿qué opinan?

Martha fue la primera en opinar:

—Yo creo que la conducta de Enrique ha sido excelente y eso demuestra que un hombre si quiere puede actuar correctamente ante un caso tan tentador y, me animaría a decir, tan irresistible como el que presenciamos.

—Yo también lo apoyo a Enrique —dijo Silvina.

Los hombres dieron la nota discordante:

—Si yo llego a estar en la situación de Enrique saben cómo le bajaba la caña a Ivana —comentó Franco a las carcajadas—. Y yo creo que él también lo habría hecho en la vida real. Fue sólo una actuación insincera, y perdoname, Enrique, pero te conozco.

—Yo también pienso que en una situación similar, ningún hombre actúa así —dijo Javier—. No lo acuso a Enrique de falso, no lo conozco, a lo mejor fue auténtico...

El joven Rómulo, astutamente, ensayó un tibio apoyo de mi postura, aunque dijo que eso no era lo corriente en la vida real.

Mauro que era el adúltero confeso se abstuvo de opinar, pero inocultablemente malhumorado mascullo que yo era un hipócrita.

Nadie había hecho todavía la menor referencia a la conducta desconcertante de Ivana que, aún con todos aquellos argumentos éticos, me había besado improcedentemente. Lega finalmente le preguntó a Ivana que había permanecido callada, qué pensaba sobre lo que habíamos actuado.

—Me encantó la conducta de Enrique. Además su rechazo fue muy dulce, ninguna mujer podría sentirse ofendida.

—¿Podés explicarnos por qué lo besaste? —preguntó Franco secamente.

—No sé, fue instintivo, como si... quisiera premiar una conducta tan ejemplar.

—¿Pero necesitabas besarlo en la boca?

—Pido disculpas. Fue sin intención. Me dejé llevar por la representación.

—Bueno, por hoy terminamos —dijo Lega.

A la semana siguiente hubo un debate sobre los problemas de Javier, quien había vuelto a fracasar sexualmente y se lo veía muy deprimido. Lega improvisó una audaz representación con la actuación de aquél y de Silvina. Ambos se acostaron sobre la alfombra de la plataforma y simularon una conversación de alcoba entre dos amantes. No viene al caso que reproduzca aquí los pormenores del diálogo escénico. Simplemente diré que tuvo alto voltaje y que, como consecuencia de las frases de contenido

erótico intercambiadas, Javier tuvo una erección. Debió reconocerlo ruborizado ante nuestras jocosas insinuaciones: durante la representación vimos que encogía disimuladamente una pierna. ¡Albricias! ¡Aleluya!

Un largo debate sobre las condiciones que necesita un hombre sensible o impresionable para tener un desempeño sexual normal. Las opiniones masculinas, basadas en las experiencias de cada cual, fueron esta vez coincidentes: entre la virilidad sexual, ostentada con naturalidad en un encuentro amoroso, y su extinción súbita, inesperada e irreversible, media a veces una palabra, un olor, un sutil agravio, un comentario inadecuado o una broma inocente pero inoportuna. Y ni que hablar de esos gestos demoledores, instintivos en algunas mujeres, como cuando en pleno juego amoroso le apartan a uno bruscamente la mano de donde ha intentado meterla.

El problema de Javier era su hipersensibilidad, su extrema impresionabilidad y su falta de confianza en sí mismo, y que para salir del atolladero necesitaba sin duda la ayuda de una mujer inteligente que lo estimulara y lo hiciera sentir relajado, como había logrado hacerlo Silvina en la representación.

En otra sesión se habló de la ingrata experiencia que había tenido Ivana a los dieciséis años. Se había enamorado de un tipo mucho mayor que ella con el que comenzó a salir. Una noche en la que los dos habían bailado y bebido estaba con su novio en el auto cuando éste comenzó a propasarse a pesar de que habían convenido en que no tendrían relaciones sexuales por el momento para que ella estuviera segura de que quería iniciarse con él. Se resistió pero él la golpeó y la violó.

Ivana comenzó a llorar cuando terminó el relato. Dijo que después de esa experiencia les tenía miedo a los hombres y que nunca pudo sentirse segura y confiada con ninguno. Lega propuso dejar para más adelante el tratamiento de este problema.

En una de las sesiones se produjo el conflicto que me decidió a dejar el grupo.

No hicimos psicodrama ese día, sólo conversamos, y fue sobre un tema que veníamos prudentemente postergando: la política.

Habló Franco, que en esa época militaba en un partido de izquierda moderada con tendencia nacionalista, y lo hicieron otros que tenían una situación personal muy próxima a los grupos subversivos de la época.

Cuando me tocó el turno expuse mis ideas con toda naturalidad. Dije que creía en la libertad individual, en los gobiernos limitados, en la estricta división de poderes y en el respeto de la propiedad privada y la libertad económica de todos los ciudadanos, sean pobres, de clase media o ricos. Que los pobres tenían derecho a dejar de serlo, y que los ricos tenían la obligación de competir en un mercado libre y exponerse a perderlo todo si tomaban decisiones empresariales equivocadas. Razoné unos cuantos minutos sobre las bondades del capitalismo competitivo y democrático y mencioné el libro de von Mises *El Socialismo*, en el cual este pensador alemán demostró irrefutablemente la absoluta inviabilidad económica del socialismo marxista: “Si no existen precios formados en un mercado relativamente libre, una

sociedad o un estado carecen de referencias para producir económicamente. Es científicamente imposible abastecer las más elementales necesidades de una población”, afirmé doctoralmente, disfrutando del desconcierto que mis palabras provocaban. Les recomendé la lectura de *Las Bases* y del *Sistema rentístico* de Juan Bautista Alberdi, y los informé de un hecho ignorado por los marxistas: la frustración que lo abatió a Carlos Marx cuando se publicó, en 1871, el libro *Principios de economía política* del economista austríaco Carl Menger, quien descubrió y desarrolló la sorprendente *teoría subjetiva del valor*. Esta teoría, ¡ya en 1871!, había aniquilado de un sablazo epistemológico la teoría del valor trabajo del pobre Marx, quien por ese motivo se negó a publicar en vida los volúmenes 2 y 3 de su obra *El Capital*.

Fue de mi parte un acto de herejía y de pedantería inconcebible. Yo estaba intelectualmente más preparado que ellos —no digo que era más inteligente ni más culto, sólo un poco menos ignorante que aquellos universitarios inmaduros—, y tuve en ese momento la impresión de que si mis compañeros de grupo hubieran descuidado un poco sus prejuiciosas defensas hasta podría haberlos convencido de su error al abrazar pasionalmente una ideología insostenible y condenada al fracaso.

Estaban todos indignados. No podían discutir mis argumentos. Los agarré flojos de papeles en sus habilidades para la polémica seria, sabían que no podrían ganarme nunca una discusión académica sobre la ciencia económica. Y eso los exasperó más que si hubieran podido revolcarme con los lugares comunes del marxismo.

Se hizo un silencio cargado de exasperación. Lega pidió que dijeran lo que pensaban sobre mis ideas. (Me pareció que él también estaba un poco molesto conmigo, y que tal vez le hubiera gustado que alguien del grupo me replicara con argumentos sólidos, pero ante mi exposición cargada de silogismos y citas bibliográficas, nadie se sintió preparado para refutarme).

Franco, que, como dije antes, militaba en un partido de izquierda moderada, dijo que no compartía mis convicciones pero que siempre las había respetado.

Javier utilizó la chicana de afirmar que yo estaba adoctrinado por la sinarquía internacional y que repetía conceptos hábilmente elaborados para sostener la “superestructura” de explotación del hombre por el hombre. Dijo que le daba lástima que yo no advirtiera que estaba siendo utilizado por los poderosos.

Martha dijo que no se interesaba mucho por la política pero que le costaba entender que alguien defendiera el capitalismo.

Mauro, como era apolítico, se limitó a encogerse de hombros. Comentó con un cinismo que quiso ser gracioso pero que resultó patético, que a él sólo le interesaba ganar dinero, y que ese objetivo se podía alcanzar bajo cualquier régimen o sistema político, de izquierda o de derecha, totalitario o democrático.

Ivana tampoco habló, pero era evidente que no le gustaba lo que había escuchado de mis labios.

Finalmente habló Silvina. Me miró con una dulce sonrisa y unos ojos verdes que de ninguna manera traslucían la menor intolerancia y dijo con toda calma:

—Enrique, que haya en la Argentina personas que piensen como voz es para que todos estemos muy preocupados.

—¿Por qué? —me defendí yo—. Podemos tener distintas ideas y convivir democráticamente...

—Es que... ¿sabés qué pasa, Enriquito?, eso que vos llamás “ideas” hacen mucho daño. El hambre y las desigualdades sociales son causadas por tipos que piensan y actúan como vos.

—Creo que estás equivocada —le contesté—, en un orden social abierto donde se produce mucha riqueza la pobreza tiende a desaparecer. Creo que la miseria es causada por las ideas izquierdistas que, al fin y al cabo, vienen dominando la cultura mundial desde hace ya un siglo.

—Mirá Enrique —continuó Silvina que no había cambiado su tono de voz suave y melindroso—, a las personas como vos habría que matarlas.

Profundo silencio. Esas palabras dichas con ojos tiernos me golpearon; quedé descolocado. Han pasado décadas, y yo todavía no he superado la impresión que me produjo esa feroz embestida. ¡Era una estudiante de psicología a punto de recibirse! El silencio se prolongó desgarradoramente para mí, porque nadie, ni siquiera el doctor Lega, llamó a esa joven a la cordura y a la tolerancia.

Viendo que nadie reaccionaba, fingí que no había tomado en serio el exabrupto de Silvina y le pregunté, parafraseando a Voltaire:

—Decime, Silvina, si vos estuvieras en el poder, ¿no estarías dispuesta a dar tu vida por defender mi derecho a pensar como pienso?

Su respuesta fue inmediata, sin la menor vacilación, pronunciada con la misma sonrisa e idéntica dulzura, sólo que esta vez vi en sus ojos una determinación escalofriante:

—Si yo estuviera en el poder... te haría fusilar.

No supe que contestar a este contundente “argumento”. Los demás se rieron. No parecieron advertir la monstruosidad que acababa de pronunciar una joven culta y de buena familia en momentos políticos tan preocupantes, cuando los Montoneros estaban secuestrando y matando gente y el gobierno de Cámpora se preparaba para asumir con la promesa de instaurar una patria socialista.

Nadie dijo una palabra para desaprobar la violencia dialéctica de Silvina, nadie habló del pluralismo ni de la libertad de conciencia. Era evidente que para todos aquellos neuróticos mis ideas representaban una amenaza pública temible. Sin saberlo, yo estaba viendo el huevo de la serpiente, porque al año siguiente de aquella sesión los Montoneros mataron a tres civiles por el sólo hecho de pensar diferente de ellos: Arturo Mor Roig, José Ignacio Rucci y David Kraiselburd.

Decidí inteligentemente que no podía continuar en ese grupo.

Fui a una sesión más. En ella se habló de los problemas de dos de los pacientes. Llamativamente ese día Silvina intercambió conmigo amigables palabras, como si no hubiera pasado nada. Cuando la sesión estaba llegando al final pedí la palabra y les comuniqué provocativamente que “me había dado de alta a mí mismo” y por lo tanto esa había sido mi última sesión.

Vi contrariedad en todos los rostros. Los pacientes psicológicos suelen desarrollar una dependencia de la terapia, a veces durante años, sin la cual les resulta muy difícil afrontar la vida de todos los días. Si alguien declara no necesitar más ese andador, genera en los otros pacientes una suerte de envidia rencorosa, y eso yo lo sabía. Fue mi pequeña venganza.

Cuando se hizo la hora, les di la mano fríamente a todos a medida que se fueron retirando. Mientras los imaginaba colocándose sus carapachos en la sala de esperas para volver a sumergirse en su húmeda y nocturna realidad, yo me quedé un poco más para pagarle a un Lega algo compungido las sesiones que le debía. Yo presumía con mucho desencanto (aunque posiblemente me equivoque en mi percepción) que él también creía, en ese especial momento histórico de la Argentina, que personas como yo éramos peligrosas, una piedra en el zapato para los sueños revolucionarias de aquellos tiempos.

Cuando el ascensor llegó a la planta baja me llevé la última sorpresa de aquel ciclo cargado de imprevistos y desencuentros.

Ella no se había ido, me estaba esperando en el palier.

16

CUANDO LAS URNAS HABLARON

*“Encontraras la verdad
en las grandes paradojas”*

GILBERT KEITH CHESTERTON

Nunca tuve vocación política, sin embargo las circunstancias y cierto sentido del deber me llevaron a militar en dos de los tres partidos políticos que fundó el ingeniero Álvaro C. Alsogaray: Nueva Fuerza, en 1972 y la UCeDé (Unión del Centro Democrático) diez años más tarde.

En 1983, año de la recuperación de la democracia, fui candidato a Intendente de Mar del Plata por decisión unánime de una asamblea partidaria integrada por personas de bien que me consideraron el mejor representante para esa honrosa nominación. Con escasos recursos económicos pero con el esfuerzo entusiasta de los pocos afiliados de entonces, pude hacer una campaña proselitista decorosa. Trajiné los canales de televisión, las radios y los diarios, hablé en mítines callejeros, en uno de ellos, excepcionalmente multitudinario, junto al mismísimo Alsogaray, que era candidato a presidente de la Nación. Di conferencias en cuanta institución, sindicato, club o logia quisieron escucharme, redacté una plataforma electoral para Mar del Plata que fue elogiada por su precisión técnica y rigor doctrinario, participé en

conferencias de prensa y emití polémicas declaraciones sobre problemas locales y nacionales. Fueron dos meses de trabajo agotador, pero creo que cumplí con lo que se esperaba de mí.

Ahora bien, cuando las urnas hablaron, no pronunciaron casi mi nombre. Quedé entre los menos votados de una larguísima lista de candidatos, pero tuve el consuelo (consuelo de tontos) de que varios aspirantes de la ultraizquierda quedaron más abajo que yo.

Todos sabíamos que mi candidatura era simbólica (“testimonial”, debiera decir, pero esa expresión ha caído ahora en serio desprestigio) y nadie esperaba que yo ganara, pero sí se aspiraba razonablemente a un mejor resultado. En tren de justificar un poco el fracaso, diré que la elección en Mar del Plata se había polarizado entre el candidato radical, que ganó, y un candidato peronista que metía miedo. ¡Hasta afiliados a la UCeDé, muchos de mis amigos que colaboraron en mi campaña, votaron asustados a favor del radical!

Terminada la elección y caído el entusiasmo de muchos militantes de buena voluntad que debieron retornar a sus descuidadas ocupaciones particulares, comenzaron las conspiraciones e intrigas internas. Los fundadores del partido, tenaces en su idealismo e ingenuos en su concepto ético de la política, resistieron todo lo que pudieron pero pronto fueron desplazados por jóvenes muy ambiciosos, sin ideas claras, con pocos escrúpulos y una gran determinación para quedarse con el partido.

La UCeDé se consolidaba como fuerza nacional y los nuevos dirigentes la vieron como una oportunidad no para solucionar los problemas de la gente, que nunca les interesó, sino para

encontrar una salida a sus propias vidas y destinos personales. Y hay que reconocer que muchos lo lograron: algunos de aquellos jovencitos fueron concejales, secretarios municipales y legisladores. Otros escalaron más tarde posiciones dentro del menemismo, luego con el duhaldismo y, en nuestros dramáticos días, con el gobierno del matrimonio Kirchner, en el que ocupan sin pudor ni rubor altísimos cargos ejecutivos, entre ellos la dirección de la ANSES, la AFIP y dos ministerios del Poder Ejecutivo nacional.

Pero volvamos atrás. Se sucedieron extrañas alianzas y acuerdos electorales con otros partidos, meros sellos de goma en manos de conocidos personajes, y los ideales fundacionales se fueron dejando de lado.

Las banderas de nuestros valores y principios no flamearon mucho tiempo. Algunos “viejos” tiraron la toalla, mientras que otros, esto fue tal vez lo más doloroso, se adaptaron a los nuevos vientos. Yo sentí que no podía competir en ese medio degradante y hostil, así que, dejando girones en la trituradora, me alejé de la política partidaria y decidí hacer mi aporte ciudadano desde el campo intelectual.

Por un tiempo continué viajando semanalmente a Buenos Aires para participar de las reuniones de la Comisión de Doctrina del Comité Nacional de la que era miembro por invitación especial de su presidente, el contralmirante Carlos Sánchez Sañudo, uno de los intelectuales de la política más honorables y eminentes que he conocido. Hasta que tomé conciencia de que los sesudos dictámenes de esa comisión, que debieron iluminar los programas y el discurso oficial de la UCeDé, eran menos que papel higiénico para los políticos del partido a quienes sólo inte-

resaba ocupar cargos públicos lo más pronto posible. Dentro de la UCeDé los “antialsoogaraystas”, los que detestaban al viejo, eran legión, pero se mataban por colgarse de los votos que él y solamente él arrastraba (dos millones, en su pico de popularidad).

Entonces abandoné total y definitivamente la actividad partidaria.

En 1984 comencé a colaborar con el diario LA PRENSA. Antes ya lo había hecho durante muchos años con el semanario CORREO DE LA SEMANA que dirigía ese último soñador republicano que fue Francisco Manrique.

En 1986 terminé de escribir mi primer ensayo exhaustivo sobre la doctrina liberal: *Libertad: un sistema de fronteras móviles* que fue editado por el empresario marplatense y ex presidente de la UCeDé Juan José Zúccoli. Este libro, convertido con el tiempo en un clásico cuyos viejos ejemplares, nuevos y usados, hasta se venden por Internet, fue un éxito editorial, ya que en pocos meses se agotaron dos ediciones por un total de ocho mil ejemplares.

Fui invitado a dar conferencias en prestigiosos ámbitos intelectuales de Buenos Aires, como el Círculo de la Libertad y la Escuela de Educación Económica. Tuve el honor de ofrecer charlas conjuntas con personalidades prestigiosas, como el economista Roberto Cachanosky y el propio Sánchez Sañudo, y en varias ocasiones fui orador invitado, junto a Isaac Rojas y Emilio Hardoy, entre otros distinguidos hombres públicos, en los homenajes que el Círculo de la Libertad ofrecía anualmente al diario LA PRENSA.

Dicté seminarios sobre economía de mercado en Mar del Plata y en localidades vecinas y escribí con regularidad artículos de opinión en el diario LA CAPITAL de Mar del Plata, medio que siempre me abrió generosamente sus páginas.

Lo gracioso sucedió en 1991 cuando la UCeDé, que llevó de candidato a intendente a un señor de cuyo nombre no quiero acordarme, ganó las elecciones municipales.

Yo era funcionario municipal de carrera desde 1974. Cuando este personaje, que ya había sido comisionado municipal del Proceso, asumió como intendente “democrático”, uno de sus primeros actos de gobierno fue ordenar la confección de una extensa lista negra para echar indeseables de la Municipalidad, aprovechando la vigencia temporal de una ley que permitía la cesantía de empleados públicos.

Esa infame lista se nutrió de radicales, judíos, algunos peronistas, y jefes y directores intachables cuyas culpas y pecados serán siempre un misterio, salvo que hurgáramos entre las tinieblas donde reptan las envidias, los odios personales y los viejos resentimientos de algunos empleados municipales revanchistas y ventajeros.

¿Y quién estaba primero en esa lista?

Un servidor. Estaba primero debido al orden alfabético, no por ser el más importante ni el más indeseable.

Me enteré a tiempo porque Dios se apiadó de mi candidez. La lista negra, que estaba guardado con candado para poder cesantear por sorpresa a los elegidos, fue mostrada, como prenda del “toma y daca”, al presidente del bloque de concejales del partido Justicialista, por si encontraba en ella el nombre de algún

peruca al que quisiera salvar de la guillotina. Dio la casualidad de que el secretario de este concejal es vecino mío. Al verme a la cabeza de la lista pidió a su jefe autorización y tuvo el gesto noble de venir hasta mi casa a ponerme sobre aviso de la increíble novedad.

Mi propio partido, la UCeDé de Alsogaray, me hacía lo que no me habían hecho en diecisiete años de carrera ni los socialistas, ni los militares ni los radicales que gobernaron la comuna: perseguirme políticamente.

Por suerte yo mantenía buenas relaciones con casi todos los concejales de la UCeDé. Cuando se enteraron, porque ellos tampoco habían tenido acceso a la lista, me respaldaron y exigieron explicaciones al secretario de Gobierno. El funcionario de origen necochense reconoció la intención del gobierno municipal de echarme, pero accedió a borrarne inmediatamente de la nómina. El escándalo llevó a esos concejales amigos a descubrir en la lista negra otros nombres inconcebibles, por lo cual, al final, nadie resultó cesanteado, aunque se produjeron traslados humillantes, desjerarquizaciones y otras injusticias que denigraron a todos los nominados.

¿Cuál fue la razón para que me incluyeran entre los réprobos de esa administración “liberal”? La explicación es tan simple como asombrosa: Yo me había opuesto un año antes a la afiliación de ese señor, ahora intendente, a la UCeDé. Cuando se hizo público que pretendía ingresar al partido porque aspiraba a ser candidato a intendente, pedí por escrito a sus autoridades locales y provinciales que le rechazaran la ficha de afiliación, por dos razones: 1) por haber sido un comisionado del gobierno mi-

litar recordado por su autoritarismo, que entre otras cosas se rodeó de colaboradores prepotentes y bravucones (entre ellos un ingeniero que despedía fuego por los ojos y que terminó suicidándose, no hace de esto mucho tiempo, luego de matar a tiros a un familiar); y 2) porque sus ideas políticas y económicas, sobre todo las económicas, expuestas públicamente, eran contrarias a los principios del partido.

Mi oposición había sido tan contundente que el aspirante no quiso correr riesgos y presentó su ficha directamente en Buenos Aires, donde, naturalmente, se la aceptaron porque había prometido poner dinero para la campaña.

Cómo sería yo de ingenuo en materia política que jamás sospeché que esa actitud frontal mía, que en su momento había tomado estado público y que no constituía un agravio personal hacia nadie sino una afirmación de principios, pudiera poner en peligro el modesto empleo del cual yo vivía.

Pero en la política real, aunque parezca mentira —y en Mar del Plata más que en otros lugares—, la revancha por pequeñas afrentas es moneda de facturación cotidiana. Cuanto más mediocres e incultos son los políticos y sus secuaces, más rencorosos se vuelven una vez que están en el poder. La deprimente verdad es que me incluyeron en esa lista negra nada más que por estúpida venganza, sin molestarse en averiguar siquiera si yo era o no un buen funcionario que cumplía honradamente con su trabajo.

Este personaje, que hablaba ampulosamente de la “megapolítica” y que se creía un iluminado, fue tan incompetente, tan políticamente inepto, que terminó perdiendo hasta el apoyo de su propio bloque de concejales.

LA CAPITAL lo denunció un día en primera plana porque había concesionado sospechosamente el estacionamiento medido en la ciudad. Fue tan generalizado el rechazo de la comunidad ante lo abusivo y poco transparente de esa adjudicación que allí comenzó la imparable declinación. El intendente quedó solo y enfrentado con todos, con los ciudadanos que lo votaron, con sus propios concejales, con todo el Concejo Deliberante que amagó con destituirlo aunque después no se animó, con el personal municipal que le hizo paros y movilizaciones durante días y días, con el periodismo y con el partido político que usó para sus fines y que luego repudió y abandonó.

En 1994 hizo proselitismo a favor de la reforma constitucional como candidato a convencional por el partido Justicialista, lo que demuestra que el fenómeno del transfugismo, llamado ahora “borocotización”, no es una desviación ética de los políticos de la era Kirchner, sino un hábito tan viejo como el fraude, el “dedazo”, las listas sábana y otras indignidades de la política criolla.

Este señor, que en 1991 había ganado la intendencia de Mar del Plata con un fuerte apoyo popular, llegó al fin de su mandato con muletas y marcapasos. Sin embargo, tuvo la audacia de postularse para su reelección: quedó en un oprobioso cuarto lugar.

¿Qué pasó con la UCeDé marplatense? Sencillamente se extinguió como vela sin pabilo. Quedó acéfala, abandonada por sus últimos dirigentes, pobres amantes cicateros, poco después de las elecciones de 1995 en las que ni su primer candidato a concejal pudo mojar el biscocho. Se perdió hasta la propiedad de la sede partidaria en un confuso y nunca aclarado episodio.

Lo que ocurrió dentro de la UCeDé marplatense entre 1984 y 1995, no fue sino una pálida muestra de lo que yo llamo “marplaterismo” en estado puro, rara substancia corporativa que aglutina a un sector dominante de esta ciudad, una suerte de consorcio materialista y figurón donde la vanidad, la envidia y la hipocresía aletean su vuelo corto hacia los palos más altos de un gallinero de techo bochornosamente bajo.

Mar del Plata ha sido siempre una ciudad avasallada por la militancia marplatense. Militancia que hizo algunas cosas reprochables, por ejemplo: demoler su bella arquitectura fundacional, o construir edificios que proyectan sombra sobre la arena, con el propósito secreto de darle a los pobres una sombrilla gratis en las playas populares. ¡Sombra social!, nada menos.

Por supuesto que en Mar del Plata es posible descubrir a muchísimas personas encantadoras y confiables, creativas, talentosas, no convencionales ni cómplices del consorcio, aunque todas ellas alejadas de la luz por la telaraña de ninguneadores celosos y engreídos que dominan no solamente la política lugareña, también la cultura, el mundo empresario de la “patria *contracta* y *concesionera*”, el de pequeños comerciantes que quieren abolir el derecho constitucional de abrir nuevos supermercados porque no les gusta competir, el de ciertos industriales pesqueros que mandan al exterior sus ganancias y luego mendigan al Estado; y, aunque parezca mentira, hasta el mundillo sórdido de algunas instituciones de la caridad que viven de los pobres y de los subsidios.

Es verdad que los “incorregibles” borgeanos nunca ganaron aquí una elección municipal, a pesar de las muchedumbres de

pobres que arrearon para la noble fundación de nuevas villas de emergencia, y eso es un mérito de la ciudad. Pero las alternativas políticas salidas de sus democráticas urnas fueron, con pocas y honrosas excepciones, deplorables engendros del consorcio. Desde un catalán que adornó la costa con puestos de choripán, hasta el susodicho forastero, votado en democracia, que en las épocas de plomo había acusado al consorcio de mediocre. (Y no quiero hablar del marplatero mayor que tenemos ahora, votado por una mayoría no peronista embaucada por su engañosa condición de independiente, y que, como si fuera al baño encima de todos nosotros, acaba de aceptar una candidatura “testimonial” a senador por el impresentable Frente para la Victoria).

Y doy por terminado este capítulo panfletario con una síntesis paradójica de lo que me dejó mi experiencia política:

- La paradoja resultó divertida: cuando fui candidato y prediqué la ética y la estética en la función pública, quedé entre los últimos en la lista del escrutinio; cuando ganó mi partido, pero con otro candidato que no predicó nada, **estuve al tope de la lista, pero de la lista negra.**
- Si la verdad hay que buscarla en las grandes paradojas, como decía Gilbert Chesterton, la enseñanza fue valiosa: la política partidaria en la Argentina, y particularmente en Mar del Plata, es inmoral, deshumanizada y

terriblemente destructiva, por lo tanto, **si eres sensible y honesto, no te metas en política.**

17

MEMORIA PROFUNDA

“Un escritor no es nada sin imaginación, pero tampoco sin memoria”

JUAN MARCÉ

(Premio Cervantes 2008)

Una tarde muy fría de 1949 un chico de siete años llega al colegio Don Bosco de la mano de su abuelo, quien lo deja en la puerta y se va tranquilo. Cuando el abuelo se aleja, el chico sale nuevamente a la calle y corre.

Escaparse de la escuela le produce el vértigo de un salto al vacío, pero siente que ya no podrá soportar los cien kilos que le oprimen el pecho cuando está en el aula.

En el otro extremo del tiempo, en el año 2008, un escritor de sesenta y cinco años, algo deprimido, molesto y sin ganas de trabajar, enciende la computadora para continuar la novela que inició cinco meses atrás. Se había propuesto buscar en su memoria profunda los recuerdos de los hechos que vivió desde muy pequeño, para transformarlos en materia narrativa.

El chico que se acaba de escapar de la escuela no había podido comenzar el primer grado inferior por culpa de una escarlatina que se complicó. Su madre, preocupada por ese año perdido, decidió enseñarle a leer y escribir. Después de todo, su inteligente hijo estudiaba el piano desde los cuatro años, cuando do-

ña Carmen, la profesora de música que enseñaba en el departamento de abajo, lo escuchó tocar de oído una melodía ejecutada minutos antes por uno de sus alumnos.

El escritor no pudo sacar inicialmente mucho de su memoria profunda. Había comenzado a trabajar con recuerdos ligeros de cuando él tenía nueve años, imágenes claras que no se hacían rogar, que bajaban dóciles al teclado y se acomodaban en la pantalla; y mientras escribía fueron aparecieron personajes, unos reales, otros dudosos y no pocos totalmente imaginarios.

Se sorprendió cuando algunas descripciones sencillas derivaban en insospechadas situaciones. Se dijo, si yo me sorprendo, probablemente también lo hará el lector. Y siguió tejiendo con entusiasmo esas historias que iban emergiendo de sus recuerdos, anécdotas tal vez contaminadas con otros sucesos que permanecían sepultados a mayor profundidad.

El chico empezó a estudiar el piano a los cuatro años, y al poco tiempo ya conocía la notación musical en las claves de sol y de fa, y podía leer el pentagrama y tocar piezas sencillas.

La madre había reflexionado con inobjetable lógica: si aprendió teoría y solfeo sin saber leer y escribir, ¿por qué no haría lo mismo con el alfabeto que es menos complicado que la música?

Y acertó. El chiquito, no bien se recuperó de su enfermedad, comenzó a aprender el abecedario y los números. No habían pasado ni seis meses que ya leía de corrido, sabía sumar y restar y conocía las primeras tablas de multiplicar.

El escritor fue recorriendo a los saltos distintos capítulos de su vida. Para adelante y para atrás, pasando desordenadamente

por todas las etapas de su vida, la niñez, la adolescencia y la adultez. Todos eran recuerdos diáfanos que adoptaban rápidamente la forma literaria. Pero ¿y la memoria profunda que él se proponía explorar a cara de perro?

La madre del chico, cuando al año siguiente llegó el momento de inscribirlo en la escuela, fue con él hasta el Colegio Don Bosco, pidió hablar con el director y le dijo:

—Vea, padre, mi hijo ya cumplió siete años y debería estar en primero superior, pero el año pasado se me enfermó y no pudo iniciar el primero inferior...

—Qué pena —comentó el director.

—El asunto es que se pierde un año...

—Y bueno, qué le vamos a hacer, no es tan grave...

—Es que así como usted lo ve, padre, sabe leer y escribir.

—¿Ah, sí?, mire qué bien...

—Lo que yo querría pedirle es que me lo anote en primero superior.

—¿Saltar el primero inferior? No..., hija, eso no es posible..., ni aconsejable.

—Por favor, padre, tómeme una prueba, lee como una persona grande, va a ver, va a ver.

Como la mamá tenía toda la actitud de estar dispuesta a salirse con la suya, el sacerdote, con cara de pedirle paciencia al Señor, metió su mano en el bolsillo de la sotana y sacó, acaso con pecadora intención, un misal de letra diminuta. Lo abrió por el medio y se lo alcanzó al aspirante.

—A ver, leeme desde acá.

El escritor revisa las historias escritas hasta ese momento. No están mal, pero falta algo. ¿Dónde, cómo y cuándo se acoplan todas esas historias? ¿Cuál es el secreto que las une? No hay respuesta. Tenía temporalmente cerrado el acceso a su memoria profunda, y sin bajar a ese subsuelo no sabría por qué estaba escribiendo lo que estaba escribiendo; o, lo que era todavía más misterioso (si bien literariamente secundario): por qué él era la persona que era.

El chico tomó el misal y comenzó a leer de corrido, sin vacilaciones, con perfecta dicción y hasta con las pausas indicadas por los signos de puntuación. Leyó, leyó y leyó. Casi una página entera de letrita microscópica. Hasta que el sacerdote, abrumado por ese alarde evolutivo, le sacó el libro, sonrió nervioso y le dijo a la ansiosa señora que el chico era evidentemente muy inteligente y que, bueno, que está bien, lo vamos a anotar para que empiece directamente en el primer grado superior.

Los padres del chico estaban comprensiblemente orgullosos de él, no solamente ya tocaba *Los cadetes de San Martín* en el piano sino que a los siete añitos leía y escribía como un adulto, y recuperaría el año escolar perdido.

En aquellos tiempos los avances psicopedagógicos se reducían a no pegarles más a los chicos con el puntero y a no ponerlos en un rincón del aula con las orejas de burro. Toda una evolución de los nuevos tiempos de posguerra, pero insuficiente. No había jardines de infantes ni salitas preescolares que adaptaran suavemente a los chicos a la vida en un aula conducida por un maestro desconocido y poblada por muchedumbres de chicos de

la misma edad. Se empezaba directamente en el primer grado inferior, y eso ya era de por sí difícil y traumático.

El escritor le teme a esos momentos de desaliento. Sabe que si cede puede permanecer meses y hasta años sin escribir una línea. Se pregunta desconcertado: “¿Tengo en mis manos una novela no convencional, como me lo había propuesto, o tan sólo una colección de narraciones independientes?” Suspende la escritura por unos días y se dedica a tocar el piano. Las maravillosas suites inglesas de Bach, sobre todo la 2 y la 3, alguna sonata de Beethoven, y los estudios de Chopin. Pasa horas perfeccionando su técnica. Se considera un buen pianista, pero nada más que eso. Le habría gustado tocar como Marta Argerich, o como Glenn Gould, pero desde muy joven tuvo la lucidez de comprender que por mucho que se esforzara nunca iba a llegar tan lejos. Podía ser bueno pero nunca iba a ser el mejor, y si no podía ser el mejor no le interesaba seguir esforzándose. Pero al pasar los sesenta años —y luego de haber permanecido sin tocar una tecla durante décadas— había descubierto que podía mejorar su técnica con ejercitaciones metódicas y gran concentración. Había vuelto a estudiar el piano todos los días durante un par de horas. Cuando no escribe, estudia el piano. Ya no lo hace para ser el mejor sino por el placer de superarse a sí mismo. Había descubierto que a cualquier edad puede uno perfeccionar su arte, ser cada día un poco más hábil que el día anterior.

Si resultaba difícil para cualquier chico empezar el primer grado inferior, aún con la presencia de sus padres que los primeros días entraban con él en el aula, y que lloraba a moco suelto y era consolado hasta que se aclimataba, ¿cómo habría de ser sal-

tearse olímpicamente ese primer año, ser brutalmente trasplantado del único mundo que el chico conocía: su casa, sus padres, sus hermanitos y el piano de doña Carmen, a un ámbito desconocido y aterrador, y obligado a convivir con un grupo de nuevos compañeros avispados que ya habían pasado el chubasco de la adaptación. Ese salto gigantesco, sin transición, sin anestesia, que seguramente no habrían recomendado ni Sarmiento ni Pestalozzi, tenía que ser, inevitablemente, una experiencia desgarradora.

El escritor se exaspera ante el silencio de su memoria profunda que no se presta a la confidencia. Piensa en abandonar el texto, comenzar otra cosa, pero intuye que algo le será revelado. Lo siente cerca, sabe que en algún lugar de ese subsuelo se esconde una verdad difícil, tal vez dura, pero literariamente valiosa.

Piensa frenéticamente en su niñez. Se acuerda clarito de las primeras clases de piano que le da doña Carmen. Tiene cuatro años y no ha olvidado los acontecimientos de esa época. Doña Carmen le señaló un signo escrito con tiza en un pizarrón pautado y le dijo: “Esta nota se llama Do”. ¡Cómo lo recordaba! Después lo sentó ante el teclado, le hizo oprimir una tecla central y cuando el dulce sonido llenó toda la habitación le dijo: “Esta es la tecla Do”. ¡Cómo lo recordaba!

Para el chiquilín, tomar contacto con la escuela y con los otros chicos fue una pesadilla. No conocía a esos compañeritos de su edad que lo miraban como a una rareza y que se reían de su timidez, de su fragilidad física y, particularmente, de su ignorancia acerca de la normativa escolar. Para peor el maestro que

le tocó, un joven laico sin experiencia ni personalidad, y probablemente sin vocación docente, un flaco antipático y detestable, cargado de hombros y siempre vestido de gris, nunca le prestó la menor atención. Jamás sospechó que ese alumno retraído estaba en el infierno.

El primer día de clases no sabía que tenía que formar fila cuando sonaba la campana, nadie se lo había explicado. Su madre lo dejó con el celador y se fue, como se hace con un chico de primer grado superior, etapa donde caducan las contemplaciones y comienza la disciplina. Quedó solito en medio de ese bullicio. El celador que lo llama por el apellido con tono severo y le pregunta qué espera para formar con los demás. Si él ni sabía lo que quería decir “formar”. Tuvieron que tomarlo del brazo y ponerlo en la fila. En el aula, los otros chicos, crueles como son los chicos con sus compañeritos diferentes, no perdían ocasión de burlarse de él, de ponerle sobrenombres ridículos y hasta de atemorizarlo con amenazas de violencia física.

El escritor no había olvidado el momento en que su madre lo llevó ante el director del Colegio y este le hizo leer un bodrio de letra chica. También recordaba, aunque borrosamente, las penurias que debió soportar ese primer año escolar. Pero eran recuerdos deleznable, no valía la pena hacer una historia con esos sucesos intrascendentes.

Su madre siempre le dijo que fue ella quien le enseñó a leer y escribir para recuperar el año perdido. Pero ¿por qué no recordaba ni un fragmento de ese aprendizaje?

El chico vive la escuela como un horror. Como leía y escribía mejor que todos sus compañeros, podía abstraerse en sus

pensamientos sin escuchar las clases ni participar en nada de lo que allí sucedía. Cuando el maestro, irritado porque lo veía desatento —en las rarísimas ocasiones en que se fijaba en él— le exigía sorpresivamente que leyera un párrafo del libro de lectura, el chico lo leía con tanta precisión y soltura que el maestro lo dejaba tranquilo.

Permanecía inmóvil en su pupitre, siempre divagando o haciendo dibujos. En los recreos se apartaba cautelosamente de sus compañeros, observaba a los chiquitos de primer grado inferior cuyo maestro era el queridísimo don Bota, un exseminarista muy devoto, ya viejo, que vivía en el colegio y desde siempre enseñaba a los más pequeños. Era admirable cómo don Bota se ocupaba de sus alumnos en los recreos, jugaba con ellos a la pelota, los alzaba, los hacía reír. “¡Don Bota, don Bota!” le gritaban todos con respetuosa familiaridad. El chico los mira con envidia. ¡Cómo le habría gustado tener un maestro como don Bota!

Lleva bien el cuaderno, hace en casa los deberes y, sobre todo, dibuja mucho. Al libro de lectura no lo abre jamás, no lo necesita. Por entonces comienza a leer en su casa las novelas de *Tarzán*, de Edgard Rice Burrouhg, editadas por TOR, que le compra su padre todas las semanas en el quiosco del barrio.

18

TROPIEZOS Y NAUFRAGIOS

“En el juego de las relaciones humanas, las personas reservadas e impenetrables son los que más pierden”

DANIEL SUGARMAN

Psicólogo y escritor norteamericano

Yo no recordaba nada, absolutamente nada, de las lecciones de lectura, escritura y aritmética que me había impartido en casa mi madre. Lo que se dice, nada. Era muy extraño porque debió de haber sido casi un año de trabajar todos los días, seguramente con continuidad, porque había aprendido mucho. Pero ¿por qué no puedo recordar cómo fueron esas lecciones, cómo fue mi relación con mamá durante esa enseñanza? ¿En qué momento mamá me enseñó, como doña Carmen las notas musicales, “esta es la letra E, de Enrique”?

Esta laguna era tan vasta y sostenida en el tiempo, que produjo un chispazo de alarma en alguno de mis neurotransmisores. Nadie borra un año entero de su niñez si no es por algo significativo.

Un día mi abuelo me dejó en la puerta de la escuela y cuando se dio vuelta me escapé. Fue la primera decisión trascendental de mi vida.

Comencé a caminar para el lado de la avenida Luro. Nunca había estado solo en la inmensidad de la calle. Me llamó la atención el ruido de los trenes en la estación. Crucé la avenida imprudentemente, dejé pasar un tranvía, corrí y casi me atropella un auto. Me metí en la estación y comencé a deambular curioso por la playa de maniobras.

Una locomotora detenida junto al andén estaba resoplando humo y vapor. Me quedé contemplándola fascinado. El maquinista me vio y me sonrió. Yo lo saludé con la mano. Me invitó a subir a la máquina. No me hice rogar. Trepé dificultosamente los altos escalones de hierro sin soltar la cartera de cuero de los útiles. De pronto me encontré metido en el rugido del vapor y vibrando con las impresionantes trepidaciones de la cabina llena de remaches y palancas. ¿"Querés acompañarme en una maniobra que tengo que hacer?", me preguntó amistoso el maquinista. Contesté que sí. "¿No te esperan en tu casa, no?" "No, señor, tengo tiempo". "Bueno, vamos a llevar estos vagones hasta la otra vía y después volvemos". El maquinista me hizo tirar de la cadena del silbato que me ensordecí, ¡experiencia apasionante! Luego puso en marcha la locomotora cuyo fuelle comenzó a soplar acompasadamente sobre el fuego de la caldera que ardía atronador ante mis deslumbrados ojos. Hasta me dejó manejar la palanca de marcha en un largo tramo de vía recta. Sentí que estaba en otro mundo.

Cuando se completó el trayecto el maquinista me hizo bajar. Hubiera querido quedarme para siempre en esa locomotora maravillosa. Me despedí del maquinista y seguí caminando por la estación. Ahí cerquita vi una larga formación de vagones de car-

ga preparada para partir. Inspeccionaba curioso esos vagones cuando observé que todos tenían en un costado, muy cerca del piso, una rueda parecida al volante de un auto. Probé haciendo girar una de esas ruedas hacia la derecha y observé que unas varillas se desplazaban y las zapatillas de los frenos del vagón se iban cerniendo sobre las ruedas. ¡Eran los frenos! ¡Qué maravilla! Giré la rueda hasta el tope y comprobé que el vagón quedó con todas sus ruedas frenadas. Entusiasmado por esa travesura fui hasta el vagón de al lado y también lo frené. Recorrí uno a uno todos los vagones de la formación, que serían más de veinte, y los frené a todos, desde el primero hasta el último. En eso vi que la locomotora conducida por mi amigo maquinista venía marcha atrás muy lentamente para enganchar esa formación. ¿Qué pasará?, me pregunté excitado y me quedé en el andén observando las maniobras. Producido el acople, la locomotora hace sonar el silbato y se pone en marcha, ¡pero sus poderosas ruedas resbalan sobre los rieles, giran en falso, con extraordinaria velocidad y metiendo un ruido infernal! El maquinista, desconcertado, detiene la máquina. Lo intenta de nuevo. Otra vez las ruedas giran locamente y echan chispas con ensordecedor ruido de fierros y fragua, pero la formación no se mueve. ¡Ni un milímetro!

Veo bajar a un guarda preocupado que examina los vagones y le grita al maquinista: “Pero che, estos vagones están todos frenados. ¿Quién fue el chistoso que hizo esto?” Recuerdo que yo estaba mirando embobado mi hazaña: ¡había paralizado un tren! ¿Se dan cuenta? Paralizar un tren a los siete años. No sé si dejé traslucir en mi cara alguna imprudente expresión de picardía, pero vi que mi amigo el maquinista me estaba mirando fijo

desde la locomotora con el entrecejo fruncido. Entendí que había llegado la hora de hacerme humo y me escapé corriendo de la estación. Pero estaba feliz. La angustiante fuga del colegio había derivado en una experiencia maravillosa.

Regresé a la escuela. Esperé escondido hasta que empezó el último recreo. Me mezclé con los chicos y cuando sonó la campana ocupé tranquilamente mi pupitre como si nada. Mis compañeros se dieron cuenta de inmediato que yo recién entraba a clase y me hacían disimulados gestos de interrogación, pero el estúpido de mi maestro ni sospechó que yo había estado ausente todo ese tiempo. No sé qué controles habría en esos tiempos en las escuelas, pero nadie se enteró jamás de mi rabona.

A partir de ese día me sentí un poco más confiado en mí mismo. Me había quitado los cien kilos que me aplastaban el pecho cuando estaba en el aula. Ahora ya no me angustiaba ir a la escuela, sólo me molestaba y me aburría.

A pesar de todo, pasé de grado.

Cuando se hizo el acto de entrega de los certificados, mamá estaba en el salón junto a otros padres. Empezaron a nombrar a los alumnos que se habían destacado durante el año. Medallas de oro, medallas de plata, diplomas al alumno ejemplar, al mejor compañero, por buena conducta, por aptitud religiosa y un montón más de menciones honoríficas.

Y el peor escenario para mí: quienes recibían esas distinciones eran los orgullosos padres o madres presentes.

Por supuesto, yo no estaba en la lista. Y era consciente de que había pasado de grado a duras penas, sin ser merecedor de ningún reconocimiento. Sin embargo, como repartían tantos lau-

reles, soplé la llamita de cierta tonta esperanza: de que me dieran algo a mí también, nada más que para que mi mamá se llevara alguna satisfacción. Curioso: sabía que no merecía nada y sin embargo esperé algo. Aunque, pensándolo bien, tal vez merecía un premio, el premio a la mayor travesura imaginable en un chico de siete años. Pero ese mérito era secreto, ¡y lo fue hasta hoy!

Durante el camino de regreso a casa mamá no dijo una palabra. Cuando llegamos vino la tormenta: “¿Cómo es posible que no te hayas ganado ni siquiera un diploma como alumno aplicado?”, me recriminó con la voz quebrada. Me dolió mucho ese reproche, pero comprendí que la había decepcionado. A ella, pobre, que estaba convencida de que su hijo mayor era un superdotado.

Me cambiaron de escuela, pero anduve de mal en peor y finalmente repetí el tercer grado. Aquel año “recuperado” se tomaba su revancha. Hasta el quinto grado debí soportar, sin que nadie se enterara, lo que ahora se llama *bulliyng*, o sea, acoso escolar, hostigamiento de otros chicos, robos de útiles, burlas, amenazas y hasta agresiones físicas. Me banqué solito esta situación porque me avergonzaba tener miedo y saberme incapaz de defenderme.

Con excepción de mi maestra de sexto grado, la inolvidable y querida Sara Bertrand, que tenía la rara virtud de transformar a todos sus alumnos en ángeles, porque ella misma posiblemente lo era, todas mis otras maestras, sin olvidarme del imbécil de primero superior (y no incluyo aquí a Anita Alcaruela, mi amorosa maestra particular), absolutamente todas, se ganaron mi eterno rencor.

Con ese lastre reprobé el examen de ingreso al Colegio Nacional, hice el primer año en la Escuela Industrial y creo que aprobé dos materias. Recalé en la Escuela de Cerámica y abandoné a los tres meses. Recién a los quince años, cuando me anoté en la Escuela de Periodismo, pudo estudiar durante tres fecundos años con entusiasmo y buenas notas.

Pero fue siendo adulto cuando obtuve mi título secundario en una categoría técnica. Esta vez sí: tuve las calificaciones más altas de mi promoción.

Lo paradójal es que mientras se sucedían todos esos naufragios escolares, yo me entregaba a una intensa actividad intelectual y cultural, solitaria y autodidacta. Devoraba libros (a los catorce años ya había leído tratados de astronomía, todas las novelas de Julio Verne, las de Emilio Salgari y muchas de Alejandro Dumas), había fabricado un proyector de imágenes que funcionaba, hacía experimentos de física y de biología, no me perdía un concierto, componía música, escribía novelas de aventuras, dibujaba historietas y pintaba con ténpera y óleo.

Si todo en el Universo es consecuencia de algo, si todo deriva de alguna causa anterior que a su vez fue el efecto de otras causas más antiguas en una larguísima cadena cuyo primer eslabón es, para los que creemos, el buen Dios, o bien la mísera casualidad, según los melancólicos ateos, entonces en algún lugar del casco de esta nave escorada que es mi existencia, había un agujero por donde estaba entrando el agua.

19

APARECE LA ESCALERA

“La neurosis es un mal menor; pero ese mal menor es el único que permite escribir”

ROLAND BARTHES

Se me ocurrió buscar pistas entre las viejas fotografías familiares, ya que no hay mejor forma de agitar la memoria sedimentada que observar esos congelados instantes del pasado. Estuve horas revolviendo a desgano un par de desordenadas cajas. Iba a dejar todo cuando, sorpresivamente, desde el montón de rectángulos en blanco y negro saltó como una chisa, un guiño casi imperceptible.

Era una fotografía diminuta cuya fecha estaba anotada al dorso: abril de 1948 ¡cuando yo tenía justamente seis años! Posábamos sonrientes mi mamá, una chica muy jovencita que inicialmente no reconocí y yo. Detrás de nosotros se ven, con poca luz, una pared con cuadros, un reloj de péndulo, un armario oscuro y encima del armario un adorno que me trajo cierta inquietante reminiscencia, aunque por lo pequeño y difuso no lo pude identificar.

Digitalicé la fotografía y la amplié en la pantalla de mi computadora todo lo que permitió su pixelado. Con incredulidad al principio, y con una extraña sensación de angustia después, des-

cubro que ese adorno es... ¡el tero embalsamado de Anita Alcaruela, la que había sido mi maestra particular cuatro años más tarde! Sí, la misma que unos años después fue condenada por el homicidio de su marido. Ella era la jovencita de la foto. El detalle del tero embalsamado fue decisivo para precipitar mis recuerdos. Imposible no reconocer a esa taxidermia irrepitable, de penacho negro, ojos de vidrio colorados, pecho blanco y amenazantes púas en sus oscuras alas. Esa inesperada imagen parecía decirme desde la pantalla: “Compañero de infortunios, ¿te acordás de lo que pasó?”

Tuve que tomarme un par de *whiskys* (que ayuda mucho en estos casos) y sentarme en un sillón para soportar lo que se me estaba viniendo encima. Con un escalofrío que me recorrió el espinazo, supe que estaba bajando por unas tenebrosas escaleras para enfrentarme con recuerdos feos que cualquiera, excepto un escritor, preferiría mantener en el piadoso olvido. Me cuesta horrores narrar el episodio que desenterré gracias a aquella fotografía, porque el chico de seis años que lo vivió está todavía lastimado y asustado dentro de mí.

Cuando mi madre decidió que yo debía aprovechar ese año y aprender a leer y escribir, la que me enseñó no fue ella, como yo creí siempre, fue Anita Alcaruela, que acababa de recibirse de maestra en la Escuela Normal.

Papá me llevaba todas las tardes a su casa en el caño de la bicicleta y me pasaba a buscar a eso de las siete. Los padres de Anita nunca estaban en la casa porque atendían una pequeña mercería.

Un día estaba yo copiando unas palabras de la pizarra cuando suena el timbre. Anita hace entrar a un hombre joven y le dice muy amistosamente: “Esperame que enseguida voy”, y lo hace pasar a su dormitorio, que quedaba en el extremo de un pasillo.

Me da indicaciones para que practique caligrafía en un cuaderno cuadriculado y se mete ella también en el dormitorio. A los seis años uno no se asombra de un comportamiento como ese. ¿Qué podía tener de extraordinario que mi maestra se encerrara en su habitación para conversar con un amigo, un familiar o lo que fuera?

Esos encuentros se repiten de tarde en tarde, pero con distintos hombres. Entran al dormitorio y salen a los pocos minutos. Yo seguía haciendo mis tareas como si nada.

Ya llevaba varios meses estudiando con Anita cuando oigo que uno de sus visitantes discute con ella en el porche de la casa. Ella le dice que se vaya. El visitante le responde algo que no entiendo porque tiene una voz muy grave. “Estoy dando clases”, insiste ella. Finalmente, luego de un breve intercambio de frases tensas, el hombre entra al comedor, casi con prepotencia, me echa una mirada de pocos amigos y se dirige resueltamente al dormitorio de Anita. Era un tipo grandote y musculoso a quien no recordaba haber visto antes. Anita me dice que siga con lo mío y se va tras el hombre hacia el dormitorio.

Los oigo hablar, me parece que discuten. “Está bien, pero después te vas”, dice ella. El hecho en sí era para mí tan rutinario que casi ni les miraba la cara a esas personas, así que continué con mis ejercicios. No sé cuánto tiempo pudo haber pasado

antes de escuchar el primer grito. Anita había lanzado un agudo y potente lamento, como de dolor. Unos segundos de silencio y en seguida los gritos se hacen continuados y desgarradores. Asustado, no sé qué hacer. Ella sigue gritando. Temblando, me acerco al dormitorio y entreabro silenciosamente la puerta. Lo que vi fue aterrador: Los dos estaban desnudos; Anita arrodillada sobre el borde de la cama y el gorila parado detrás de ella, levemente agachado dándole empujones violentos con su corpa-chón peludo. Ella le grita que la deje, que le está haciendo daño: “¡Me vas a matar, desgraciado, me estás destrozando, pará, pará, no sigas! Ella hace esfuerzos para zafarse pero el hombre la tiene fuertemente agarrada por debajo del vientre con un brazo musculoso y tenso mientras con la mano abierta del otro brazo la golpea brutalmente. La mano se levanta y cae sobre el glúteo con un sonoro chasquido. Se levanta y cae, una y otra vez. En mi confundida imaginación creo ver una palma abierta que me saluda cada vez que se alza. Ella grita, él la sigue embistiendo, con fiereza creciente, gruñendo como una bestia, hasta que repentinamente se calma y la suelta. Al separarse de ella veo la desnudez frontal y desmesurada del sujeto, visión que me espanta casi más que la escena de violencia anterior. Ella queda acurrucada sobre la cama con la cara hundida en la almohada. El sujeto, sin apuro, comienza a vestirse. Luego toma la cartera de Anita, le saca dinero y lo mete en su bolsillo. Yo había quedado paralizado por el miedo. Cuando el hombre se acerca a la puerta del dormitorio para irse me ve allí parado, se detiene sorprendido, me mira con odio, me agarra de un brazo, me arrastra hasta el comedor y me arroja sobre el armario con tal fuerza que hace

caer ruidosamente el tero embalsamado. Me dice: “Mocoso de mierda, ¿qué carajo estás espiando? Te conviene no hablar con nadie de lo que viste, porque si decís una sola palabra, una sola, ¿sabés lo que te voy a hacer? ¡Lo mismo que le hice a la puta de tu maestra!”.

El impacto emocional de aquel suceso debió de ser tan intenso que perdí, creo, temporalmente la conciencia. Cuando reaccioné temblaba convulsivamente. Anita estaba a mi lado procurando reanimarme. Recuerdo haber visto el tero sobre la mesa del comedor. Tenía rota una punta del basamento de madera. Anita no me habló de lo que pasó, no sé si ella fue consciente de que yo había visto esa escena de pesadilla, pero debió de escuchar las amenazas que me hizo el tipo. Me dio media aspirina con un vaso de agua y me hizo recostar en el sillón.

Una hora después llegó mi papá. Ni Anita ni yo mencionamos lo sucedido. Uno sabe, sin que se lo enseñen, que en la vida hay cosas de las que no se habla. Ella estaba tan conmocionada que apenas conversó con papá. Le dijo que yo ya había adelantado muchísimo y que no era necesario que siguiera tomando clases. Se despidió de mí con un beso, sin mirarme a los ojos.

Mi memoria profunda se encargó de esconderme el acceso a ese rincón lóbrego. Pero, ahora lo sé, fue el agujero en la línea de flotación que causó mis naufragios en la vida: sin saberlo, yo siempre asocié la violencia degradante de aquella tarde con el estudio, la escuela y los varones. No me afectó en mi trato con mujeres, pero siempre le tuve recelo a los hombres, y aún hoy cualquier desconocido entraña para mí... no sé si una amenaza, tal vez “amenaza” no sea la palabra más apropiada, pero si una

insoportable molestia de la que trato de apartarme instintivamente, visceralmente.

Por ejemplo, cuando viajo en micros de larga distancia lo hago únicamente en butacas individuales; si debo compartir el ascensor con otras personas y hay algún hombre entre ellas prefiero subir por las escaleras; cuando voy al cine o a un concierto me siento en la butaca del pasillo para reducir a la mitad el riesgo de que un hombre se siente a mi lado. ¡Y no les digo nada cuando en alguna reunión me encuentro con políticos conocidos, quienes, fieles a su insincera costumbre de abrazar a todo el mundo, se abalanzan sobre mí con sus brazos en alto y sus manos “amenazadoramente” abiertas!

Me acepto con esa neurosis, he podido convivir con ella, a veces, si me lo propongo, la domino, me ha ayudado a escribir, y hasta me resulta ahora divertido observarme a mí mismo en esas tontas reacciones. Pero nunca sabré a cuántos lastimé con esas cortantes aristas de mi personalidad, qué sufrimientos causé a quienes me han querido y cuántas oportunidades me han hecho perder a lo largo de mi vida.

Estoy seguro de que mis padres nunca se enteraron de lo que pasó aquella remota tarde porque algunos años después volvieron a mandarme a la casa de Anita para recibir clases de apoyo durante los veranos. Para entonces yo ya había sepultado aquel recuerdo y ni siquiera conservaba la menor idea de cómo y cuándo aprendí a leer y escribir.

Y tal vez no sea casual que me hubiera enamorado de Anita, con ese primerizo y tierno amor que muchos varones sienten por sus jóvenes maestras cuando son sensibles y ejercen una

dulce autoridad. Tampoco parece descabellado conjeturar ahora que mis fracasos escolares no fueron sino un pretexto para volver a ella, en un círculo interminable de inadaptación, naufragio y resurgimiento.

Anita purgó unos cinco años de cárcel. Cuando recuperó la libertad sus padres ya habían muerto y su casita de la calle Moreno había sido rematada por la Justicia. Tenía yo diecisiete años cuando la encontré por pura casualidad en un hotel de la calle Balcarce. Era domingo, yo tenía mi cita semanal con Yolanda. Nos cruzamos en un pasillo, no nos reconocimos, nos miramos, seguimos de largo y a los pocos pasos los dos nos dimos vuelta sorprendidos: “¿Sos vos?”, “¿Es usted?”.

Claro, yo ya no era el chiquito que iba a su casa ni ella la maestra jovencita de los veranos. Gratamente sorprendido, la vi sensual y más atractiva que antes.

Curiosidades de la vida: resultó ser amiga de Yolanda.

Pero en aquel hotel nadie la conocía como Anita. Ahora tenía un nombre profesional: Jésica.

EPÍLOGO

Lo que conté hasta aquí es verdad, con excepción de los embustes.

Cambié nombres y referencias para no lastimar a nadie, distorsioné muchos hechos reales, no me atreví a contar otros y me escondí como pude en algunos. Pero no sé con certeza hasta dónde la verdad de mis recuerdos y los embustes de mi imaginación se han mezclado para intercambiar sus ambivalencias.

Desde muy chico tuve la compulsión de observar sucesos y comportamientos, propios y ajenos, lo suficientemente interesantes como para transformarlos alguna vez en materia narrativa, previa cocción en la olla de fabular. Con esta novela intermitente y desigual he intentado hacerlo. Pero la ficción resultante roza por momentos alguna incómoda realidad, vulnera la intimidad de algún personaje identificable, o hace reconocibles ciertos hechos que debieran permanecer en el olvido. Es cuando las puertas del macaneo se entreatren para que esa realidad escape a tiempo. “Un narrador es un mentiroso con licencia”, escribió Paul Johnson, y yo no lo voy a contradecir.

Hay, empero, una “verdad” persistente y errática que sobrevuela todo el texto como un murciélago sordo: es el espíritu marplatero. Pero como el marplaterismo es una entelequia que yo inventé sin haber logrado describirla, esa verdad quiróptera no es más que una verdad relativa, demasiado subjetiva para que yo mismo la tome en serio.

Alguien a quien hice leer el borrador me dijo que a pesar de mi rechazo del psicoanálisis, yo no había hecho otra cosa que

recostarme en el cómodo diván literario de una larga sesión psicoanalítica.

Podría ser, pero no lo creo. A los lectores que se tienten de interpretar psicológicamente este texto les sugeriría que consideren la muy sencilla hipótesis literaria. ¿Acaso la psicología no ha sido siempre una inagotable cantera de ideas y fantasías para la escritura creativa? Uno puede inventar conductas humanas extrañas y describir en sus personajes síntomas jamás observados por la psiquiatría, y aun así nunca faltará el experto que los encasille en un preciso y sesudo diagnóstico.

Otro lector me reprochó acertadamente que en uno de los capítulos yo aparecía como presumiendo ser más inteligente que los otros personajes. Tenía razón. Traté de cubrir esa antiestética petulancia con maquillaje irónico. Ahora, además de inteligente, también parezco ingenioso.

Se han escrito cientos de libros que le cantan a Mar del Plata con dulce voz. Los apruebo: la ciudad mítica de los soñadores se lo merece. Pero yo he querido dar aquí una visión diferente, tal vez escéptica y desencantada, pero no carente de comprensión y de humor. “Vencemos la soledad cantándola —escribió Ramón Piñeiro— y vencemos la debilidad individual burlándonos de ella”.

E. A.

Mar del Plata, mayo de 2009